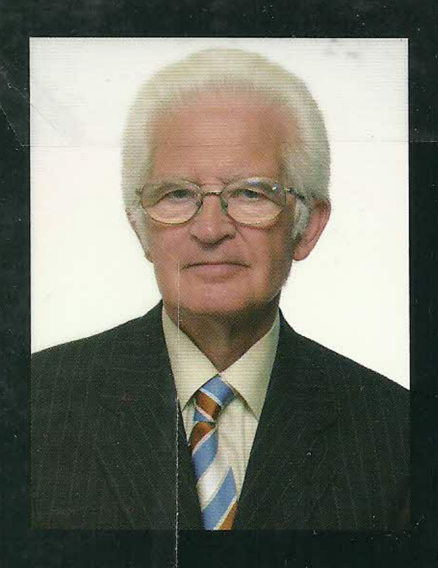
Fernando García de Haro

El secuestro de la mente

¿Es real todo lo que creemos?





Fernando García de Haro es doctor en Psiquiatría por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de Psiquiatría en esta misma Universidad, y ha ejercido esta especialidad durante más de 35 años. Durante todo este tiempo se ha servido de la privilegiada atalaya de observación del ser humano que proporciona la alteración patológica de la psique, para ir elaborando una teoría de la mente humana de acuerdo con los conocimientos actuales del funcionamiento del cerebro y de sus interrelaciones con el medio, y lejos de los psicologismos, sociologismos y biologicismos imperantes. Frutos de esta preocupación han sido su tesis doctoral *Computación y delirio. Una aportación a la teoría general de los delirios*, los libros *El sistema humano y su mente*, *Las adoradoras de la delgadez* y *Las mil caras de la mente. Animales, mágicas y racionales*, así como numerosas aportaciones a congresos, artículos y conferencias en universidades europeas y americanas sobre temas psiquiátricos y relativos al problema del ser humano. También ha impartido cursos de doctorado y monográficos sobre la teoría elaborada por el autor y sobre la psicoterapia derivada de ella.

El **secuestro**
de la **mente**

Fernando García de Haro

El **secuestro** de la **mente**

¿Es **real** todo lo que **creemos**?



ESPASA

ESPASA ⓔ HOY

Diseño de la colección: Tasmanias
Ilustración de cubierta: Sandro Miller/Getty Images
Ilustraciones de interior: Daniel Ortigueira
Realización de cubierta: R. F.

Depósito legal: M. 31.437-2006
ISBN: 84-670-2281-7

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33
Complejo Ática - Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

ORIGEN DE LA INFORMACIÓN CEREBRAL Y SUS MODOS DE TRATAMIENTO

PRÓLOGO

Desde que cursaba el bachillerato —ya hace muchos años— me he preguntado cómo es posible que el ser humano pueda creer cosas tan dispares como las que se encuentran en las diferentes religiones, sectas o credos políticos. Me he preguntado sobre la increíble capacidad de autoengaño de todos nosotros, puesto que todas las creencias no pueden ser verdaderas, ya que se contradicen entre sí y ofrecen explicaciones de la realidad que resultan, las más de las veces, absolutamente irreales. Y nos encontramos con la auténtica sorpresa de que independientemente del grado de inteligencia y cultura de una persona, puede sostener creencias que a los que no participamos de ellas nos parecen muy improbables. No obstante, para el creyente sus ideas son la realidad misma, por lo que vive en su mundo creencial y obra en consecuencia.

Podemos poner un ejemplo de creencia ideológica realmente terrible. Gran parte de la intelectualidad alemana abrazó la doctrina nazi sobre la inferioridad racial de los judíos, que fueron calificados de «infrahumanos», y cuyas sabidas consecuencias fue el intento de exterminio de este pueblo. Destacados pensadores, como Heidegger, «creyeron» este absurdo, ya que el pueblo judío es el creador de la Biblia, la base

nada menos que del cristianismo y el islam, aparte de haber aportado a la cultura europea cerebros tan destacadísimos como Einstein, Marx y muchísimos más, que se pueden catalogar como pertenecientes al grupo de las personas más inteligentes de la historia.

¿Cómo es posible creer? ¿Cómo es posible aceptar la fantasía, lo probable, pero no demostrado, como si de la realidad incuestionable se tratara? ¿Cuáles son los mecanismos mentales y cerebrales que hacen posible tal fenómeno? ¿En qué consiste, psicológicamente hablando, eso que llamamos fe? ¿Cuál es el «encantamiento» que sufren las personas para quedar fascinadas por las creencias?

Todas estas preguntas son de una enorme importancia, puesto que las guerras de religiones e ideológicas son el mayor peligro que se cierne sobre la humanidad. Grupos creenciales contra grupos creenciales es el espectáculo grotesco y terrible que presenta la humanidad tanto a lo largo de la historia como en la actualidad. Y lo que más llama la atención: la persistencia de creencias ancestrales y mágicas al mismo tiempo que las ideas racionales, la ciencia y la técnica, y esto, frecuentemente, en el mismo sujeto.

El presente trabajo es el resultado de esta meditación a lo largo de toda una vida, y utilizando los conocimientos y la experiencia de mi profesión de psiquiatra acostumbrado a penetrar en la mente humana. ¿Qué hay en la mente del creyente? ¿Cómo es posible inteligencia, cultura y creencia en una misma persona?

La teoría de sistemas, el concepto de emergencia, la consideración del cerebro como una computadora biológica y una actitud lo más escéptica posible sobre este tema son las guías principales de este trabajo. El índice de libros está formado por gran parte de las obras que han nutrido mi cerebro y que están en el sustrato mental de este ensayo. El resultado no se

presenta como verdad, sino como una aproximación a esta candente cuestión que espero ayude al lector a comprender el porqué psicológico del terrorismo y, en general, de la lucha entre culturas, en la cual se dirime el futuro de la humanidad.

PRIMERA PARTE

NEUROLOGÍA CEREBRAL Y PSICOLOGÍA DE LAS CREENCIAS

1
Grandeza y horror de las creencias

«Vacío es el argumento de aquel filósofo que no permite curar ningún sufrimiento humano.»

Epicuro

«El escéptico, por ser amigo de la humanidad, quiere curar en lo posible la arrogancia y el atrevimiento de los dogmáticos.»

Sexto Empírico

Todos deberíamos ser griegos

Cómo funciona la mente del terrorista, del fanático, del sectario, del que se cree en posesión de la verdad absoluta, del que es capaz de eliminar a millones de personas en nombre de una creencia, o simplemente del que cree en mundos irreales? ¿Cuáles son los mecanismos íntimos de su cerebro y de su mente?

Para responder a estas preguntas, vamos a abordar uno de los temas más difíciles y comprometidos de la mente humana: el aspecto negativo de las creencias. Estas, lo mismo que los

sueños, nos instalan en mundos imaginarios que vivimos como reales. Creer es dar por cierto algo de lo que no se tienen pruebas, y si se aportaran, dejarían de ser creencias y pasarían a ser realidades probadas. Son interpretaciones de la realidad irrebatibles por la argumentación lógica o por las pruebas objetivas en contra y que se afirman por el acto de creer o de la fe. Vienen ancladas por el fuerte valor afectivo que el sujeto les atribuye. Ayudan al hombre a crearse una interpretación de la realidad, un mundo en el que se instala posiblemente para toda su vida. Es un tema muy difícil porque por la propia definición de creencia todo creyente se cree en posesión de la verdad y se muestra incapaz de salir de su mundo. Y es un tema comprometido porque nadie quiere ver puesto en cuestión su mundo creencial, sea este religioso, ideológico o privado. Las creencias son un laberinto en el que el hombre se pierde. Solo los griegos fueron capaces de salir de él.

Los seres humanos vivimos instalados en dos mundos: el imaginario y el real. La angustia y los deseos nos llevan a imaginar mundos irreales, mientras que por otro lado tenemos necesidad de vivir en la realidad. Cervantes describió este hecho en su gran novela sobre la condición quijotesca del hombre. Don Quijote vivía en el mundo de los deseos, de la imaginación, mientras que Sancho se aferraba al mundo real, aunque se dejaba seducir por el mundo fantasioso de su señor. El problema grave surge cuando los humanos confundimos nuestros sueños de la realidad con esta. Las creencias son justamente la tendencia aberrante a tomar la fantasía por la realidad y obrar en consecuencia. Aquí surge el choque tremendo entre la realidad y el mundo soñado, como puso de manifiesto Cervantes en el episodio de Don Quijote enfrentándose con los molinos de viento, a los que confundía con gigantes. Las consecuencias de este choque han llenado y llenan de terribles tragedias la historia de la humanidad.

¿Por qué confunde el hombre su fantasía con la realidad? ¿Por qué los hombres somos capaces de creer las más absurdas fantasías y tomárnoslas como lo más importante del mundo, como es el caso de las creencias religiosas o ideológicas? Y esto, independientemente del grado de inteligencia y de cultura que se tenga.

Existen muchos motivos para que esto suceda, como veremos a lo largo de este trabajo. Uno de ellos es la idea inculcada de que la fe, como proclaman las religiones y las ideologías, es una virtud básica, confundiendo la fe con la esperanza, con el entusiasmo por la vida, con la alegría de vivir, con el ímpetu todopoderoso por vivir, que son fenómenos dados por la propia constitución del ser y comunes a los animales y el hombre. En la fe, la esperanza como entusiasmo vital, como afecto básico de los seres vivos, se vincula a una interpretación dada de la realidad, a una creencia, y aquí se produce el fatal error. La interpretación creencial se convierte en el símbolo, en la bandera de la esperanza. Las creencias pasan a ser idolatradas como si fueran dioses intocables, venerables y sagrados. Y entonces uno corre detrás de ellas porque cree que son la esperanza, el impulso cegador por vivir, cuando solo son su símbolo, como en la idolatría en la que la estatua, el símbolo, se confunde con lo que simboliza. La esperanza, el ánimo, o como se le quiera llamar, es un impulso natural salido desde las entrañas del ser, un sentimiento, un afecto, mientras que la creencia es ya una interpretación de la realidad envuelta en el afecto esperanzador. La misma palabra *creencia* se presta a esta errónea interpretación, ya que por un lado significa una apuesta por el futuro, una esperanza o un deseo: creo que mañana lloverá, o creo que sobreviviré a mi enfermedad; y por otro lado se refiere a una interpretación cognitiva sobre algo: Galileo tenía elementos objetivos suficientes para pensar que la Tierra se mueve, y los religiosos de su tiempo «creían» —mez-

claban los afectos con las cogniciones— que la Tierra no se movía. De esta distinción semántica nace la ciencia moderna.

Y aquí vamos a proponer justamente lo contrario de lo que plantean las religiones o las ideologías. La fe, en cuanto creer algo con esperanza, puede ser un auto de afirmación de lo incomprensible, de lo indemostrable, por lo que nunca podemos saber si lo que creemos es verdad o una falsedad, que puede ser muy peligrosa, como se demuestra mil veces a lo largo de la historia. Esta fe pretende ser el fundamento psicológico de las creencias. La fe, al contrario de lo que se predica, no es la salvación de la humanidad, sino lo más peligroso que existe; las armas atómicas y demás instrumentos de destrucción masiva no son el peligro mayor que la amenaza, sino la fe, la creencia de que se posee la verdad y de que ello autoriza y obliga a imponerla o a sentirse distinto y superior al que no participa de ella. La lucha entre distintos mundos y culturas religiosas o ideológicas son el auténtico peligro de extinción de los humanos sobre la Tierra.

Se tiene fe en las creencias. Estas, sobre todo si son vividas fanáticamente, como en los fundamentalismos religiosos, en los nacionalismos extremos o en algunas ideologías, constituyen posiblemente el mayor peligro que amenaza el futuro de la humanidad. La mente fanática, que contiene un importante y peligroso componente paranoide, ha causado múltiples y terribles catástrofes humanas a lo largo de la historia, pero en el momento actual es el peligro máximo, puesto que tiene a su disposición armas de destrucción como jamás hubo en la historia.

Por ello, es importantísimo saber qué son las creencias. La ignorancia sobre este tema es desoladora. Todo creyente, y casi todo el mundo lo es, confunde su interpretación del mundo con la realidad; por definición de creencia, lo que se piensa del mundo se confunde con la realidad misma, y no se cae

en la cuenta de que entre lo que se piensa y la realidad puede haber un abismo. La representación mental de la realidad y esta pueden coincidir o no. En el fondo se trata de una ingenuidad, de una actitud primitiva, infantil, propia de una mente poco desarrollada en ese aspecto. En la creencia, en la fe, falta el sano y necesario escepticismo, y el creyente está prisionero en la cúpula de cristal a través de la cual ve toda la realidad. De aquí lo endiabladamente difícil de salir del bucle creencial, de ese laberinto de las creencias. El creyente nunca es consciente de que su creencia puede ser falsa. Se presenta ante su mente como una evidencia, y sobre todo como algo de lo que no puede prescindir, porque forma parte de su mundo, de la «realidad» en la que vive.

En las creencias, el hombre vive en un mundo de fantasías, en el *mythos,* en un mundo imaginario creado por la necesidad y el esfuerzo de interpretar la realidad para poder sobrevivir en una naturaleza llena de maravillas, de peligros y de necesidades. El *mythos* es un esfuerzo primario por explicar la realidad que no podemos comprender, de salir de nuestra insoportable ignorancia, una huida hacia el mundo soñado, ya que la razón no es capaz de dar respuestas satisfactorias a la necesidad vital y urgente de saber dónde estamos y quiénes somos, y así superar la angustia al sentirnos perdidos en la realidad y frustrados en nuestras más íntimas esperanzas. En el *mythos* se interpreta la realidad entremezclando partes verdaderas con fantasía, lo mismo que en las creencias. Tanto el mito como las creencias son maneras de ordenar la realidad para poder vivir en ella.

Pero la importancia de las creencias en la mente humana no puede comprenderse si solo se tiene en cuenta su aspecto cognitivo, como ya hemos indicado anteriormente. Las creencias son sobre todo la creación de un mundo y de una manera de ser. Son, si se quiere decir así, una recreación «poética», y

a veces trágica, de la realidad. Este es uno de sus mayores atractivos. El creyente no solo piensa que el mundo externo es de tal o cual manera, sino que él mismo queda transformado por su creencia. También él se interpreta a sí mismo y de tal forma que adquiere otra naturaleza, se hace un ser distinto que piensa, siente y actúa de manera diferente. Un cristiano, o un sujeto de cualquier otra creencia, no solo tiene una interpretación de sí mismo y del mundo, sino que sus creencias son constituyentes, hacen de él otra persona. Ortega y Gasset afirmaba que en las creencias se está, mientras que las ideas opinables se tienen. Todas las religiones, incluso los credos políticos, hablan del *hombre nuevo* cuando se refieren al converso. Siempre se le califica como perteneciente a un grupo especial de ser humano, un ser privilegiado, y a veces se le vivencia como hijo del dios, o como un dios mismo. Y a los que no participan de esa creencia se les tilda de infrahumanos o como poseídos por el diablo. De aquí la idea de que el creyente es alguien especial, y el infiel, y mucho más el apóstata, es un ser despreciable, incluso digno de la muerte, como proclama el islam, y lo hacía el cristianismo no hace mucho tiempo.

Las creencias tienen un gran valor afectivo para el sujeto. Son la *casa* en la que vive el hombre, donde dice sentirse seguro, donde puede luchar por su existencia y en la que se siente alguien, en la que se siente ser. Por ello, los cambios de creencias suelen ir precedidos de una gran crisis vital, porque todo se transforma, incluso la misma esencia de sí mismo, y siente moverse bajo sus pies el mundo en el que ha creído vivir. Cuando se cambia de creencia, se muere y se renace, según la expresión religiosa.

Por otro lado, las creencias profundas, sobre todo las religiosas, responden o se vinculan con la sensación que causa lo misterioso en el ser humano, el sentirse rodeado del misterio, de lo desconocido que nos rodea, y la impresión de maravi-

llarnos por todo lo existente. Es la profunda impresión de la belleza de lo existente. Y sobre todo del misterio de sí mismo, desde cuyas profundidades siente surgir el hondo deseo de vivir, la fuerza misteriosa y embriagadora de la vida, que, sin que sepamos de dónde nos llega, hace que la vida sea sentida como un bien supremo que impulsa con una fuerza cegadora imponiéndose al hombre, que se siente en sus manos. Este dulce sentimiento numinoso que da sentido a la vida es el hilo más importante con el que el hombre teje sus ideas religiosas, lo que yace en el fondo de las creencias, tanto religiosas, como las ideologías que adquieren carácter religioso, como el comunismo. En psiquiatría podemos comprobar que el *ánimo* es la fuente de la que brota el deseo de vivir y la dotación de la percepción de sentido de la existencia. En las caídas del estado de ánimo, en las depresiones, las ganas de vivir declinan, y el sentido de la vida desaparece y ni siquiera se percibe la belleza del mundo y de la existencia. Lo contrario ocurre en las fases de exaltación del ánimo, en las que el enfermo experimenta un profundo deseo de vivir y todas las cosas le parecen dotadas de sentido. Pero la angustia como amenaza a la vida también está detrás del fenómeno religioso, puesto que superar la angustia es una condición básica para vivir.

Todo lo que se está diciendo es tanto válido para las creencias religiosas como para las culturales en general, así como las ideologías o simples creencias del sujeto o de la sociedad. Muchas enfermedades mentales son simples creencias productoras de patologías, y no pocas catástrofes humanas han sido producidas por creencias falsas que han llevado al hombre al abismo, como la creencia nazi en la superioridad de la raza aria, o el mito, mágicamente vivido, de crear un paraíso en la Tierra, postulado por el comunismo.

Se dice que las creencias, la fe, mueven montañas. Las creencias son uno de los motores más importantes de la histo-

ria y de los individuos. Solo hay que repasar brevemente la historia y el presente para comprobar con asombro su poder. Y también analizar el conjunto de las creencias que poseemos personalmente para darnos cuenta del papel fundamental que juegan en nuestra vida.

Las creencias pueden ser sobrecogedoras. El espectáculo tremendo de las peregrinaciones masivas, como las que practican los hindúes al río Ganges, o los mahometanos a La Meca, nos hacen formularnos preguntas. Estas manifestaciones provocan una profunda impresión, incluso a los no creyentes en estas religiones. Millones y millones de seres humanos durante miles o cientos de años detrás de una realidad que a los ajenos a estas creencias se nos antojan ilusorias. ¿Qué les mueve? ¿Cómo es posible?

Legiones de hombres desnudos y cubiertos de un polvo blanco avanzan hacia el río sagrado. Piras con cadáveres humanos por doquier. Miles y miles de personas que se bañan en el río de propiedades mágicas con la esperanza de la liberación del sufrimiento y de alcanzar la meta soñada. Todo un mundo impregnado de una profunda humanidad. Un espectáculo dantesco incomprensible a los ojos de los que somos extraños a esta cultura.

Lo mismo podríamos describir para la peregrinación a La Meca, o a cualquier otro santuario del mundo y de cualquier otra religión. ¿Qué poder es el que mueve a todos estos humanos a hacer tantos sacrificios, a ser atraídos por tanta ilusión, a ir detrás de tanta quimera? ¿Cuáles son los mecanismos psicológicos que hay detrás de ello?

Y no digamos de las llamadas sectas. Miles de hombres son seducidos por estas organizaciones que predican doctrinas generalmente absurdas, pero que son creídas hasta extremos inconcebibles de sacrificar sus vidas, de cometer atentados, de arruinarse o arruinar a su familia. Para los que observamos

este fenómeno desde fuera, las creencias que exhiben resultan absolutamente ridículas. En San Diego (California), una serie de personas entre las que se encontraban universitarios, fueron captadas a través de Internet y convencidas de que el mundo se iba a destruir, siendo el suicidio la única manera de salvarse para huir de la Tierra en la cola de un cometa que por aquellos tiempos pasaba cerca de ella. Se encontraron a los adictos encamados, con el equipaje preparado para el viaje, y con aspecto plácido. Los *raelianos,* por poner otro ejemplo, creen que su fundador es el embajador de los extraterrestres desde que este visitó un platillo volante cerca del volcán Puy-de-Lassolas, en Francia, y que solo mediante la clonación se salvará la humanidad. Miles de personas creen en ello, y esto sucede en la racional Francia. Sun Myung Moon, creador de la secta de La Iglesia de la Unificación (la secta Moon), cree que Jesucristo fracasó en su misión de salvar al mundo porque su cuerpo fue invadido por Satanás. Por eso, Dios le ha enviado a él para salvar al mundo, sobre todo del comunismo. Millones de personas de alto nivel político, cultural y económico le siguen en el mundo entero.

Existen sectas con las creencias más extrañas e incomprensibles, pero que arrastran a miles y millones de seres humanos. Lo mismo podemos decir de las versiones fundamentalistas de las religiones tradicionales. Como ejemplo —pero hay muchos, como el Opus Dei, etc.— podemos poner la fuerte corriente religiosa norteamericana de los *creacionistas,* que prohíben en las escuelas de varios estados la enseñanza de la teoría de la evolución de Darwin, puesto que solo admiten la versión bíblica de la creación del hombre directamente por Dios. Otra secta norteamericana con más de seis millones de adeptos, entre los que se encuentran importantes políticos e intelectuales, creen que Jesucristo va a volver a la Tierra para salvarnos. Se pueden poner tantos ejemplos reales como se

quiera. Un psiquiatra francés del siglo XIX afirmaba, después de visitar un manicomio y hablar con los enfermos delirantes, que allí había visto una representación de casi todas las creencias.

Estas instalan al hombre en un mundo mágico en el que todo es posible. Por ello, vamos a dedicar un extenso capítulo a esta importantísima modalidad de pensamiento. En las religiones y en las ideologías creenciales se vive en un mundo mágico en el que la realidad puede ser manejada a nuestro antojo.

Pero también las creencias han contribuido a las grandes obras de la humanidad. El colosal esfuerzo de construcción de las pirámides egipcias, de todos los templos y catedrales, los movimientos culturales de las grandes religiones como el cristianismo, el budismo, el islam, etc. Y sin olvidar nunca el importantísimo papel que desempeñan en el equilibrio psíquico de los creyentes, a los que aquí, y a pesar de todo lo que se está diciendo, presento mi más profundo respeto y comprensión humana, o médica, si me lo permiten. Creer en un dios protector, amoroso, que ejerce su providencia sobre nosotros; creer en que después de la muerte vamos a sobrevivir, y encontrarnos con nuestros seres queridos, es un mundo poético muy reconfortante.

Por lo demás, el núcleo de las culturas tradicionales lo forma el conjunto de creencias básicas de esa cultura, puesto que la inmensa mayoría de estas están basadas en el pensamiento mágico-poético-religioso. Así les va.

Pero hay que preguntarse: ¿De dónde sale tanta fuerza? Podríamos decir que se trata del presentimiento de otra realidad, de un mundo trascendente, de la llamada de lo divino, de una sed de espiritualidad. Mas estos fenómenos no solo ocurren en las religiones, como estamos viendo, sino que se dan en las ideologías políticas, en las sectas, en los fenómenos

de masas modernos, como la música o el deporte, aunque en una dimensión muy distinta. Y no digamos en los nacionalismos, capaces de mover a poblaciones y lanzarlas unas contra otras en luchas sangrientas. El terrorismo de origen religioso o laico es también un fenómeno en el que unas personas sacrifican sus vidas y las de los demás, en pos de ilusiones soñadas: atarse una bomba al cuerpo, inmolarse y matar a todo el que se pueda con la certeza de ir al paraíso; estrellarse con un avión lleno de pasajeros contra un edificio en el que hay miles de personas para gozar de la gloria de Alá y de 35 vírgenes; poner bombas en sitios públicos para liberar a la patria o para imponer nuestra manera de ver el mundo; quemarse vivo por las causas más peregrinas y variadas, etc., son hechos tremendos y que nos llenan de perplejidad y nos hacen preguntarnos por la naturaleza humana.

Las creencias son un fenómeno universal, y podemos decir que no se trata de un fenómeno religioso exclusivamente, sino de algo más simple que incluye también a lo religioso: de una propiedad de la mente humana que vamos a intentar comprender y penetrar en sus mecanismos más profundos, tanto como permitan los conocimientos actuales y los que tiene quien escribe estas líneas, que son necesariamente limitados.

Una terrible prueba más de que se trata simplemente de un fenómeno de la mente humana es lo ocurrido en el siglo pasado. Este fue escenario de luchas sangrientas provocadas por ideologías —el nazismo y el comunismo— que dejaron la Tierra cubierta de cadáveres —sesenta millones atribuidos al nazismo; cien millones, al comunismo—, más un inimaginable sufrimiento en campos de concentración, desplazamientos de pueblos, tiranías sostenidas durante décadas, etc.

Estas ideologías pretendieron ser las sustitutas de las religiones prometiendo a sus «creyentes» paraísos aquí en la

Tierra. Crearon un mundo de creencias que les permitieron cometer los mayores crímenes justificándolos dentro de su mundo creencial, como pasó con el cristianismo en la Inquisición y persecución de los infieles. Los nazis prometieron el paraíso para sus gentes porque se creían la raza superior y dominante sobre un mundo de esclavos, y el comunismo soñaba con hacer la sociedad justa donde el hombre viviera feliz. Creían que el ser humano es bueno, pero que el capitalismo —el equivalente al demonio— los pervierte, y confundían al Estado con un dios que puede dispensarlo todo. Terminaron siendo tan crueles como las religiones trascendentes que pretenden llevarnos a realidades paradisíacas más allá de la naturaleza humana y de la vida terrenal. Ambas —las religiones y las ideologías absolutistas— comparten la propiedad de *instalar* al hombre en mundos cerrados y llenos de propiedades mágicas, de igual forma que el delirio de los enfermos mentales, y más en concreto de los enfermos paranoicos.

La agresividad en las religiones —sobre todo de las monoteístas y cerradas— ha escrito una de las páginas más negras de la historia. Enfrentamientos religiosos de una extrema crueldad, instituciones como la Inquisición, la caza de brujas, fanatismos causantes de crueldades difícilmente comprensibles, etc., son solo una muestra de estos hechos. Actualmente nos enfrentamos con una agresividad religiosa en forma de terrorismo a escala mundial. Dado el gran desarrollo de la técnica y de la construcción de armas de gran poder destructor, el peligro que se nos presenta resulta aterrador.

Podríamos pensar, como se hizo en la filosofía griega y en la Ilustración, que el fanatismo se podría erradicar con la cultura, y que esta haría que el ser humano fuera racional y se viera libre de las ideas absurdas de la superstición y de la religión, de las creencias sin fundamentos. Pero la sorpresa surge cuando comprobamos que los actores de los hechos antes re-

feridos suelen ser psíquicamente normales, incluso a veces los más inteligentes, cultos y creativos. ¿Cómo es posible que estas personas acepten ideas que a todas luces nos parecen absurdas, obsoletas, sin sentido y, a veces, con consecuencias criminales? Reputados filósofos aceptando que los judíos eran «infrahumanos» y justificando su exterminio, santos cristianos condenando a la hoguera, etc. Esta dualidad de criterio, de sentimientos y de conducta solo se puede explicar por la capacidad del cerebro humano de generar *conciencias paralelas, diferentes personalidades* en un mismo individuo, como veremos a lo largo del libro, y como ya se estudió en otro libro del autor —*Las mil caras de la mente.*

En este ensayo se va a intentar comprender estos fenómenos centrándonos en lo que ocurre en los individuos en los que se encarnan estas doctrinas, tanto religiosas como laicas, o que simplemente son protagonistas de estos hechos. No interesa aquí el estudio directo de las causas culturales, sociales o económicas, o de la veracidad o no del contenido de las creencias —ese análisis no es objeto de este ensayo—, sino, como ya se ha dicho, comprender cuáles son los mecanismos cerebrales y mentales que las hacen posibles.

Para ello se han utilizado dos fuentes: una teórica —los conocimientos de la ciencia del cerebro, de la cibernética, de la filosofía, de la etología, de la psicología, de la psiquiatría etcétera— y un campo de observación: la enfermedad mental y los hechos históricos y actuales debidos a las creencias del origen que sean. Por razones éticas, la mente humana no puede ser sometida a experimentación separándola en sus partes constituyentes para proceder al análisis científico, pero la enfermedad mental proporciona una separación de la mente en sus distintos componentes por atrofia, hipertrofia o alteración que nos permite penetrar en ella como si se tratara de un microscopio o una prueba analítica. También los hechos históri-

cos y actuales son tratados como simples datos de observación.

El delirio, la angustia, las caídas y las exaltaciones del estado de ánimo, la paranoia y lo paranoide, los trastornos obsesivos, las dependencias, etc., nos van a servir de guía para penetrar en el laberinto de la mente humana. No existe siempre una línea divisoria tajante entre la enfermedad mental y la llamada normalidad, sino que en gran parte de los casos lo que nos encontramos en el enfermo es una caricatura de la normalidad.

Es más, desde este punto de vista, gran parte de las manifestaciones de la historia humana pueden considerarse excesivamente patológicas; la megalomanía, el placer de matar, el sadismo o el placer de ver sufrir a los demás, las actitudes paranoides, el placer por la guerra, los iluminados tanto religiosos como laicos, etc., son constantes a lo largo de la historia.

El afirmar que las creencias son semejantes a los delirios patológicos, aunque de origen cultural, quizá no sea *políticamente correcto,* pero es de una importancia capital para comprender el fenómeno. ¿Podemos evitar tanto sufrimiento como nos causan los mundos quiméricos? Difícil es que el creyente —y esto es una prueba más del carácter deliroide de las creencias— haga una catarsis y critique sus ideas/afectos, pero siempre se puede tener la esperanza de aportar un grano de arena a este problema, que se me antoja el más grave y peligroso que tiene la humanidad. La razón, la búsqueda de la realidad y la transformación creadora de esta, la democracia, la tolerancia y los derechos humanos son caminos llenos de esperanza para salir de este callejón sin salida en el que nos tienen prisioneros las creencias, esas formas obsoletas de comunicarnos con la realidad. El abandono de la *idolatría de las creencias,* sean estas religiosas o laicas, nos lleva a una preocu-

pación por la vida concreta, por un respeto y preocupación por el ser concreto, por cada uno de nosotros, que somos los únicos que sufrimos y gozamos. De esto no puede haber duda.

La importancia de las creencias, en el sentido general en el que se están considerando, es evidente. Pero resulta menos cierto el hecho de que el ser humano viva tanto en la realidad como en la fantasía; o mejor dicho, que una persona viva en ambos mundos: por un lado, se puede ser un profesional probado, muy apegado a la realidad, y por otro, estar instalado en un mundo fantástico plagado de seres y de hechos inexistentes a los que toma como una importantísima realidad a la que hay que tener muy en cuenta para vivir, como los dioses y sus mitos. Hombres inteligentes y cultos que creen las cosas más absurdas, o al menos eso pensamos los que no creemos en ellas. Para el no creyente, los mitos de la reencarnación budista —incluida la reencarnación en animales, como la posibilidad de que un querido familiar pueda haberse encarnado en un gusano, por ejemplo— es algo absurdo. De igual forma percibimos cualquier creencia no compartida.

¿Cómo es posible creer? ¿Cómo es posible aceptar lo absurdo, lo fantástico, lo no probable y lo no demostrado como verdad incuestionable, y ser a la vez inteligente y culto? ¿Qué procesos ocurren en nuestro cerebro y en nuestra mente para que esto nos ocurra a los humanos?

Para abordar este delicado e importante tema es evidente que tenemos que adoptar una actitud especial. Por lo pronto, tenemos que hacer el esfuerzo de salirnos de toda creencia, si esto es posible. Por ello, me presento ante usted, lector, desnudo de creencias. Al menos eso pienso, aunque no estoy muy seguro. Mi actitud es la de un escéptico que solo reconoce como verdadero aquello que se ha demostrado exhaustivamente, o que es evidente, como que yo estoy vivo en el mo-

mento de escribir y usted también lo está cuando me lee. Creo —¡cómo nos persigue este verbo!— que la actitud escéptica es la base de nuestra cultura europea, la base de la ciencia, y de nuestra organización política democrática, como ya afirmaba Aristóteles, y sin la cual no es posible ejercer la racionalidad, la búsqueda de lo que hay, la búsqueda de la realidad sin condiciones previas y que tan maravillosos resultados nos ha dado a los occidentales herederos de la cultura de Grecia y Roma, la única cultura que ha criticado abiertamente las creencias y proclamado que estas son una aberración de la mente que causan la infelicidad del hombre. Fueron los inventores de la libertad de pensamiento, de la auténtica y única terapia de las creencias.

Toda la filosofía griega está basada en la desconfianza ante nuestras interpretaciones de la realidad, ante nuestras fantasías. Y también en un profundísimo amor a la realidad, en un deseo vehemente de vivir en la realidad e incluso de perfeccionarla, como se pone de manifiesto en su arte. Y posiblemente en el horror al engaño, a interpretar mal la realidad y que esta interpretación errónea doblegue a la necesidad instintiva de saber cómo es la realidad, la misma que tienen los animales para distinguir lo comestible de lo que no lo es, o de saber moverse en el mundo. Ya Heráclito afirmaba que «todo está entreverado de conjeturas», y que la verdad plena sobre las cosas no la podrá alcanzar nunca el hombre. Sócrates, Aristóteles y sobre todo los filósofos helenistas hacen de la condena a las creencias —a vivir en el error— el eje central de su pensamiento. Los estoicos desconfían de toda creencia que les arrastre a sufrir, como la creencia de que la riqueza, el poder u otras cosas externas son las que dan la vida plena; los epicúreos atribuyen las desgracias humanas a las creencias falsas —como la creencia en la inmortalidad—, y los escépticos afirman que toda creencia es sospechosa de falsa, puesto que

es una presunta verdad no probada, por definición de creencia, y nos puede llevar a la infelicidad y a la catástrofe vital, por lo que también le atribuyen el origen de infelicidad y de desgracias al chocar con lo real y causar nuestra infelicidad o perdición.

Es difícil encontrar otro período de la historia humana en el que se haya hablado con tanta libertad y franqueza en contra del fenómeno creencial como en este. Leyendo a estos filósofos se tiene la impresión de que en la actualidad somos menos libres, y que nuestras mentes, incluso las de los filósofos no creyentes, tienen miedo de enfrentarse a las creencias, como si fueran un tabú o algo necesariamente bueno, aunque a veces con manifestaciones crueles. Cobardía, miedo, hipocresía, o cerebros infectados por las creencias, que desde el interior ejercen su influencia, su miedo, aunque en plena luz de la conciencia intenten oponerse a ello. Algunos filósofos de la Ilustración, y muchísimos otros que habría que citar para ser justos, también ejercieron una crítica franca a las creencias. Basta mencionar a filósofos o pensadores como Strauss, Feuerbach, Comte, Marx, Freud, Monod, etc., o a Nietzsche, el campeón de la crítica de las creencias, y contemporáneos nuestros como Gonzalo Puente Ojea y muchos otros que han llevado a cabo una labor muy importante en la lucha contra las creencias y por sacar a la sociedad del mundo mágico y atávico de las religiones.

La humanidad ha avanzado enormemente desde que ha sido capaz de salirse de la cárcel de las creencias, que encierran al hombre en interpretaciones no probadas e inamovibles. La ciencia y la técnica derivadas de la manera libre y racional de pensar y sentir han sido posibles porque existe una actitud escéptica sobre nuestros pensamientos y se trabaja con hipótesis que deben ser probadas objetivamente. Usted puede objetar que también los creyentes hacen ciencia, sobre todo

en el ámbito de la cultura occidental, pero ocurre que en nuestra cultura se ha producido una escisión, un desdoblamiento entre la mente religiosa y la racional, de tal manera que encontramos en muchas personas inteligentes y cultas una dualidad de pensamiento mágico-religioso y racional. Es, como explicaré más adelante, como si la mente se escindiera en dos, como si una parte del cerebro funcionara con compartimentos separados, con *procesadores cerebrales* con marcada autonomía que pueden trabajar en paralelo. Podemos encontrar a un científico cuyo cerebro trabaje completamente dentro de la racionalidad en su campo, y que al mismo tiempo pertenezca a una secta religiosa o política que sostenga las ideas más disparatadas e insostenibles ante la más mínima confrontación con la realidad o la lógica. Ya uno de los fundadores de la modernidad —Descartes— estableció esta dualidad entre el mundo interno —la cosa pensante— y lo externo —la cosa extensa—, haciendo una separación entre el mundo del espíritu y el mundo material; sobre lo material se podía aplicar el escepticismo más radical y la razón, pero sobre la cosa pensante, sobre las cosas del espíritu, había que basarse en las creencias, en la fe.

Al menos en el ámbito cristiano, la confrontación entre fe y razón ha sido una constante desde los primeros Padres de la Iglesia. Esto fue así porque la religión cristiana se desarrolló en el mundo grecorromano y se encontró con el dilema —propuesto por algunos Padres de la Iglesia— de rechazar la filosofía o de asimilarla, como últimamente hicieron Agustín y Tomás de Aquino, y casi todos los teólogos o los llamados «filósofos cristianos» hasta la actualidad. La idea primaria de que la fe y la razón son incompatibles, la frase de Anselmo «Creo para comprender» o *«Credo quia absurdum»,* hasta la afirmación de Kant en el Prólogo a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura:* «he tenido que apartar el saber para

hacer lugar a la fe», nos ponen de manifiesto la lucha entre la manera creencial de entender el mundo y a sí mismo y la manera racional.

Esta escisión es la que ha permitido que triunfen de nuevo la actitud escéptica y racional desarrollada por los griegos y romanos y que se produjo en Europa a partir del Renacimiento y de la Ilustración, y gracias a la cual estamos donde estamos, porque si no estaríamos aún en la Edad Media. El Renacimiento y la Ilustración fueron un triunfo de la cultura centrada en la búsqueda humana de la realidad propia de la cultura griega y romana, aunque a base de aceptar la división entre el mundo racional dedicado al estudio del mundo físico y el mundo creencial encargado de lo humano, de lo «espiritual».

Pero vayamos al objetivo de este trabajo. ¿Cuál es la naturaleza profunda de las creencias? ¿Qué ocurre en el cerebro y en la mente del creyente para que una vez que ha adquirido una creencia —conversión— quede fijada en ella por muy absurda que sea y que se convierta en su guía suprema? ¿De dónde le viene al creyente la absoluta certeza de que lo que cree es la realidad?

2
El cerebro, generador de la mente

«La desconfianza alegre es un signo de salud.
Todo absoluto pertenece a la patología.»
FRIEDRICH NIETZSCHE

Para comprender la realidad siempre hay que basarse en una teoría (Popper, Bunge, Kuhn, etc.), que como tal ha de ser sometida a la prueba de la realidad, a la comprobación de que la teoría nos sirve para describir los hechos. Todo ello ha de ir presidido por el espíritu escéptico que nos libre de caer justamente en el mundo de la creencia, como puede ocurrir paradójicamente: que lo racional se convierta en creencial. El escepticismo al que hacemos referencia aquí es el original griego, en cuyo idioma la palabra escéptico significa 'mirar cuidadosamente', 'vigilar', 'examinar atentamente', y más en concreto, en la actitud y el método de solo aceptar como verdadero aquello que se haya probado con toda garantía. Y en ningún momento se usa la palabra escéptico como sinónimo de 'imposible de conocer', y mucho menos como una actitud pesimista. Al contrario, el escepticismo ante nuestras repre-

sentaciones de la realidad es la única terapia que se ha mostrado efectiva contra las creencias. Por lo que escepticismo significa profundo optimismo, lo que nos puede liberar de la cárcel de las creencias y llevarnos a un mundo abierto y real en el que podamos mejorar la vida humana, como demuestran, como ejemplos aplastantes, los progresos de la ciencia en general y en concreto de la medicina basada en la racionalidad y el escepticismo inquisitivo.

La teoría de sistemas

Vamos a partir de la Teoría General de Sistemas (Aristóteles, Morgan, Von Berttalanffy, Bunge, Konrad Lorenz, Ursua...). El cerebro es un complejísimo sistema, por lo que podemos suponer que el concepto de sistema nos puede ayudar a comprender los fenómenos psíquicos. Se entiende por *sistema* a un *conjunto estructurado de elementos,* y por *sistema dinámico,* a un *conjunto estructurado de elementos dinámicamente relacionados.* O bien, siguiendo a Bunge (1981, págs. 39-40), un sistema se puede definir como «un objeto complejo cuyos componentes están acoplados, a consecuencia de lo cual el sistema se comporta en algunos aspectos como una totalidad. Todo puede analizarse en su *composición* (o conjunto de sus partes), *ambiente* (o conjunto de objetos diferentes de los componentes y relacionados con estos) y *estructuras* (o conjunto de relaciones, en particular conexiones y acciones, entre los componentes y estos y los objetos ambientales)».

En este sentido amplio, casi todo lo existente es un sistema. Desde el átomo, la molécula, la célula, los vegetales, hasta los animales, el hombre y las sociedades, son sistemas. También es un sistema dinámico cualquier estructura física que esté formada por elementos dinámicamente relacionados,

como un reloj, cualquier máquina, el televisor o el ordenador en el que estoy escribiendo, etc.

Y lo asombroso de todo sistema es la capacidad que presenta de generar propiedades distintas de las de los elementos que lo constituyen. Esta propiedad ya fue percibida por Aristóteles, que afirmaba que el *conjunto es superior a la suma de las partes.* Un átomo de oxígeno unido a dos átomos de hidrógeno formando el sistema molécula de agua presenta unas propiedades distintas a las del átomo de oxígeno o de hidrógeno por separado. Cuando ponemos en marcha el motor de nuestro automóvil se genera el movimiento —propiedad emergente— que no existía cuando estaba inactivo. Lo propio ocurre cuando nuestro televisor o nuestro ordenador están desconectados; no aparecen sus propiedades emergentes, las imágenes, el sonido, etc. De esta manera podemos percibir perfectamente la capacidad creadora de la naturaleza y del hombre: construyendo nuevos sistemas es posible obtener nuevas propiedades inéditas. Construyendo un avión podemos hacer uso de su propiedad emergente: volar. De ello se deduce que para que emerjan las propiedades emergentes es necesario una estructura y una actividad de dicha estructura si se trata de un sistema dinámico, como son casi todos los sistemas, sobre todo los sistemas biológicos.

Es decir, que uniendo de una manera estructurada y con una relación dinámica elementos materiales —los únicos que tenemos a nuestra disposición y que sabemos con certeza que existen— es posible crear propiedades inéditas, nuevas. Estas propiedades son dinámicas, dotadas de una naturaleza no material en el sentido de que no están formadas por partículas físicas, como el movimiento, o las imágenes del televisor, o la música que emerge del sistema disco cuando se le pone en movimiento mediante el tocadiscos, aunque sí sustentada en la materialidad de partículas u ondas. Estas propiedades

no se pueden encontrar en los elementos del sistema por más que se busque entre ellos. Se podrán analizar los surcos del disco sonoro de la manera que se quiera, pero nunca encontraremos la música o el sonido que emerge de él. Lo mismo ocurre con el cerebro: por más que busquemos la mente en los elementos materiales del cerebro, no la encontramos. La mente animal o humana aparece como una propiedad emergente del sistema cerebro, el sistema más complejo que se conoce. Cien millones de neuronas conectadas entre quinientas y diez mil veces. Transportamos en nuestro cráneo un universo de complejidad, y, como veremos, un universo de complejidad cambiante o *plástica.*

Las propiedades emergentes no solo surgen de los sistemas dinámicos que estamos considerando aquí, sino que también emergen de los conjuntos estructurados inertes. Una pintura, por ejemplo, es un conjunto estructurado de colores del que emerge al contemplarla una figura. Un mueble es un conjunto estructurado de tablas y clavos que adquiere unas propiedades distintas de las tablas y los clavos por separado. Pero aquí nos estamos refiriendo básicamente a los sistemas vivos, que son sistemas dinámicos.

Las propiedades emergentes no tienen existencia en sí, sino que son los productos de la estructura del sistema que las genera. Es decir, que las propiedades emergentes son el resultado de la interacción entre los elementos, es una propiedad del conjunto, que se basa, por supuesto, en las propiedades de los elementos, aunque la propiedad emergente resultante difiera de estas. Por ello, cuando el sistema se desactiva o se destruye, estas propiedades desaparecen. Cuando el disco sonoro se para, el sonido desaparece. Si aplicamos esta misma propiedad al cerebro, tenemos que cuando este presenta una actividad no suficiente como para generar su propiedad emergente, la mente, desaparece. En el caso de que el cerebro se

desestructure a causa de un traumatismo o la muerte, la mente desaparecerá para siempre. Esta hipótesis es coherente con la teoría de sistemas, pero siempre es una teoría, no un hecho comprobado. Pero la creencia en el alma inmortal es una certeza no justificada, una creencia.

Por supuesto, las propiedades emergentes no son algo incomprensible que no se sabe de dónde vienen, sino que el estudio de las propiedades de los elementos y de sus relaciones nos permite comprender estas propiedades. Justamente aquí reside la capacidad creadora tanto de la naturaleza como del ser humano, en la habilidad para relacionar las cosas entre sí y crear sistemas nuevos. Un ejemplo muy simple, pero que puede ayudar a comprender lo que se está diciendo. Seis cartones sueltos no son capaces de retener a un ratón. Pero estos mismos seis cartones puestos en forma de una caja sí son capaces de retener el ratón, porque cada uno de ellos tiene la propiedad de no dejar pasar al animal, y formando una estructura, una caja, exhibe la propiedad de no dejarle salir, propiedad esta que no tiene cada uno de los cartones por separado. Es decir, existe una relación entre las propiedades de los elementos y la propiedad que exhibe el conjunto, aun en este ejemplo simple de estructura no dinámica. Asimismo podemos pensar que existe una íntima relación entre las propiedades de las neuronas y las del cerebro como conjunto. Es decir, entre las neuronas y la mente.

Con este razonamiento, la teoría de sistemas deja de tener el halo místico-mágico que se le atribuye a veces por los partidarios de lo mágico, de lo espiritual. Y ello nos lleva a afirmar la esperanzadora hipótesis de que estudiando las propiedades de los elementos del cerebro y las consecuencias de sus interacciones en redes neuronales y otros tipos de estructuras podamos penetrar en la que sea la mente. E incluso es posible que la imitemos mediante la construcción de máquinas —y el ce-

rebro es una máquina biológica muy sofisticada— de las cuales emerja una mente igual o superior a la humana. ¿Fantasía? Ya veremos en el futuro.

En todo este trabajo vamos a partir de esta hipótesis fundamental. E insisto: no se trata de una verdad establecida y mucho menos de una creencia, sino que la teoría de sistemas es una hipótesis muy racional y muy plausible (Nicanor Ursua, 1993, págs. 247-253; Bunge, 1981, págs. 41-47; Konrad Lorenz, 1980), y sobre todo muy fecunda para poder comprender cómo funciona la mente humana, permitiéndonos que al estudiar los componentes cerebrales, sus relaciones entre sí y con el mundo que la rodea, vayamos descubriendo lo que somos.

La mente como propiedad emergente del cerebro

Con todo el escepticismo sano y todas las cautelas posibles, vamos a partir de la teoría que afirma que la mente es una propiedad *emergente* del cerebro. Esto significa que sin cerebro no hay mente. Es decir, que después de la muerte no existe nada. ¿Es esto una creencia? Porque tan creencia puede ser afirmar que la mente persiste después de la muerte como que desaparece. Ambas cosas son indemostrables. Estamos aquí ante el mismo problema de si existen sirenas o no. No se puede demostrar su existencia, porque aún no se ha descubierto ninguna; pero tampoco se puede negar, porque para ello tendríamos que haber estudiado cada palmo del mar buscándolas. Actualmente nos inclinamos por que no existen sirenas, sobre todo porque nuestra cultura no cree en ellas. En cuanto a la existencia del alma como sustancia independiente del cerebro y con una presencia en sí que perdura después de la destrucción de este, tenemos que atenernos a los

datos de la realidad, por muy dura e indeseable que nos aparezca, e inclinarnos por lo más probable.

Aunque ya hemos dicho que en este ensayo no nos vamos a ocupar de la veracidad o falsedad de las creencias, sí es necesario poner de manifiesto lo que parece evidente y es conveniente resaltar para penetrar en la estructura de la mente y poder explicar los fenómenos que nos ocupan. Por ello vamos a dedicar unos momentos a este problema central, como es la existencia o no del alma como sustancia espiritual.

No tenemos ningún dato serio que nos demuestre que los muertos sobreviven. Nuestros seres queridos muertos nunca se comunican con nosotros. Es el tremendo y aterrador silencio de los muertos. Las vivencias de persistencia del muerto son fenómenos psicológicos cercanos a las alucinaciones debidas a la persistencia de la estructura cerebral donde se asentaba la información sobre el difunto, como también ocurre en el fenómeno del miembro fantasma, en el que el paciente tiene la percepción de la existencia real del miembro después de haber sido amputado, y que se debe a la persistencia de la estructura cerebral donde estaba la información, como se expondrá más adelante por su importancia para comprender el funcionamiento de la mente. No solo desaparece la mente en la muerte, sino en el coma, en las demencias y cada vez que perdemos la conciencia. En la anestesia profunda, la mente queda anulada, aunque no siempre, y el «volver en sí» expresa claramente la percepción que se tiene en el despertar, como un resucitar. En los dementes —en el alzheimer, por ejemplo— el cerebro se va atrofiando poco a poco, y la mente va desapareciendo al mismo ritmo para no volver jamás. En los traumatismos cerebrales, la mente se puede transformar e incluso desaparecer prácticamente. Uno es libre de pensar que la mente, el alma, no desaparece, pero esto no deja de ser un deseo y no una realidad probada. Lo probado es que no po-

demos establecer contacto con esa supuesta mente persistente después de la muerte, que la persona no responde, que si el cerebro está gravemente dañado o su actividad —como en la anestesia o en el coma— está por debajo de la necesaria para que emerja la mente, esta desaparece.

Se puede comprender que los seres humanos han supuesto desde siempre que las propiedades emergentes de las cosas en movimiento deben de estar en algún lugar cuando el sistema material deja de emitirlas. ¿Dónde está la música cuando el disco se para? ¿Dónde está la mente del animal cuando el cuerpo se hace inerte por la muerte? ¿Dónde está la mente del ser querido cuando su cuerpo se ha convertido en *cosa* inerte? Evidentemente, los hombres primitivos, y también nosotros, tendemos a pensar que las propiedades emergentes persisten en algún lado, sobre todo cuando estas propiedades son las que surgen del cuerpo humano, la psique, la mente. De aquí que la creencia en la existencia del alma inmortal sea la consecuencia de esta observación aparte del deseo íntimo de huir de la nada. La *invención del alma* (Puente Ojea) por los primitivos puede que tenga este origen y no en *una fuerza mística impersonal* como postulaban Maret *(The Thershold of Religion,* 1909) y los partidarios de la creencia en lo sobrehumano, y que denuncia Puente Ojea en su libro *El mito del alma,* aunque a mi entender este es un fenómeno muy importante, pero uno más de los que ocurren en el llamado pensamiento mágico, al que dedicaremos un capítulo más adelante y que me parece explica en gran parte el fenómeno de las creencias, sobre todo las mágico-religiosas. Pero hay que admitir que sin la creencia en la inmortalidad del alma todo el edificio religioso se cae, porque ¿qué importaría la existencia de Dios o los dioses si uno se muere para siempre, si el mundo, nuestros seres queridos y uno mismo desaparecemos sin retorno en la inconsciencia, el no darse cuenta, que signi-

fica la muerte, la nada? Sin embargo, los teólogos de las religiones monoteístas creen que sin el concepto de Dios el edificio religioso se viene abajo. Han existido religiones que no han creído en la inmortalidad del alma, como la religión judía del Antiguo Testamento, pero aquí la idea de Dios como sustituto del padre de nuestra infancia y como jefe de la tribu era tan fuerte que se imponía como guía en esta vida. (Posteriormente veremos las vinculaciones genéticas —con los instintos— que tiene el concepto de Dios como jefe, como padre.)

El cerebro como computadora

La complejísima estructura del cerebro humano sirve básicamente para procesar información. A través de los sentidos y de la sensibilidad interna del organismo penetra en el cerebro una ingente cantidad de información. Este la procesa sin descanso y de tal manera que se supone que el sueño es una necesidad de cortar en parte el flujo de información para poder organizarse y no ser desestructurado por tal carga informativa. Cuando se suprime el sueño, los cerebros se desestructuran informacionalmente, apareciendo fenómenos alucinatorios, estados confusionales, e incluso la muerte.

El cerebro se muestra como una estructura en la que entra información, se procesa y sale al exterior en forma de contenidos de la conciencia —la pantalla de la computadora— o en forma de acción, de conducta. Las computadoras electrónicas y el cerebro solo tienen en común que ambos usan programas o algoritmos para su actividad. Una está formada por circuitos electrónicos, y el cerebro lo forman células nerviosas, y solo el modo de hacer es común: la computación mediante programas. De aquí que podamos afirmar que el cerebro

cumple con la definición de computadora dada por el gran matemático inglés Turing. Este pensador estableció que toda computadora está formada por una cinta, o un dispositivo de memoria, tan grande como se quiera, en la que se podía grabar y desgrabar, y un mecanismo para poder efectuar operaciones con los datos grabados. En efecto, cualquier computadora está formada por un sistema de grabación, la memoria, en la que se pueden introducir datos y extraerlos, y unos programas en los que se someten los datos a operaciones encaminadas a un fin. Las estructuras en las que se lleva a cabo esta computación (manejo de símbolos según un programa) se llaman *procesadores.*

En principio, todos los seres vivos, empezando por los virus y las células, son máquinas de Turing. La cinta de ADN es un ejemplo simple, muy visual y enormemente eficaz. Una cinta formada por solo cuatro clases de «letras», cuatro aminoácidos diferentes, es capaz de almacenar y llevar a la práctica la formación de cualquier ser vivo, incluso el más complejo que se conoce: el ser humano. Las múltiples combinaciones de los cuatros elementos siguiendo un programa genético da lugar a la maravilla de toda la riqueza de los seres vivos. Es difícil comprender cómo en esta simple máquina, la cintilla del ADN, está contenida toda la información necesaria para formar un ser vivo. Y no solo está contenida esta información, sino que existe una ingente cantidad de ella que no se activa, como es la referida a los seres que hemos sido antes de llegar a ser humanos a lo largo de toda la evolución, como se pone de manifiesto en los atavismos que aparecen en algunas personas: músculos, como el pedio y el manio, que no existen en el ser humano pero sí en los simios, y que hacen su aparición en algunas personas; mamas múltiples en algunas mujeres siguiendo la línea mamaria de los mamíferos no humanos; branquias en los fetos humanos, etc., y que vienen a cumplir

la vieja ley de Haeckel por la cual el ser humano en su desarrollo pasa por un recordatorio de toda su historia evolutiva —desarrollo filogenético— y de su propia evolución como individuo —desarrollo ontogenético—. (Se retomarán estos conceptos con posterioridad, puesto que son de una importancia capital para comprender el funcionamiento de la mente humana.)

En concreto, en el cerebro humano existe una ingente cantidad de información almacenada procedente del mundo ancestral no humano, que influye, como veremos, decididamente en los procesos mentales.

Los programas o algoritmos

Lo importante para nuestro estudio es comprender que lo que determina el sentido de la computación es el programa con el que está dotada la máquina. Dependiendo de qué programa genético esté contenido en el ADN, así se desarrollará un ser u otro. Si el programa genético determina que se forme un elefante, este se formará, lo mismo que si el programa determina que se forme un ser humano. De igual forma ocurre en cualquier otra computadora, ya sea electrónica o biológica. Dependiendo de qué programas tenga nuestra computadora, por ejemplo, así obtendremos unos resultados u otros. El tratamiento de la información depende del programa o instrucciones. Los programas son, en última instancia, algoritmos, del árabe *al-chwarizmi* (año 800 d. C.).

Un algoritmo es un proceso general para resolver problemas; todo proceso algorítmico se caracteriza por:

a) *su determinación:* en todo proceso está claramente fijado qué se ha de hacer en el siguiente paso;

b) por su *finitud:* el proceso está formulado en direcciones finitas y acaba después de muchos pasos finitos de funcionamiento;

c) por su *generalidad:* no solo ha de valer para un problema, sino para todo problema de su clase (Ursua, 1993, pág. 134).

El algoritmo ofrece para el mismo problema siempre la misma respuesta. Este es un concepto de la máxima importancia para nuestro tema, el tema de las creencias, puesto que el cerebro es una máquina universal de Turing que funciona basado en algoritmos o programas. Lo que quiere decir que una vez introducido un programa en el cerebro y bien fijado en la memoria, cada vez que se presente idéntico problema, la respuesta será la misma. Y no para un problema determinado, sino para toda una familia de problemas relacionados con el objeto del algoritmo, como ocurre en los sistemas expertos de la inteligencia artificial. Un simple ejemplo: una vez aprendida la tabla de multiplicar, que es un algoritmo, la introducción en el cerebro de dos o más números con la orden de multiplicar (×), el algoritmo se pone en acción y da siempre el mismo resultado, si la operación se ha hecho correctamente. En las matemáticas modernas de la teoría de conjuntos, la suma, la resta, la multiplicación y la división resultan solo casos particulares del mismo algoritmo.

No todos los programas o algoritmos son tan deterministas como la tabla de multiplicar. Incluso en las computadoras electrónicas se introduce un *procesador estocástico* (introductor de lo probabilístico o del azar), que da una cierta *flexibilidad* al algoritmo. Una computadora tan compleja como el cerebro, y que maneja en paralelo muchos programas y con una permeabilidad entre ellos, utilizará programas de todo tipo.

El carácter de algoritmo casi universal se pone de manifiesto cuando se habla con alguien que tenga una creencia importante, como son las cosmogonías religiosas. Se plantee el problema que sea, todo tiene solución dentro del algoritmo aprendido. (Recuérdese la definición de algoritmo como un automatismo más o menos flexible capaz de resolver cualquier problema relacionado con su tema.) Incluso es capaz de resolver problemas contradictorios con los postulados que sustenta. Por ejemplo, la injusticia y sufrimiento del mundo y la necesidad que tenemos los seres vivos de devorarnos los unos a los otros para subsistir, y la bondad infinita de Dios y su omnipotencia, parecen incompatibles entre sí. Se resuelve diciendo que no se puede saber cuál es el pensamiento y los designios de Dios, o es por nuestros pecados, o es una prueba de Dios; o que mediante el sufrimiento se nos da una oportunidad de salvarnos, etc.

El algoritmo produce un bucle explicativo imposible de salvar a no ser que uno sea capaz de salirse del algoritmo de la creencia. En ese momento el algoritmo se viene abajo, y generalmente es sustituido por otro, por otro tipo de creencia. Solo el escepticismo, el pensamiento libre y valiente nos puede sacar del laberinto. Aunque a veces ocurre como al personaje de una novela de Pérez Galdós, que afirmaba que él era un guerrillero liberal y que a quien no lo fuera lo fusilaría. O los filósofos o teóricos de la Ilustración, que creyeron desprenderse de las religiones y terminaron proclamando a la Razón como diosa. También aquí vemos lo difícil que es salirse del laberinto de las creencias. Los escépticos extremos afirmaban que toda creencia es falsa y perversa. Esta afirmación a su vez es una creencia, con lo que empezamos a dar vuelta al argumento. Solo el escepticismo moderado y sano nos permite salir del laberinto, e incluso así tenemos que ser muy escépticos, etc.

El reconocimento de patrones y las creencias

El cerebro humano es un instrumento de reconocimiento de patrones, como cualquier otra computadora. Está dotado de algoritmos de búsqueda de patrones. La palabra patrón equivale a programa o automatismo en el sentido de que un patrón es un «cuadro» fijo que sirve de referencia comparativa en el acto de percibir y de pensar. Se trata de la huella mnémica a la que se hace referencia más adelante con relación a los mecanismos del pensamiento y de la percepción. Según Steven Jonson (*Sistemas emergentes,* 2003, pág. 114), «nuestros cerebros llegaron a ser lo que son a partir de una forma primitiva de encontrar patrones». Como afirma el futurista Ray Kurzweil, «los seres humanos estamos mucho más capacitados para reconocer patrones que para pensar a través de combinaciones lógicas, por lo tanto confiamos en esta habilidad para casi todos nuestros procesos mentales. Sin duda, el reconocimiento de patrones abarca el grueso de nuestros circuitos neuronales. Estas facultades compensan la velocidad extremadamente lenta de las neuronas humanas».

La mente humana no tiene herramientas para tratar problemas que necesiten ser resueltos en forma *seriada* —un cálculo tras otro—, dado que las neuronas necesitan un tiempo de «reinicio» de aproximadamente cinco milisegundos, lo que significa que no son capaces de hacer más de doscientos cálculos por segundo. (Un PC moderno puede hacer millones de cálculos por segundo, lo que explica por qué dejamos que hagan el trabajo pesado cuando se trata de usar habilidades matemáticas.) Pero, a diferencia de la mayoría de las computadoras, el cerebro es un sistema masivo en paralelo, con cien mil millones de neuronas que trabajan al mismo tiempo. Este paralelismo permite al cerebro llevar a cabo hazañas asombrosas en el reconocimiento de patrones, hazañas que continúan

confundiendo a las computadoras digitales, tales como recordar rostros o crear metáforas. Dado que cada neurona individual es tan lenta, Kurzweil explica que «no tenemos tiempo [...] de pensar muchas ideas nuevas cuando estamos presionados para tomar una decisión. El cerebro humano se basa en computar previamente sus análisis y almacenarlos para referencias posteriores. Luego usamos nuestra capacidad de encontrar patrones para reconocer una situación como compatible con otra que habíamos pensado y recuperar las conclusiones a las que habíamos llegado con anterioridad». Lo que diferencia la música del ruido es que la música tiene patrones, y nuestros oídos están entrenados para detectarlos.

Por otro lado, la neurociencia actual sostiene la hipótesis de que la base del aprendizaje neuronal se basa en la formación de circuitos reverberantes entre ellas. De esta manera, los patrones de reconocimiento, las huellas mnémicas o los programas o algoritmos estarían implantados en estos circuitos, que serían fijos y la base referencial a la que recurriría la mente para interpretar la realidad.

De esta manera se comprende que las creencias, hábitos o reflejos sean formas normales y sumamente corrientes de enfrentarse o interpretar la realidad. Las creencias serían los patrones de interpretación con un importante significado afectivo, personal, familiar y social, que se forman en el cerebro, que se fijan y que son los que dirigen la actividad psíquica. Los hábitos o reflejos no tendrían esta importancia para el sujeto, pero serían automatismos que forman parte de la mente. La manera racional basada en el trabajo lógico sería una excepción dentro de la forma habitual de trabajo de este. Los problemas «resueltos» quedan fijados y cada vez que nos enfrentemos a ellos ya tendremos la receta para resolverlos instalada en nuestro cerebro.

3
Las claves del autoengaño de las creencias

«El mapa no es el territorio.»
A. Korzybski (1958)
(Creador de la semiótica)

Trabajadores o agentes de la mente

Los mecanismos más simples o que están en la base de la acción, de los afectos o del pensamiento, presentarán mayor rigidez en su expresión, serán más automáticos. Minsky (1986) llamaba a estos algoritmos básicos *agentes,* que son automatismos más o menos elementales y que constituyen la base de la actividad psíquica. Los reflejos innatos y condicionados de Pavlov en su expresión más simple serían ejemplos de estos mecanismos algorítmicos, de automatismos encargados de reaccionar ante determinados estímulos. Ante el sonido de la campana, el perro, o la persona condicionada, reacciona con salivación preparándose para recibir comida.

Cualquier operación efectuada por el cerebro se apoya en estos programas automáticos y que operan fuera del control

de la conciencia y de la voluntad, pero que son la base simple desde la que se efectúa la emergencia de la mente. La mente «brota» —Xavier Zubiri— de estos mecanismos elementales, dando lugar a algo distinto y superior a ellos. En la visión, en la audición, etc., existen múltiples operaciones, programadas automáticamente, que son las que hacen posible que se produzca la percepción, que sería una propiedad emergente. Pensemos en el ojo o en el oído como entrada de la información y cómo ya aquí es tratada, pasando a las áreas centrales del cerebro, donde sigue el proceso de computación hasta hacer su aparición en la conciencia. Los trenes de ondas lumínicas, en la visión, son transducidos (cambio de soporte físico) a trenes de impulsos nerviosos, que son computados en las estructuras cerebrales encargadas de ello. De tal manera que podemos decir que lo que vemos con esa *sensación de realidad, de tener la realidad delante de nosotros, es el resultado de una serie de algoritmos, de programas, que están implantados previamente en nuestro cerebro y que dan lugar a la propiedad emergente llamada percepción o aparición en la conciencia de la información estructurada.* Muchos de estos mecanismos son de origen genético y vienen dados por la constitución del cerebro, pero otros son aprendidos mediante la experiencia vivida o por la enseñanza de una cultura.

Y aquí tenemos una doble observación muy importante que hacer:

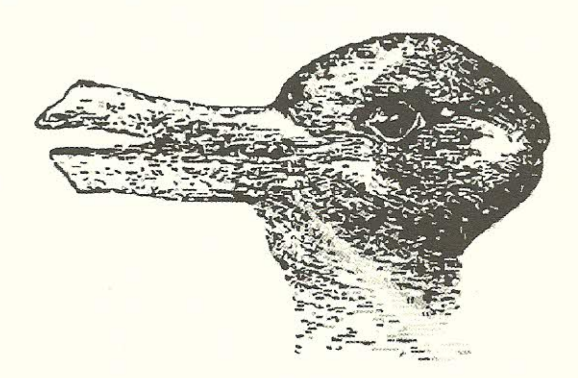
1.° Por un lado, la realidad que vemos es el producto de unos programas que operan automáticamente y fuera del control de nuestra conciencia, es decir, sin que nos demos cuenta ni seamos conscientes de su existencia.

2.° La realidad que vemos y que nos parece tan evidente no es real, sino virtual, y es una propiedad emergente de estos mecanismos más elementales. No vemos la realidad, sino

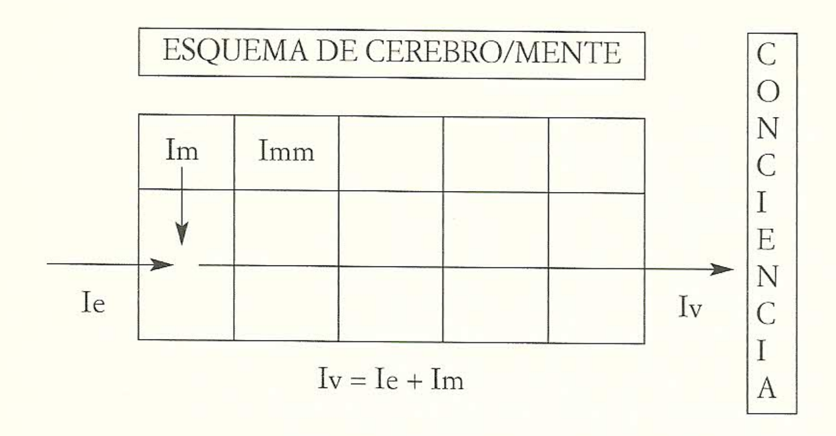
aquella que nos interpreta nuestro cerebro mediante los *procesadores* o máquinas cerebrales dotadas de un programa, lo que está de acuerdo con las viejas observaciones de Hume y Kant sobre la percepción, con «la realidad en sí», y la «realidad para nosotros» de este último filósofo.

Percepción y memoria

La interpretación que se nos sirve en la conciencia puede coincidir con la realidad o no, como se demuestra en el estudio de los errores de la percepción, que puede ser fácilmente engañada. También las figuras de doble sentido nos ponen de manifiesto que dependiendo de qué procesador estemos empleando para interpretar una figura, así veremos una u otra.



Aquí veremos la cabeza de un pato o de una liebre dependiendo de qué procesador estemos empleando para interpretar la figura. Imaginemos que el cerebro de la persona que mira nunca ha visto un pato; en ese caso la persona estará incapacitada para ver esta cabeza, por lo que solo verá la liebre. Vemos las cosas porque nuestro cerebro tiene un conocimiento previo de ello. Y está «ciego» para aquello que no tiene este conocimiento.



En el esquema de cerebro/mente dibujado arriba se puede apreciar que la información entrante en el cerebro (Ie) tiene que encontrar una información almacenada en la memoria (Im) para poder ser comparada o computada, que sería la expresión correcta, y dar lugar a la información que aparece en la conciencia, Iv (información vivenciada). En el caso de que no existiera esta información almacenada en la memoria, en la conciencia no emergería nada con significado. Es el caso de los idiomas, por ejemplo. Si el lector no tuviera en su cerebro unos conocimientos previos del idioma español, no podría interpretar este texto. También podemos observar que en el caso de que exista una información relacionada en la memoria, el resultado de la comparación o computación hace su aparición en la conciencia, Iv, y a su vez este resultado es almacenado en la memoria, Imm. Hay que hacer notar que también queda en la memoria sin modificar la información anterior al acto perceptivo. A la huella mnémica anterior sin modificar se une la nueva huella modificada. Los recuerdos antiguos permanecen invariables, o relativamente fijos, en la memoria, aunque hayamos adquirido nuevos conocimientos. Es decir, la memoria tiene un efecto acumulativo en forma de hojas de cebolla que se van superponiendo y cubriendo unas

a otras. La llamada *regresión* o vuelta a estadios anteriormente vividos está basada en esta propiedad de la memoria. Este hecho tiene también una gran importancia para comprender muchos fenómenos psíquicos relacionados con las creencias; una vez adquiridas estas, quedan almacenadas para siempre en el fondo de la memoria, desde la cual pueden influir en los procesos mentales, aunque creamos que ya hemos dejado de creer en ellas. El cristiano, el comunista, etc., nunca deja de serlo por completo, aunque se haya hecho ateo o capitalista.

Las creencias, como información muy importante para el sujeto almacenada en la memoria, sirven de base de computación para cualquier operación relacionada con ellas. De aquí que podamos deducir que el sujeto interpretará a través de sus creencias cualquier tema que se le plantee y que tenga alguna relación. También es interesante anotar que existe un efecto acumulativo en la memoria por el cual cuanto más utilice la memoria almacenada, más se irá acumulando la información referida al mismo tema. Por lo que el creyente, cuanto más trabaje en sus creencias, más creyente se hará. A no ser que ocurra algo que le saque de este círculo. (Evidentemente, estos fenómenos ocurren también para cualquier uso reiterativo de la memoria, como en el ejercicio de un aprendizaje o de un oficio.)

LA REALIDAD PERCIBIDA ES SIEMPRE VIRTUAL

«El hombre es la medida de todas las cosas.»
PROTÁGORAS

La realidad virtual generada por computadoras se obtiene usando unas gafas especiales con pequeños visores en color y unos auriculares. El sujeto obtiene de esta manera la sensa-

ción de estar viviendo una realidad que solo existe en virtud de la manipulación sensitiva proporcionada por la computadora. En el caso de los simuladores de vuelo para la enseñanza del pilotaje de aviones, la imagen virtual y las sensaciones que recibe el alumno suelen ser muy «reales», de tal manera que los futuros pilotos pueden programar en sus cerebros unos procesadores biológicos que les permitan después actuar en la realidad. La simulación suele ser tan real y la asimilación de su cerebro de ella es tal, que cuando estos pilotos se ponen a los mandos de un avión real sienten una cierta extrañeza de irrealidad de lo real.

Autores como Charles T. Tart («Personalidad múltiple, estados alterados y realidad virtual: aproximación al proceso de simulación de la realidad», publicado en *Disociación,* vol. 3, págs. 222-233) afirma que «la neurología y la psicología contemporáneas nos dicen que ya vivimos en una o más realidades virtuales internas generadas por procesos neurológicos y psicológicos. Los patrones y sistemas estables de esas realidades virtuales internas constituyen los estados de conciencia, nuestra personalidad ordinaria y las personalidades múltiples. [...] Los nuevos descubrimientos para crear realidad virtual por ordenador son fascinantes. La verdad es que ya vivimos en una gran variedad de realidades virtuales generadas internamente cuando nos hacemos llamar "clientes", "terapeutas" o lo que sea. Está ocurriendo ahora mismo. *Cada uno de nosotros vive en una máquina de simulación del mundo. Casi todos olvidamos que nuestra "percepción" es una simulación, no la realidad en sí misma, y casi siempre olvidamos que tenemos algo en común con los detalles de cómo funciona la simulación.* Personalmente encuentro excitante que este es justo el modelo de conciencia que propongo en mi acercamiento sistemático para comprender los estados alterados (Tart, 1975), y la tecnología de la realidad virtual supone una demostración excelente para

todo esto [...] El modelo y conjunto final de los eventos neuronales de los que somos conscientes, y de otros relacionados con ellos, son nuestro Proceso de Simulación Personal de la Realidad, nuestro mecanismo que crea la realidad virtual en la que vivimos. La estructura de nuestro sistema nervioso, tal como está programado por nuestra psicología personal, y que conforman nuestros auriculares, visor, sentido del tacto, olfato y el gusto. Nos sentamos, en un teatro propio, perdidos en un espectáculo creado por los mecanismos escondidos del Proceso de Simulación de la Realidad. [...] *La función básica del Proceso de Simulación de la Realidad es crear, mantener, expandir y actualizar modelos internos funcionales del mundo real que nos permitan sobrevivir y manejarnos eficientemente con el mundo real.* Como apunta acertadamente Fodor (Fodor, 1983, pág. 4), "la percepción está construida para detectar qué hay aquí y ahora —por ejemplo, qué se puede comer o quién nos puede devorar—. Si esta es la teleología, entonces se entiende que esa percepción será ejecutada por sistemas rápidos, obligatorios y encapsulados que... están preparados para manejar afirmaciones falsas para obtener altos beneficios. Es, sin duda, importante atender a la belleza eterna y creer en la verdad eterna. Pero es más importante no ser devorado"».

Por todo ello podemos afirmar dentro de esta teoría que las imágenes que se proyectan en nuestra conciencia son imágenes virtuales, puesto que son solo representaciones del objeto real, si es que existe, y se pueden ver porque activan el procesador o huella mnémica encargado de interpretar el objeto real. Si este procesador no existiera o no fuera activado, la imagen sería irreconocible. (En este caso, lo que estamos llamando *procesador* sería la Im —información almacenada en la memoria— del esquema comentado anteriormente.) Un ejemplo extraído de la clínica es el caso de los niños operados de cataratas congénitas, que al principio no son capaces de

ver nada. El mundo se les aparece como formado por claroscuros deformes, y poco a poco, cuando se van programando sus procesadores cerebrales —cuando se acumula información en su memoria—, empiezan a ver, a distinguir los objetos. Algo parecido ocurre cuando vemos a una persona conocida después de muchos años. Al principio no la reconocemos por los cambios que ha sufrido, porque empleamos los recuerdos anteriores, la imagen que teníamos en el cerebro, la información antigua para procesar la información que recogen nuestros ojos ante el rostro de nuestro conocido. Tenemos que reorganizar nuestro procesador de su cara para volvernos a familiarizar con ella.

Contemplemos otro ejemplo que es muy claro e ilustrativo de lo que se está diciendo. En los centros de Broca y de Wernicke del cerebro están localizados los procesadores del habla. En el centro de Broca está el procesador que nos hace posible pronunciar palabras, y en el de Wernicke, el que nos permite interpretar lo que oímos. Las patologías de estos centros determinan las *afasias* motoras de Broca —no poder articular palabras— y las de Wernicke o afasias sensitivas —no entender lo que se dice—. A veces hay afasias que afectan a uno de los idiomas que ha aprendido la persona, generalmente el que menos se domina.

Estos procesadores del habla son innatos en el ser humano, pero deben ser programados para que sean operativos. Contienen, según los conceptos de Chomsky, todos los algoritmos necesarios para aprender un idioma. Estos son universales y valen igual para aprender chino, árabe, español o cualquier otro idioma. Contienen la información de lo que es un verbo, un adjetivo, un nombre, etc. Dependiendo de cómo se programen estos procesadores, así hablaremos y entenderemos un idioma u otro. Si este texto estuviera escrito en un idioma desconocido para el lector, su cerebro no sería capaz

de comprender la información contenida en él. El texto o las palabras pronunciadas en un idioma desconocido no significan nada. No podemos captar la información descrita en él.

Todo ello indica que sin los procesadores correspondientes y sin su adecuada programación no es posible descubrir la realidad. Pero también nos dice que la realidad que percibimos es la que han interpretado los procesadores según sus programas. También hemos comprendido algo sabido de siempre: que el cerebro humano es programable, que puede aprender, y que dependiendo de este aprendizaje o programación, así veremos la realidad.

Las religiones, las ideologías, las sectas, etc., manejan estos conceptos con gran habilidad. En las escuelas coránicas y en general en la enseñanza de cualquier doctrina —incluido los llamados «lavados de cerebro»— se insiste en el aprendizaje reiterativo de la doctrina, se obliga a memorizar las cosas de una manera recurrente, y una vez instalada en el cerebro hará que el sujeto «viva» esa realidad como lo más evidente, como la misma realidad.

Con posterioridad a la guerra de Corea, los soldados norteamericanos que volvían de China después de haber sido sometidos a «lavados de cerebro» sorprendieron por las alabanzas al régimen comunista y las críticas al sistema democrático estadounidense. Veían la realidad de otra manera.

La interpretación del mundo que se les introduce en su cerebro se convierte en un algoritmo, en un automatismo que cada vez que se activa produce las mismas imágenes, los mismos conceptos.

Aprender algo no es simplemente memorizarlo, sino programar o formar un procesador cerebral más o menos complejo. El cerebro humano es capaz de formar nuevas estructuras neuronales —redes neuronales— o de otro tipo, que son los auténticos «subcerebros» de trabajo encargados de tareas

concretas. Podemos decir que son las estructuras expertas en cada tarea y que están dotadas de los programas o algoritmos correspondientes. Aprender a leer es programar nuestro procesador del lenguaje. Aprender a ser cristiano es formar un procesador que nos interprete la realidad de la manera cristiana. El hecho de que la doctrina cristiana, u otra cualquiera, coincida o no con la realidad del mundo y de nosotros mismos no juega ningún papel decisorio, puesto que el cerebro dará por bueno lo que le dicten sus procesadores, como yo doy como real el teclado sobre el que estoy escribiendo y la pantalla del ordenador. Pero pudieran no existir, porque realmente no las veo, sino que lo que percibo son las imágenes que proyectan en mi conciencia los procesadores o estructuras interpretativas alojados en mi cerebro. Pero la sensación de realidad que tengo es absoluta y solo los conocimientos de cómo funciona el cerebro y el razonamiento me hacen levantar sospechas. Y si esto ocurre para una realidad tan objetiva como el teclado y la pantalla, qué puede pasar con las realidades abstractas que no es posible comprobar tocándolas, por ejemplo, como yo hago con el teclado.

En los sueños, lo que soñamos nos aparece con esta sensación de realidad. Si soñamos que estamos en un tren, hablamos con una persona, o cualquier otro acto, siempre se tiene la sensación de realidad. No son vividos como pensamientos o imaginaciones, sino como si estuviéramos en esa realidad. Es una especie de película en la que estamos inmersos. Esta sensación de realidad de los sueños puede deberse a que lo vivido en el sueño tiene el carácter de percibido. El mundo virtual de la percepción es vivido plenamente en los sueños. En la percepción normal existe siempre un objeto externo que se percibe. Durante el sueño no existe ese objeto, por lo que los sueños son «percepciones» sin objeto, aunque algunos sueños son interpretaciones oníricas de acontecimientos reales, como

ruidos, sonidos, dolores, sensaciones placenteras, etc. Pero en los demás casos en los que solo existe nuestro pensamiento y no objetos externos reales, podemos comparar este proceso con lo que se llama en psicopatología *alucinaciones*. El carácter alucinatorio de los sueños en el sentido de que sus contenidos están recubiertos de sensación de realidad y que no tienen objeto externo ha llamado la atención desde siempre, por lo que en todas las culturas se les ha tomado como invocaciones de la realidad, como cosas reales que pueden ocurrir. Podríamos resumir con las palabras de Calderón de la Barca: «La vida es sueño, y los sueños, sueños son». (Más adelante se estudiarán otros aspectos de los sueños en el capítulo dedicado al pensamiento mágico.)

De todo ello podemos deducir que las interpretaciones del mundo que tenemos son muy cuestionables. Han de ser sometidas a comprobación, puesto que no nos podemos fiar de lo que nos aparece como evidente.

Y una deducción muy importante para la comprensión del carácter de realidad con que son vivenciadas las creencias: si la percepción de objetos reales es virtual y no es el objeto en sí, pero que vivenciamos como si de la realidad en sí se tratara, quiere decir que existen en nuestro cerebro mecanismos que causan la sensación de realidad en objetos virtuales. Esta misma propiedad puede que sea la que hará que las interpretaciones de la realidad creenciales sean tomadas por reales con plena evidencia. Nuestro cerebro está acostumbrado a que lo que aparece en la conciencia es real, por lo que aquellas representaciones de la realidad inducidas por una creencia también nos aparecerán como evidentemente reales.

LAS «PHANTASÍAI» DE LOS FILÓSOFOS GRIEGOS

Después de llegar a estas deducciones a partir de los conocimientos modernos de la manera de funcionar el cerebro, sorprende la agudeza de los filósofos griegos, sobre todo de los epicúreos y de los escépticos. Para estos, la percepción de la realidad da lugar a *phantasíai* o *phainómena* (Nussbaum, 2003, págs. 364-365), «que son las maneras como el mundo se nos aparece, como lo vemos, como nos impresionan». Es decir, estos filósofos ya cayeron en la cuenta de que lo que se percibe no es necesariamente la realidad, sino una fantasía, algo que puede o no coincidir con la realidad. Esta observación está ratificada por todo lo expuesto anteriormente. Nosotros no vemos la realidad, sino la interpretación que nuestro cerebro hace de ella, y más en concreto, nuestras estructuras interpretativas o procesadores cerebrales. De aquí el empeño de los escépticos en que todo ha de ser examinado antes de ser admitido como verdad.

También la escuela epicúrea, sobre todo en boca de Lucrecio en su gran poema filosófico *De rerum natura* [De la naturaleza], expresa su desconfianza de la percepción y pone como ejemplo, entre otras observaciones muy interesantes sobre los errores de la percepción, la alteración de la realidad percibida en el caso del amor pasión, donde el enamorado desfigura la realidad de la amada: «La carinegra es "color de miel"; la asquerosa y maloliente, "sencilla"; la ojizarca, una "imagen de Palas"; la que es todo cuerdas y madera, una "gacela"; la menuda y enana, "una de las Gracias", "puro granito de sal"; la gigante y corpulenta es un "prodigio", "llena de majestad"; si es tartamuda e incapaz de hablar, se dice que "cecea"; la muda es "recatada"; la chismosa, llena de mala intención y de encono, es una "antorcha ardiente"... La obesa y tetuda es "Ceres dándole pecho a Baco"; la de labios hincha-

dos, "un nido de besos"...» (Lucrecio, versión E. Valenti, 1992, Libro III, 62).

Realmente, el nacimiento de la filosofía griega se debe a la desconfianza ante nuestras percepciones y pensamientos sobre la realidad. Si el hombre tiene fe ciega en sus interpretaciones, practicando un realismo ingenuo o en lo que le han dicho como en las religiones, no puede surgir la duda, entre otras cosas porque suele estar prohibido dudar, incluso con castigos severos que pueden llegar a la tortura o la muerte cruel, como la de los herejes por la Inquisición, o las terribles condenas actuales en el mundo islámico y otros.

La duda, el escepticismo ante lo que percibimos y pensamos, es la base del pensamiento racional. Los modernos conocimientos de cómo opera el cerebro que se han expuesto muy someramente con anterioridad nos permiten comprender la gran sagacidad y penetración en la realidad del pensamiento griego, mientras que las culturas religiosas quedan presas del mito, presas de las interpretaciones fantásticas de la realidad.

LA NATURALEZA UBICUA-LOCALIZADA DE LOS PROCESADORES

Vamos a sostener que las estructuras interpretativas o procesadores cerebrales son unidades con cierta autonomía, que funcionan como subcerebros, que en muchas ocasiones pueden imponer su actividad al resto de este, de tal manera que los pensamientos, sentimientos y acciones derivadas de ellos son los que dominan al sujeto. Por ello es conveniente hacer una pequeña aproximación a la naturaleza aparentemente contradictoria de estas estructuras cerebrales en cuanto a su localización y su deslocalización: aparentemente están en un solo sitio y en muchos a la vez.

Podemos decir que los procesadores o las huellas mnémicas funcionales, según lo expresado más arriba, están localizados en partes concretas del cerebro y a su vez se encuentran replicados en otras zonas. Aunque existe una localización principal, que si es destruida da lugar a la pérdida de la función.

El cerebro tiene la facultad de replicar las estructuras en las que se implantan los procesadores cerebrales. En general, la naturaleza tiende a replicar los órganos importantes para garantizar su funcionamiento en caso de enfermedad o lesión. El mismo cerebro está replicado en dos mitades casi idénticas aunque funcionalmente diferenciadas, pero que pueden suplirse entre sí en algunas circunstancias. Si un niño menor de siete años sufre una lesión que le destruye los centros del lenguaje ubicados en el hemisferio izquierdo en los diestros, es capaz de desarrollar otro procesador del lenguaje en el hemisferio derecho, cosa que no ocurre en los adultos. Incluso aquellos enfermos a los que se les ha extirpado uno de los hemisferios cerebrales por traumatismo o por un tumor no presentan un déficit funcional tan importante como era de esperar, y pueden hacer una vida relativamente normal.

Las dos mitades del cerebro están comunicadas por un haz de fibras —el llamado cuerpo calloso, por su dureza— que garantiza el intercambio de información entre los hemisferios cerebrales. Por lo que los conocimientos —las huellas mnémicas— no solo se almacenan en un único lugar, sino en numerosos, como ha puesto de manifiesto la investigación y la clínica, aunque aún se nos escapa gran parte de lo que ocurre en la memoria cerebral.

Es más, por necesidad, las estructuras o procesadores tienen que estar extendidos en múltiples regiones del cerebro, ya que el componente cognitivo, afectivo, motor o neuroendocrino se tiene que apoyar en las áreas cerebrales correspondientes a cada función.

No obstante, existe un núcleo de coordinación central del procesador, que si se lesiona hace que este deje de ser operativo. Por ello, sigue siendo válido el concepto de estructura localizada en una parte determinada del cerebro, como se comprueba en las lesiones cerebrales. Quizá podamos establecer un símil entre esta capacidad del cerebro e Internet. Esta es una red muy extendida y múltiple, pero que tiene unos centros neurálgicos, los servidores, que si fallan pueden dar lugar a que la red se desestructure.

Esto es lo que ocurre en el cerebro cuando estos centros neurálgicos se lesionan. Ejemplos bien conocidos son los siguientes: las afasias —incapacidad de comprender el lenguaje o de hablar— producidas por lesiones del procesador del habla (centros de Wernicke o de Broca); las diversas agnosias producidas por lesiones en los lugares en que se localizan distintos procesadores encargados de funciones diversas relacionadas con conocimientos (un ejemplo curioso es la amusia, que consiste en la pérdida de la capacidad de reconocer la música y de ejecutarla; o la pérdida de la capacidad de reconocer las caras: prosopagnosia); las apraxias son pérdida de habilidades motoras, en las que desaparece la capacidad de la coordinación de los dedos, las manos, etc., para operaciones concretas. La causa de todas estas patologías es la destrucción de la parte del cerebro donde se ubicaban los algoritmos o programas necesarios para estas operaciones.

Esta capacidad cerebral de localización y a su vez de ubicación de la información y de los algoritmos en varios sitios a la vez nos habla de la versatilidad del cerebro y de cómo puede funcionar con unidades localizadas y como un todo. De aquí que cualquier información pueda influir en otra y de tal manera que cualquier acto, cualquier pensamiento, es una síntesis de muchas partes; pero siempre existen unos puntos que serán necesarios para que se lleve a cabo esa coordinación.

Esto nos permite comprender el hecho de que la actividad cerebral es diversidad y unidad a la vez, que la persona puede ser única y múltiple, puesto que el centro de coordinación, el procesador activado, puede erigirse en centro único en un momento determinado, pero puede ser desplazado por otro, que tomará el mando de la mente. Como la información que se activa y los programas de cada procesador son distintos, la mente actual, la que tenemos en el momento que se activa un determinado procesador, será diferente en algunos aspectos de la que hayamos tenido en otro momento. El cerebro es una asamblea de procesadores.

Ahora bien: los pensamientos y sentimientos son una mezcla de múltiples orígenes, por lo que pensar y sentir cualquier cosa está enlazado con toda una multitud de sentimientos y de creencias. Una creencia puede estar estrechamente enlazada con deseos de amor, de venganza, de riqueza, de ansiedad ante el futuro, de angustia ante la enfermedad, con deseos de dominar a los otros, de ser poderoso, etc. Esto es de suma importancia para comprender en toda su extensión el papel de las creencias en el ser humano. Por todo ello podemos comprender que las cosas del psiquismo humano son muy complejas y difíciles de captar en una síntesis sin contradicciones. La inteligencia consiste en poder establecer una síntesis clara de las múltiples relaciones entre las cosas. Si el objeto de la inteligencia es el mundo externo, esta síntesis es difícil; pero cuando se trata de poner orden en nuestro psiquismo, el problema resulta mucho más complejo, sobre todo porque nuestros pensamientos, sean creencias o no, están sustentados en un mar invisible de influencias que yacen en el seno del cerebro y que aún no conocemos suficientemente.

Por otro lado, hay que advertir que no está claro en la investigación cerebral mediante los instrumentos que nos permiten estudiar el cerebro en acción sin perturbar a esta —resonancia magnética, PET, etc.— que todas las estructuras tengan una existencia física y localizada, sino que muchas de ellas solo existen en el tiempo. Son patrones de acción que solo existen cuando se producen las conexiones correspondientes mediante la activación. Es más, existe la sospecha de que cualquier actividad cerebral relacionada con el psiquismo está basada en la formación de estas estructuras temporales, pero que siempre, a pesar de su sola existencia temporal, tienen una fijeza de formación. Es decir, dadas las mismas circunstancias, se formarán de nuevo.

La personalidad plural o las diversas personalidades de la mente

No obstante, a pesar de toda la complejidad y versatilidad del cerebro, podemos decir que este funciona con estructuras encargadas de cometidos específicos, como demuestran los ejemplos anteriores de afasias, agnosias, apraxias, etc. Todos los sistemas complejos —seres vivos incluidos— funcionan a partir de la formación de estructuras estables, sean funcionales solamente, como los circuitos reverberantes, o formadas por redes neuronales físicamente estables.

Este concepto es fundamental para comprender el fenómeno de las creencias. Podemos decir que una estructura interpretativa o procesador es un subcerebro funcional, y que una vez formado nos hará ver la realidad a través de él cuando esté activo. Y que con su consolidación entra a formar parte de nuestro cerebro. De alguna manera nosotros nos convertimos en alguien mentalmente diferente del que éramos antes

de poseer tal estructura, sobre todo si la estructura adquirida tiene un significado afectivo importante para nosotros, como es el caso de las creencias. Al menos, podemos decir que nuestro cerebro se enriquece informacionalmente con esta nueva adquisición.

Una vez introducida una información en el cerebro, se forma una huella mnémica, que queda grabada en forma de circuitos neuronales, cambios genéticos, formación de proteínas o formas que aún no conocemos. Esta huella mnémica, sea cual sea la forma en que quede grabada en el cerebro, constituye un «cuerpo», una nueva estructura que se añade al cerebro, modificándolo y teniendo existencia propia, como la tiene cualquier otra estructura corporal, como el corazón, los pulmones, etc., o como también la tienen las bacterias o los virus como cuerpos extraños.

Esto nos lleva a comprender que las ideas, sentimientos o acciones aprendidas entran a formar parte de la constitución física del individuo. Estas estructuras, como cualquier parte del cuerpo, tienen una dinámica propia, que puede llegar a imponerse en el conjunto más o menos armónico del organismo.

En el caso de estructuras que contienen información de tipo psíquico, intervendrán en la formación de la mente. Esto adquiere un significado muy especial cuando consideramos la teoría de la emergencia que estamos aceptando. La mente emergente en cada momento dependerá de aquellas estructuras que estén activadas, puesto que, según la teoría, las estructuras inactivas no podrán exhibir su capacidad de contribuir a cogenerar la mente.

Tres consecuencias importantes se derivan de aquí:

1.° La mente que tengamos depende de qué estructuras cerebrales estén instaladas en nuestro cerebro, tanto las here-

dadas por vía genética como aquellas que hayamos aprendido o adquirido mediante nuestro pensamiento.

2.º Nuestra mente no será siempre igual a sí misma, sino que variará más o menos dependiendo de qué estructuras cerebrales tengamos activadas en un momento dado.

3.º De aquí que podremos estar formados por diversas personalidades o maneras de ser, pensar, sentir y actuar, que se alternarán en el juego de la actividad mental.

Se deduce de todos estos apartados que la mente, la personalidad que exhiba de cada uno de nosotros en un momento dado, variará dependiendo de qué estructura estemos activando, o de qué se nos ha activado. Podremos decir que no siempre somos iguales a nosotros mismos y que puede ocurrir que presentemos diferentes maneras de pensar, sentir y actuar, de tal forma que podemos afirmar que la persona posee diferentes maneras de manifestarse. Cuando este fenómeno no es muy acusado, estamos dentro de la normalidad, pero cuando sus manifestaciones son muy extremas hablamos en psiquiatría de *trastorno de personalidad múltiple,* que consiste básicamente en que la persona exhibe distintos tipos de pensamiento, sentimiento y conducta diferenciada entre sí y que operan con una marcada independencia, de tal manera que tenemos la impresión de que se trata de personas distintas que viven en un mismo cuerpo. Por otro lado, todo converso experimenta la sensación de haberse convertido en otra persona, y que en su interior habita la personalidad anterior a la conversión y la conversa, aunque suelen afirmar que la personalidad anterior ha muerto, lo que es lo mismo que afirmar que existió otro yo, otra manera de ser.

La literatura ha tratado este tema en reiteradas ocasiones. *Don Quijote,* de Cervantes, y *El lobo estepario,* de Hermann Hesse, son dos ejemplos, aunque hay muchos más, como

Dr. Jekyll y Mr. Hyde, de Stevenson, que ilustran muy bien este fenómeno. Don Quijote adquiere una personalidad distinta a la del hidalgo manchego a partir de sus lecturas de libros de caballerías. La personalidad quijotesca se manifiesta alternándose con la del hidalgo a lo largo de toda la obra. No es locura la de Don Quijote, sino desdoblamiento de la personalidad por haberse formado una nueva. Este es un fenómeno normal aunque poco estudiado, ya que se opone a la idea de la unidad de la mente, de la persona, como ser único responsable con todas las implicaciones morales, religiosas y jurídicas que implica.

En el caso de *El lobo estepario,* de Hesse, nos encontramos con una magnífica descripción del desdoblamiento de la personalidad, del descubrimiento por el protagonista de una personalidad desconocida en sí mismo que tiene unos pensamientos, sentimientos y conducta muy diferentes de su otra personalidad.

También el escritor portugués Pessoa se hace eco de esta facultad de la mente de desdoblarse en distintas personalidades que se van sucediendo entre sí a lo largo de la experiencia vital.

Existe una generalizada confusión entre intelectuales no psiquiatras entre el concepto de esquizofrenia y el de histeria o trastorno disociativo, como se designa actualmente, para denominar la existencia en una persona de distintas personalidades. La palabra esquizofrenia significa en griego mente escindida, pero la enfermedad esquizofrénica es una alteración muy grave de la vida psíquica que lleva aparejada no solo la aparición de diferentes maneras incongruentes de ser, sino un deterioro. Lo correcto es hablar de fenómenos disociativos o simplemente de la existencia de varias personalidades dentro de un mismo sujeto, aunque sin que ello prejuzgue una enfermedad.

Incluso sería incorrecto hablar de fenómenos histéricos o disociativos, porque no existe una disociación propiamente dicha, es decir, una separación de la mente en dos mitades que se ignoran, sino de la existencia de varias personalidades que se alternan. Se trataría de la existencia de distintas personalidades en la persona normal, que se suceden entre sí en el curso de la actividad psíquica ocupando el papel dominante de una manera alternada o incluso como personalidades *paralelas,* que conviven en el mismo sujeto y actuando como de espaldas una de la otra, pero sin que haya un fenómeno de disociación absoluto. El sujeto suele ignorar que posee esa personalidad, porque la alternancia suele ser sutil, y la misma persona y los que le rodean no se percatan apenas del fenómeno. Es importante aclarar que una o algunas de las personalidades del sujeto pueden ser anormales, aunque el resto de la mente sea normal.

De la experiencia psiquiátrica podemos entresacar algunos ejemplos que nos ilustren de cómo es posible que se forme en un mismo sujeto una manera de pensar, sentir y actuar que difiera enormemente de su otra forma de ser anterior.

- Primer ejemplo:

  Se trata de un caso real en el que una mujer casada, con hijos y de profesión abogada, contrae una cleptomanía que le lleva a robar dos veces todos los días, terminando en el hospital psiquiátrico, en la cárcel, y perdiendo su profesión y su familia. La enferma relata que un día que fue a comprar una cosa de poco valor tenía prisa, estaba en la cola de la caja para pagar, y se sentía molesta porque la cajera no se daba prisa y no le hacía caso, y de pronto decidió marcharse sin pagar. Nadie se dio cuenta. Sintió una sensación muy agradable, por lo que

unos días después repitió la operación, y así, unas cuantas veces más hasta que poco a poco fue notando que el acto de robar le producía un gran placer. Pero, sobre todo, se dio cuenta de que si se proponía dejar de ir a robar sentía una gran inquietud, ansiedad, temblores, y que los propósitos que se había hecho de no volver más desaparecían de su mente, y, como poseída, volvía a robar. Algunas veces, en esta lucha entre sus dos tendencias, llegaba a tener sudores, temblor, náuseas, vómitos e incluso defecación, como corresponde a una profunda crisis de ansiedad, lo que los drogadictos llaman *el mono*. Fue descubierta en varias ocasiones por el servicio de vigilancia y denunciada. Los propósitos de no reincidir eran sinceros, pero cuando se acercaba la hora de cometer el hurto se establecía una tremenda lucha en su mente. A una parte le horrorizaba el hecho de volver a cometer el pequeño delito —siempre robaba cosas de poco valor que permanecían en su casa sin ninguna utilidad—, y por otra sentía una necesidad absurda de continuar con esta actividad patológica. Se terminaba diciendo: «¿Por qué no? Esta será la última vez». Aunque sabía que en ella existían dos voluntades contrapuestas, y que se alternaban en su psique.

Su mente estaba dividida en dos. Se había formado en su cerebro una estructura, un procesador, si así se le quiere nombrar, que cuando se le activaba transformaba su mente, apareciendo una personalidad cleptómana, que lo único que deseaba era consumar el acto absurdo de robar y que le hacía ver las cosas de diferente manera. Este mismo fenómeno lo encontramos en cualquier dependencia, sea esta de una ludopatía, o una dependencia de una droga. Los alcohólicos nos comunican cómo cambia su mente cuando sienten el deseo de beber.

Y los cónyuges o familiares de estos nos informan de que convivir con ellos es lo mismo que hacerlo con dos personas: una normal, a la que se le quiere, y otra perversa, a la que se odia. Los maltratadores también presentan características parecidas; sus esposas tienen la sensación de convivir con dos personas, una amable y otra cruel.

- Segundo ejemplo:

  Un alto directivo de una empresa, casado y con hijos, acude a una cena de negocios. Al término de esta, y en compañía de unos compañeros, visita una casa de citas. Allí conoce a una mujer de la que se enamoró perdidamente. A partir de aquí acude de forma regular a ella, que continúa ejerciendo con él su profesión. Contrae deudas, pierde su trabajo, su familia, y pone fin a su vida suicidándose al arrojarse por la ventana de un quinto piso de un hotel barato donde le había llevado su «pasión amorosa».

  Este hombre, inteligente y sin que tuviera ninguna otra enfermedad o defecto psiquiátrico, confesaba que en su interior se había establecido una lucha entre dos tendencias, entre dos maneras de estar en la realidad. Vivía en dos mundos incompatibles entre sí. Su carrera profesional, su esposa, sus hijos o sus amigos eran una realidad muy querida, en la que se encontraba a gusto y moralmente satisfecho. Pero el mundo de la otra mujer siempre estaba latente, y se activaba por cualquier cosa, como un recuerdo, o una llamada. Se ponía en marcha un deseo irreprimible, una sutil seducción por volver a ella, aunque sabía —una parte sí lo sabía, la otra deseaba ignorarlo— que la prostituta solo le utilizaba para obtener dinero. Cuando se activaba su parte enfermiza

solo veía lo que le dictaba esa parte, se instalaba en otro mundo, del que no fue capaz de salir.

- Tercer ejemplo:

Quizá las sectas nos proporcionan los mejores ejemplos de formación de una nueva personalidad en el sujeto que convive con la personalidad previa. Juan y Marta —caso real citado por P. Rodríguez [*El poder de las sectas,* 1990, págs. 48-49 (entrevista) y 49-50]— habían ingresado en la secta de Jorge Boronat. «Jorge Boronat nos hizo creer a todos nosotros —afirma Juan—, aunque visto desde ahora resulte algo ridículo y sea imposible explicar cómo pudo suceder todo, que provenía de Ganímedes, un satélite de Júpiter, que es donde reside el Padre (Dios), y que él era su hijo Jesucristo, con el que comparte, según él, iniciales (J. B., por Jesús de Belén) y fecha de nacimiento (primero de enero), y que era la conexión humana de Dios en la tierra... Tú ves que cada uno de nosotros tiene un carácter diferente, pero somos personas normales. Todos, al salir de ese infierno, hemos vuelto a ser y hacer lo que cualquier persona corriente —me comenta Juan, buscando una innecesaria justificación—, pero allí, en la secta, todo era muy distinto. *Las cosas parecían claras y lógicas.* Lo que decía Boronat, *que ahora nos parece demencial,* allí, con los trucos de magia que nos hacía, con su poder de fascinación, con sus razonamientos y explicaciones, *nos parecía tan creíble y real como este café que estamos tomando ahora...*».

En otro caso real, un ex adepto de la secta de Raschimura relata que después de «pasar pruebas como dormir a la intemperie, desnudos, con la humedad de oc-

tubre, o trabajar días y días, hasta el límite, sin poder hablar con nadie, etc. *A partir de ese momento, cuando ya le empiezas a obedecer en todo, el mundo cambia. Todo ya te parece bien, crees todo lo que él te diga y haces todo lo que te ordene, por alucinante que sea. No se puede volver atrás*»[1].

- Cuarto ejemplo:

  Los nazis habían adquirido otra personalidad después de ser sometidos a la influencia de esta doctrina. Un alemán amigo de judíos podía convertirse en enemigo mortal de estos sin que existiera ninguna ofensa personal. Ante la perplejidad del judío, su amigo había pasado a considerarle como un ser inferior, como un subhombre —*Untermensch*—, una especie entre lo animal y el ser humano. Por la patria, por la raza, por miles de razones, el judío era un enemigo al que había que eliminar sin piedad. Como siempre ocurre, una confabulación entre el miedo, la conveniencia, la cobardía, la sensación de superioridad, la esperanza de medrar, etc., hacían que se formara una estructura cerebral que se instalaba en su mente haciéndole ver la realidad de otra manera. Las «gafas» mentales nazis transformaban la realidad hasta el punto de no ver en los judíos y demás «razas inferiores» sino animales despreciables a los que se les podía quitar la vida de la manera que más gustara. El sadismo, la crueldad más repulsiva podía ser desarrollada sin el más mínimo escrúpulo moral, sin el más mínimo sentimiento hacia las víctimas. En los campos de concentración se mataba a las personas con la

[1] Las cursivas y el subrayado son míos.

misma indiferencia al dolor ajeno que cuando se matan moscas, y posiblemente con el enorme placer de quien se siente de otra raza y que eso no le puede pasar a él. El gran psicopatólogo alemán Karl Jaspers afirmó de su amigo y filósofo Martin Heidegger, convertido a la doctrina nazi, que en su mente «se había deslizado un demonio» al intentar comprender el cambio increíble que se había producido en el afamado filósofo, que llegó a despreciar a compañeros y maestros suyos, como Husserl, porque era judío. En el cerebro de cualquiera de nosotros puede formarse una estructura cerebro-mental que se apodere de uno y le transforme.
Hombres cultos, inteligentes, algunos versados en el humanismo, en la religión cristiana, que incluso se confesaban creyentes en Dios, y que, para colmo, creían que Dios estaba con ellos, eran capaces de tales atrocidades, de impensables e increíble crueldad ejercidas sin remordimientos, incluso con la satisfacción del deber cumplido, creyendo que hacían un bien al resto de la humanidad. Amantes de la música clásica, de la poesía, de la filosofía, incluso filósofos de profesión participan de estas ideas y de estos hechos.

En estos ejemplos se ve con claridad cómo las personas somos la información que tengamos en nuestro cerebro y que haya formado una estructura, un procesador, que desplace al resto por haber adquirido la categoría de creencia, de visión absoluta de la realidad, de vivencia de realidad sin posibilidad de duda, sin el sano escepticismo que debe caracterizar a todo pensamiento no aberrante.

La nueva personalidad formada en el cerebro es la que se manifiesta en el sujeto ejerciendo su voluntad nacida del mundo creencial en el que vive. Como afirmaban los filósofos he-

lenísticos y el mismo Sócrates y Aristóteles, el hombre se mueve por los deseos que le dictan sus creencias. Dependiendo de qué clase de creencia se tenga, así serán sus pensamientos, sus sentimientos y obras. Cuando una de las diversas personalidades del sujeto está activada, este se transforma, se convierte en otro. En algún momento puede aparecer la antigua personalidad u otras, y cada vez veremos un hombre distinto al menos en algún aspecto importante.

En los ejemplos anteriores lo hemos podido comprobar. La mujer cleptómana, el enamorado patológico, en las sectas o en los casos de personas normales que se convertían en nazis, siempre nos encontramos con la presencia de unos deseos —robar, relaciones amorosas, deseo de pertenecer a un grupo salvador, deseo de formar parte de una raza superior— que son el producto de su mundo creencial. Es lógico que si su personalidad anormal cree vivir en esa realidad, obre en consecuencia. Son, en los ejemplos expuestos, personalidades anormales que corren detrás de objetivos aberrantes.

Lo que se quiere recalcar una vez más es que la personalidad anormal que se le ha formado al sujeto puede adueñarse de él y llevarle a hacer lo que sean sus deseos. Y hay que reconocer que este fenómeno se da tanto en las cosas buenas y hermosas de la vida como en las profundamente perversas y criminales. Un científico, un escritor, un artista, etc., también suele poseer una personalidad dominante cuyo deseo sea el desarrollo de estas actividades. La constancia, el sacrificio de años enteros persiguiendo una meta son hijos de esta personalidad, en este caso normal y productiva. Cuando la nueva personalidad es criminal, esta procederá en consecuencia. Todo depende del mundo creencial que la forme.

El delirio como creencia de origen patológico

«Si el delirio es una creencia de origen patológico, la creencia es un delirio de origen cultural.»

El delirio tiene en común con las creencias el que en ambos el sujeto toma como la realidad sus representaciones de esta; aunque el delirio se debe a una patología, la creencia no tiene que ser necesariamente de origen patológico, sino que se trata de un fenómeno cultural. Para el delirante, lo que él piensa y siente es un reflejo de la realidad. Si se siente perseguido, se cree Dios o un diablo, o siente celos patológicos; todo es la pura realidad, sin duda ninguna. Quizá en el creyente, sobre todo si no se trata de un fanático, puede existir una duda. En el delirante, al menos cuando está en pleno apogeo patológico, no existe la posibilidad de esta. Para él, lo delirado son hechos reales. Esto recuerda lo dicho sobre la naturaleza virtual de la percepción y la sensación de realidad, y también lo que ocurre en los sueños, donde lo soñado tiene el carácter de realidad. Parece como si en el delirio se perdiera la facultad de poner en duda y tener que verificar nuestras interpretaciones de la realidad.

Hasta los animales sanos suelen practicar un «escepticismo» ante las impresiones de los sentidos. Si se le presenta a un gato, por ejemplo, un ratón simulado de madera o plástico, lo primero que hace es comprobar con el olfato, el tacto y el gusto si lo que está viendo corresponde a un ratón de verdad. Hechas estas comprobaciones, se retira con indiferencia. Esta capacidad de análisis genéticamente dada y tan importante para la lucha por la vida es la que no se usa en los delirios y en las creencias: se da por real lo que son solo suposiciones o impresiones no confirmadas con los medios que están a nuestro alcance.

Veamos algunos ejemplos.

- Primer ejemplo: *Delirio esquizofrénico.*

  J. P. ingresó en la Unidad de Psiquiatría por haber proferido amenazas de muerte hacia su madre y haber intentado arrojarla por una ventana de un quinto piso.
  Se trataba de un joven de veinte años, bien dotado de inteligencia y con estudios elementales. Toda la historia empezó dos años atrás. Lo primero que recordaba era que pasó unos días muy inquieto, con una sensación interna de que algo extraño pasaba. Era una sensación expectante, de espera de algo. Una tarde, estando en el campo junto a una pequeña ermita, sintió «como si un rayo de luz» procedente del cielo penetrara en su mente. En ese momento comprendió que él era Dios, el hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Sintió miedo y una inmensa alegría. No se lo comunicó a nadie porque no le fueran a tomar por loco, pero unos días después vino la primera prueba: fue atropellado por un camión, pero solo sufrió pequeñas contusiones. Y aquí estaba la confirmación de su naturaleza divina: «A cualquier mortal el camión le habría matado». Ahora estaba ocurriendo lo mismo que hacía dos mil años, cuando vino por primera vez a salvar el mundo y el demonio intentó eliminarle.
  Pero la confirmación definitiva llegó un día en el que estando esperando el metro fue empujado y arrojado a la vía y sufrió la amputación de ambas piernas a la altura de las rodillas. Solo su naturaleza divina podía justificar que no hubiera muerto, y se confirmaba de nuevo el intento demoníaco de matarle. «Pero esta vez no lo ha conseguido y podré cumplir mi misión.»

Desde entonces el enfermo vive encerrado en su habitación, a oscuras y con cruces pintadas por las paredes y en los cristales de su ventana: quiere protegerse del demonio. Piensa que tiene que hacer un acto heroico para terminar con una guerra de religiones —la guerra de la antigua Yugoslavia— que tenía lugar en aquel tiempo. Se siente obligado a hacerlo para demostrar su poder y cumplir su misión. Se le ocurrió la idea de sacrificar a su madre, «porque qué mayor sacrificio existe que matar a su propia madre». El día del ingreso en psiquiatría llevó a cabo su propósito, pero con suerte para la madre, a la que alguien ayudó e impidió que su hijo la arrojara por la ventana.
El enfermo fue diagnosticado de esquizofrenia paranoide con un delirio de tipo místico. En la actualidad existen suficientes pruebas para pensar que la esquizofrenia es una enfermedad corporal del cerebro que hace que se alteren los mecanismos superiores del pensamiento y de la percepción. Pero aquí nos puede ayudar a comprender cómo el delirante tiene algo en común con el creyente, aunque se supone que este es normal, puesto que no hay nada que nos haga sospechar una enfermedad cerebral. Lo enfermo —o con posibles consecuencias aberrantes— son las creencias en sí, lo que se cree, el contenido de las creencias. Si creo que este niño recién nacido es hijo del diablo —como afirmaba una esquizofrénica— o que es el producto impuro de una violación e hijo de un infiel, la creencia, delirante o cultural, me obligará a matarlo.

- Segundo ejemplo: *Delirio paranoico.*

F. M. tenía ochenta años cuando le ingresaron en la sección de psiquiatría. Había hecho un intento muy grave

de suicidio abriéndose el vientre con un cuchillo de cocina. Nos explicó que desde hacía unos años sentía unos celos insoportables de su esposa, de setenta y cinco años. Él sabía que su esposa no le engañaba, que ya era muy mayor para esas cosas y que durante los muchos años que llevaban casados nunca había tenido motivos para sospechar una infidelidad. Pero de vez en cuando pensaba y sentía que ella le era infiel, que estaba teniendo relaciones sexuales con hombres jóvenes. Cuando se imaginaba tal cosa, se le presentaba como una realidad indiscutible, y sus otros pensamientos sobre lo absurdo e infundado de los celos desaparecían de su mente. «Ella se dedica a hacer el amor con el dependiente de la pescadería, de la frutería...», y cuando la esposa volvía de la compra, sobre todo si se había retrasado, se producían escenas muy desagradables, incluso con violencia física. El enfermo reconocía que quería mucho a su esposa y que no quería hacerle daño, pero los celos le dominaban y temía que algún día ocurriera una desgracia. Solía decir que «Cuando me viene el *bichito* me transformo y solo veo a través de él. Soy otra persona distinta que solo piensa en que me diga la verdad, la verdad que yo quiero oír, y poderme vengar con todo el derecho, por haber sido burlado».

El enfermo describía, como en todos estos casos, que se sentía poseído y transformado, que se convertía en otro. En algunos momentos sentía un profundo aprecio por su esposa y no dudaba de su fidelidad, pero de pronto, y sin saber por qué, cambiaba de pensamientos y sentimientos, y veía con toda claridad y evidencia que su esposa le era infiel. Unos meses después de haber sido dado de alta del hospital repitió el intento de suicidio —para no matar a mi mujer, decía— y murió de sus heridas.

La paranoia, formando parte de la cual está la celotipia, se caracteriza por un grado extremo de desconfianza. Se creen perseguidos, burlados, amenazados por cualquier gesto o acto que suele malinterpretar. Stalin es un horrible ejemplo de un paranoico en el poder absoluto, aunque Hitler también nos podría servir con su paranoica idea de que los judíos destruirían la patria alemana. Eran «ratas» que se extendían por las cloacas de la sociedad como el bacilo de Koch en los pulmones. Stalin montó todo un Estado paranoico que llevó a los campos de concentración, a la tortura y a la muerte a millones de seres humanos —parece que siete millones de rusos «sospechosos»— de los que apenas se habla porque es políticamente incorrecto hablar mal de la izquierda ideológica, o porque gran parte de la intelectualidad europea está aún contaminada de esta creencia.

Así como en la esquizofrenia tenemos muy fundadas sospechas de que se trata de una somatosis —una enfermedad corporal—, en la paranoia no estamos seguros, al menos tanto como en la esquizofrenia. Sabemos que ciertas sustancias que activan las estructuras cerebrales en las que se supone se procesa la confianza pueden provocar vivencias paranoides, como la coca o los medicamentos que se usan en el párkinson. Es posible que esta enfermedad se deba a la hipersensibilidad —esto sería lo anormal— de los programas cerebrales encargados de la confianza. Todos los seres vivos estamos rodeados de peligros constantes. Nuestro sistema de la alarma, la angustia, debería estar siempre en máxima alerta, con lo cual sufriríamos un estrés constante que nos causaría enfermedades y muerte. Para que la vida pueda transcurrir en espacios de paz, la naturaleza ha dispuesto unos instintos o programas genéticamente heredados que nos permiten adquirir confianza y desarrollar con cierta tranquilidad nuestra vida. Este espacio de confianza es la familia, nuestro hogar, el pueblo donde se vive,

las amistades, etc. Si nada más nacer se acaricia a un gato o un perro, estos adquirirán confianza en nosotros. Cuando hayan crecido ya no podremos domesticarlos.

En la paranoia, lo que ocurre es una hipertrofia enfermiza de la desconfianza, o una atrofia de la capacidad de ser confiado, sin que tenga que haber otro tipo de patología, lo que le diferenciaría de la esquizofrenia. En esta última enfermedad aparece casi siempre un profundo deterioro mental que incapacita al enfermo para desarrollar una vida normal, aunque conserve su inteligencia y su memoria. El paranoico, por el contrario, suele ser muy capaz, y en general son personas muy dotadas, como los personajes antes citados.

Un hecho paradójico que se da en esta anomalía es que siendo el fundamento de esta la desconfianza, presente una exagerada confianza en sus creencias. El sujeto está completamente seguro de ellas y luchará hasta el fin por defenderlas. Sus ideas —sus creencias— constituyen su castillo desde el que se defiende del mundo enemigo, por el que él se siente agredido. Tanto Stalin como Hitler son buenos ejemplos de cerrazón defendiendo sus doctrinas hasta las últimas consecuencias criminales.

Esta certeza en las creencias del paranoico le convierte en líder indiscutible de ideologías, religiones o sectas. En algún sentido, las creencias y el mundo paranoide tienen mucho en común. En ambos se toman como reales sus interpretaciones de la realidad, se establece un mundo cerrado e impermeable, no se modifican con el paso del tiempo, y se sienten rodeados de enemigos y amenazados por todo el que no comparta sus ideas. (Más adelante veremos la relación de estos conceptos con el instinto de la territorialidad, y la terrible capacidad de generar violencia.)

El cuerpo biológico de los contenidos psíquicos

En estos ejemplos podemos ver cómo se forma una manera de ser *satélite,* que coloniza la mente, que la parasita. Aquí se ve con claridad cómo la persona se transforma, ve al mundo de otra manera y actúa también de acuerdo con su nueva personalidad. La formación de otra mentalidad, de una nueva personalidad, no es un proceso tan extraordinario como se puede creer. Las sectas son un fenómeno muy corriente en las sociedades, sobre todo en las sociedades liberales donde no son perseguidas. También podemos decir que cualquier proceso de aprendizaje que conlleve una manera cerrada de ver el mundo y que divida a este en dos —su mundo de creencias y el otro— es un proceso sectario en el sentido que separa —secciona— la realidad en dos: lo presuntamente verdadero y lo presuntamente falso.

Lo importante a destacar aquí es el hecho de que las creencias, como todo conocimiento, por lo demás, se implantan en el cerebro, entrando a formar parte de la estructura de este. La nueva información anida en el cerebro y se «encarna» en una nueva estructura. Esta estructura, esta corporalidad, puede adquirir un papel importante en la dinámica mental del sujeto, llegando a formar una personalidad propia, con una capacidad de independencia dentro de la mente y que puede llegar a actuar como un personaje dominante. Y también, y esto es muy importante para comprender cómo funciona nuestra mente, actuando desde el fondo de la información almacenada en nuestro cerebro, modificando nuestros pensamientos, sentimientos y conductas, y sin que la mayoría de las veces seamos conscientes de ello.

No somos, pues, tan libres como creemos, ni nuestras decisiones son el producto de la sola influencia de un hipotético «yo» dueño y director de nuestro mundo psíquico. Una vez colonizado por una idea-afecto, esta forma parte de nuestro

cerebro, y nosotros ya somos, en gran parte, ella. De ahí la vivencia de haber sido colonizado por otra manera de ser que sienten las personas de los ejemplos anteriores, cuando logran desprenderse de la estructura mental satélite. La expresión «desprenderse» no es correcta por completo, ya que las cosas no desaparecen del cerebro, sino que quedan inhibidas, relegadas a la memoria. Por ejemplo, una mujer joven contrajo una anorexia mental a los dieciséis años, estando estudiando una carrera universitaria. Durante su lucha con la enfermedad ingresó en una secta religiosa, donde desaparecieron sus males, terminó la carrera y alcanzó un notable grado dentro de la orden. A los treinta años presentó una crisis vital y religiosa que le hizo abandonar la secta. Acudió a la consulta de psiquiatría porque la sintomatología anoréxica había vuelto con gran virulencia. Durante años estuvo ausente la enfermedad, pero permanecía archivada en el almacén de la memoria.

Experimentalmente se ha comprobado que el fenómeno del miembro fantasma, que aparece después de haber amputado una pierna u otro miembro, persiste después de años y se pone de manifiesto al estimular ciertas partes del cerebro donde la estructura interpretativa de la parte amputada estaba alojada.

Los recuerdos, las maneras de reaccionar ante los problemas de la realidad, los afectos, los múltiples mecanismos, programas o algoritmos que yacen en nuestro cerebro, que están implantados en estructuras cerebrales, pueden ser activados sin que seamos conscientes de ello, influyendo en nuestros pensamientos, afectos y conducta. Unos ejemplos bastarán para comprender este importante fenómeno.

- Primer ejemplo:

  Un piloto de unas líneas aéreas sentía una insoportable sensación de angustia cada vez que miraba hacia abajo

desde una altura, hacia una perpendicular, de tal manera que para bajar por la escalerilla del avión tenía que hacerlo casi con los ojos cerrados. El abismo le activaba las estructuras cerebrales encargadas de la angustia. Padecía lo que se llama una fobia al abismo, a la visión de una caída vertical. Esta reacción puede estar basada en un reflejo primitivo, un programa que ya existe en los niños recién nacidos, que se agarran cuando se les aproxima a un borde, y que puede ser interpretado como un recuerdo de cuando aún éramos simios y nacíamos y vivíamos en los árboles.

- Segundo ejemplo:

  Los anuncios utilizan la activación automática de diferentes partes del cerebro para llamar la atención del cliente. Primero se exponen anuncios o fotogramas que solo pretenden captar la atención. Con ello se produce una alerta, se activan las regiones cerebrales encargadas de ello. Luego se señalan cosas apetecibles pero que en principio no tienen nada que ver con lo que se anuncia. Solo tienen en común que son apetecibles. Estas pueden ser mujeres u hombres hermosos, coches lujosos, casas, etc. De esta manera se activan diferentes estructuras cerebrales que terminan focalizadas en el objeto anunciado, que queda vinculado a «lo apetecible».

Podemos comprender cómo el cerebro funciona como un conjunto de estructuras o programas que se activan formando una constelación que contribuye a la creación de un aparentemente único pensamiento, sentimiento o conducta. Pero detrás de ello hay un complejísimo sistema de estructuras que actúan con marcada independencia entre sí, y que

son las que contribuyen a la génesis de nuestra actividad mental unitaria.

De cómo las ideas y las creencias anidan y saltan de un cerebro a otro

Según el profesor de Etología Richard Dawkins *(El gen egoísta,* 1997, págs. 247-252), «somos máquinas de supervivencia, autómatas programados a ciegas con el fin de perpetuar la existencia de los egoístas genes que albergamos en nuestras células». Estos genes son máquinas replicadoras, que forman seres iguales —humanos, camellos, elefantes, mosquitos, plantas...—, y en el ser humano aparece un fenómeno que solo se da en los animales superiores de una manera muy rudimentaria: la capacidad de transmitir información de un ser vivo a otro por una vía diferente a la genética, la vía cultural o de aprendizaje. Busca Dawkins una palabra, un sustantivo, «que conlleve la idea de una unidad de transmisión cultural, o una unidad de *imitación.* "Mímeme" se deriva de una apropiada raíz griega...», y elige la palabra *meme* —no con mucha fortuna, a mi parecer— para designar a esa unidad de transmisión cultural. De esta manera cualquier conocimiento que se transmita culturalmente estará formado por estas unidades, *memes,* como la transmisión genética está formada por genes. Al igual que estos, que se transmiten de un cuerpo a otro en el acto de la reproducción, los *memes* saltarían de un cerebro a otro anidando en ellos. Por ejemplo, las ideas que usted está leyendo en este texto van penetrando en su cerebro lo mismo que hace una bacteria o un virus, y cuando usted comente o escriba algo referente a lo que se está escribiendo aquí, contribuirá a la transmisión de este *meme,* que si tiene éxito, irá saltando de un cerebro a otro, contribuyendo a formar una clase

de ser humano diferente, seres de culturas distintas. «Consideremos —afirma Dawkins— la idea de Dios. Ignoramos cómo surgió en el acervo de *memes.* Probablemente se originó muchas veces mediante "mutaciones" independientes. En todo caso, es muy antigua, ciertamente. ¿Cómo se replica? Mediante la palabra escrita o hablada, con ayuda de una música maravillosa y un arte admirable. ¿Por qué tiene un valor tan alto de supervivencia? Recordemos que aquí el "valor de supervivencia" no significa valor para un gen en un acervo genético, sino para un *meme* en un acervo de *memes.* La pregunta significa realmente: ¿Qué hay en la idea de un dios que le da estabilidad y penetración en el mundo cultural? El valor de supervivencia del *meme* dios en el acervo de *memes* resulta de la gran atracción psicológica que ejerce. Aporta una respuesta superficialmente plausible a problemas profundos y perturbadores sobre la existencia. Sugiere que las injusticias de este mundo serán rectificadas en el siguiente. Los "brazos eternos" sostienen un cojín que amortigua nuestras propias insuficiencias y que, a semejanza del placebo de un médico, no es menos afectivo que este por el hecho de ser imaginario. Estas son algunas de las razones de por qué la idea de dios es copiada tan prontamente por las generaciones sucesivas de cerebros individuales. Dios existe, aun cuando sea en la forma de un *meme* con alto valor de supervivencia, o poder contagioso, en el medio ambiente dispuesto por la cultura humana.»

Quizá uno de los ejemplos más impresionante de difusión de una idea-afecto saltando de un cerebro a otro sea la progresión del islam. En muy pocos años saltó de la península Arábiga, extendiéndose por África, Asia y Europa. En la época moderna, el nazismo pasó de cerebro en cerebro en el pueblo alemán de una manera incomprensible en un pueblo culto como este. Lo mismo ocurrió con el comunismo, que se ex-

tendió por todo el mundo con una fuerza arrolladora, aunque, como casi todos los *memes,* llevan en sí su autodestrucción cuando son fantasías que chocan con la realidad. Casi todas las culturas terminan desapareciendo. Parece que la cultura griega perdura con una fuerza imperiosa. Después del período medieval, Europa recobró sus raíces en el Renacimiento y en la Ilustración, y actualmente la cultura europea se extiende por todo el mundo, constituyendo la base de la lucha entre el *mythos* y el *logos.*

Los *memes,* sean estos culturales o simples ideas individuales, anidan en el cerebro, como estructuras de información, y desde el cual ejercen la influencia de esta existencia real en las neuronas cerebrales.

FORMAS DE PENETRACIÓN DE LAS CREENCIAS EN LA MENTE

Si a nosotros desde niños nos han dicho que la realidad es de esta u otra manera, esta información estará instalada en nuestro cerebro y funcionará, como hemos visto antes, como un automatismo, como un algoritmo que se mostrará capaz de resolver cualquier problema relacionado con la información que contenga. Esta estructura cerebral, este procesador, hará las veces de unas «gafas mentales» a través de las cuales veremos la realidad. Y creeremos ingenuamente que esa es la realidad. De aquí el empeño de todas las religiones e ideologías de dominar la escuela, donde el niño capta todo lo que se le dice sin presentar una crítica dada su edad, la necesidad de comprender y la autoridad con la que percibe a los padres y a los educadores. Si la sociedad es cerrada, como suelen pretender los religiosos e ideólogos, y las interpretaciones que se han dado entran a formar parte del entramado social mediante el culto, las costumbres, los intereses políticos, sociales, eco-

nómicos y familiares, aparte de los profundos lazos afectivos internos en la mente del creyente, se tiene asegurada la supervivencia de las creencias. Estas se prolongan de estas maneras, y otras más crueles conocidas por todos —Inquisición, persecución, condena a muerte de los no creyentes y de los apóstatas, intento de controlar toda información adversa, construcción de muros físicos y de impermeabilización a cualquier información adversa, etc.—, dando como resultado sociedades congeladas en el tiempo, si no fuera por personas con la valía y el coraje de salir de estas cárceles creenciales.

Pero también de adulto se produce la adquisición creencial. Toda persona está instalada en un mundo creencial que le sirve de orientación en la realidad y que admitimos sin que seamos muy conscientes de ello. La realidad es tan compleja y nuestra inteligencia y disponibilidad de conocimientos son tan escasas que vitalmente nos tenemos que acoger a un mundo creencial, sea el que sea. Vivimos en este «mundo» imaginado y, como estamos diciendo en este trabajo, tomándolo como real. Pero a veces este mundo imaginado, casi seguramente aprendido en nuestra familia, la escuela y la sociedad, puede hacer crisis. Sobre todo hace crisis en las sociedades libres y abiertas, en las que es posible la entrada en el cerebro de información destructiva de la creencia, de contradicciones. En estos casos puede que la creencia se vaya destruyendo poco a poco, desdibujando, como ocurre en las sociedades occidentales, o que ocurra un cataclismo personal, como duelo por un ser querido, divorcio, pérdida de estatus social, desengaño sobre lo que se esperaba de los representantes de las creencias, enfermedad, etc., que dé lugar a una crisis creencial que lance a la persona al vacío, fuera del mundo imaginario en el que había vivido hasta entonces.

La conversión a otra creencia puede ser paulatina, hasta alcanzar un grado suficiente en el que la persona se instala en

este nuevo mundo. Siempre llega un momento en el que, como en las figuras de un calidoscopio, se organiza la estructura creencial y se forma un nuevo cristal a través del cual se ve la realidad.

Otras veces, la conversión es más rápida y tormentosa. La persona siente salir de su interior como una luz que ilumina su vida y el mundo. Suelen relatar que han sentido una «iluminación», una vivencia extraña, algo difícil de definir que les habla de la otra realidad. A partir de este momento la creencia queda cristalizada y el sujeto se instala en ella, posiblemente para siempre. Su vida cambia y puede dedicarse a su creencia en una militancia activa que puede ir de profesar hábitos religiosos, dedicarse a la caridad, a extender su fe, o a convertirse en terrorista dispuesto a matar y matarse en nombre de su creencia. Un antiguo anarquista relataba que había oído hablar de Bakunin y de su idea de que todo el mal social procedía del poder. Estando un día trabajando en la descarga de un barco tuvo la «iluminación» y comprendió claramente y sin que pudiera haber dudas que allí estaba la verdad de todos los males del mundo. Desde entonces, dedicó toda su vida a la causa anarquista.

En todos estos casos, y desde el punto de vista defendido en este trabajo, lo que ocurre es que en el cerebro se ha formado una estructura muy fuerte que adquiere el carácter de una creencia, con las connotaciones de ser percibido como una realidad incuestionable y de estar fuertemente vinculada a lo afectivo, al ánimo y a la angustia, sobre todo. (Sobre estas vinculaciones afectivas de las creencias insistiremos más adelante.)

SEGUNDA PARTE

ORIGEN DE LA INFORMACIÓN CEREBRAL Y SUS MODOS DE TRATAMIENTO

Introducción

El manantial de la mente

Hasta aquí hemos hablado someramente de cómo funciona el cerebro y la mente orientado al tema que nos ocupa. En esta segunda parte vamos a tratar de cuáles son las fuentes desde las que se alimenta la mente. Es decir, de dónde le llega la información que utiliza para la fabricación de sus estructuras. La ciencia moderna, tanto la teoría de la evolución como los conocimientos de las neurociencias, nos ponen de manifiesto que la mente no es una *tabula rasa* al nacer, sino que gran parte de la información de que dispone el cerebro está determinada genéticamente, y que, por otro lado, el cerebro humano, sobre todo, es un órgano que tiene que ser programado tanto desde el exterior como desde sí mismo con la labor interna, con el proceso del pensamiento tanto consciente como con la labor profunda y silenciosa del cerebro.

Por ello, vamos a abordar el origen de estas fuentes y la manera en que el cerebro las utiliza para formar sus estructuras psíquicas, para formarse a sí mismo y crearse un mundo mental en el que instalarse.

«ZOON», «MYTHOS» Y «LOGOS»

Zoon, mythos y *logos* es la trilogía en la que se basa la mente del hombre. Los griegos llamaban trilogía al conjunto de tres obras dramáticas que tenían entre sí un enlace común. La vida humana, la historia del género humano y la de cada uno de nosotros, es una obra dramática, con sus grandezas y sus miserias, que se juega en estos tres planos referidos. La grandeza de vivir, lo único que tenemos a ciencia cierta, se mueve en lo animal dentro de nosotros, en lo imaginario y en la búsqueda de lo real. La información de origen animal *(zoon)* —los instintos, entre otros—, la capacidad de ensoñación, de crear mundos imaginarios *(mythos),* y la facultad de vivir en lo real *(logos),* acompañan al hombre desde su nacimiento hasta su muerte. Dentro de nuestra cabeza bullen estas tres maneras de enfrentarse con la realidad y que nos ayudan a la fascinante y dramática tarea de vivir.

El animal que existe en el interior de nuestro cerebro nos impone pautas programadas genéticamente de conductas, de sentimientos y de pensamientos que influyen en la esfera del *mythos* y del *logos,* como iremos exponiendo más adelante. Es muy difícil comprender la conducta humana si no se tienen en cuenta estas tres esferas y su influencia mutua. Instinto, fantasía y realismo son los tejidos con los que se va haciendo el entramado del vivir.

Sin el *zoon,* sin lo animal, no podríamos vivir. El instinto es lo que nos ayuda a buscar y a seleccionar los alimentos, a reproducirnos, a dormir, a luchar por la vida, a huir de los peligros, a entusiasmarnos hasta el éxtasis de ganas de vivir, a que nos sintamos llevados por el ímpetu de la llamada a la vida, esa cosa extraña que nos embriaga y que nos obliga a vivir a pesar de todos los peligros que nos acechan por doquier. La información instintiva almacenada en nuestro cerebro es la

base, el fundamento último de la mente humana. Cuando falla, como en algunas enfermedades mentales, la psique se extravía o se derrumba.

El *mythos* surge ante la necesidad de explicarse lo inexplicable de la realidad. Y esta necesidad ha surgido al desarrollarse nuestro cerebro y ser capaz de buscar las relaciones entre las cosas. Nuestro cerebro nos instala en un mundo abierto, en un mundo no hecho, que tenemos que construir con nuestro esfuerzo. El mito es una respuesta al misterio en el que se siente rodeado el ser humano. Y este misterio se hace presente, se vivencia, porque el cerebro humano es capaz de establecer relaciones entre las cosas que van más allá de lo que sus programas instintivos, los procesadores cerebrales genéticos, le dictan. El animal, y los instintos humanos, interpretan la realidad según están programados, y no son capaces de crearse mundos mentales nuevos. El perro —por ejemplo— solo percibe la realidad para la que está capacitado, vive encerrado en su mundo. Pero el cerebro humano es capaz de desarrollar nuevos procesadores y de abrirse a una nueva realidad. Para ello tiene que programar su cerebro, crear nuevas estructuras cerebrales para poder interpretar las incógnitas que le abren su capacidad de establecer nuevas relaciones entre las cosas, es decir, su mayor inteligencia. Posiblemente la plasticidad cerebral es la clave para comprender estos hechos. Es decir, la capacidad de establecer nuevas conexiones entre las neuronas o de crear circuitos reverberantes.

Pero este pensamiento mítico o mágico es un pensamiento aberrante, puesto que instala al ser humano en una realidad fantástica, inexistente, o solo existente en parte. Por otro lado, vivir requiere que seamos realistas, que sepamos cómo es el mundo físico en que nos movemos. En ello nos va la vida, tanto a los animales como a los seres humanos. Por ello

los animales, sus instintos y los nuestros, están dotados de una marcada «racionalidad». Las técnicas de caza, de búsqueda de la comida, de lucha, etc., son enormemente eficaces y demostradas a lo largo de millones de años de supervivencia. De aquí que también en el ser humano exista esta exigencia de «racionalidad» o facultad de descubrir lo que hay, cómo es la realidad del mundo en que vivimos. Por la misma causa descrita anteriormente sobre la capacidad de crear nuevas estructuras cerebrales, el ser humano se ve abocado a descubrir las relaciones lógicas y reales entre las cosas, aunque este desarrollo siempre es paralelo a la fantasía, al mito, a las creencias, y solo en una cultura, la griega, y la nuestra como derivada de ella, adquiere una cierta autonomía.

Así que vamos a estudiar estos tres aspectos de la mente humana con más detenimiento para así poder comprender mejor lo que somos. O al menos hacer un intento para lograrlo y siempre precedido del escepticismo sano de toda investigación. Por último, quiero pedirle a usted, lector, un poco de comprensión si ataco muy bruscamente su mundo creencial en las páginas que siguen, pero mi propósito es decir lo que creo que es la realidad, aunque, por supuesto, no lo presento como creencias, sino como opiniones mías que someto a su consideración, cosa que me produce en el momento de escribir estos párrafos un expectante placer: el saber que de alguna manera estoy introduciéndome en su mente y sometiendo a prueba lo que pienso sobre la vida, y en estos momentos en que la mía ya está cerca de su final. Y sobre todo me produce complacencia como médico de la psique, que ha sido mi profesión, dedicado a tratar el dolor humano, y que constituye el propósito profundo de este libro, un acto de terapia, puesto que, como dice Epicuro, «vacío es el argumento de aquel filósofo que no permite curar ningún sufrimiento humano. Pues de la misma manera que de nada sirve un arte médico que no

erradique la enfermedad de los cuerpos, tampoco hay utilidad ninguna en la filosofía si no erradica el sufrimiento del alma». Y, por otro lado, Cicerón afirma que para producir un efecto terapéutico hay que «penetrar en la mente y anidar en ella».

4
NUESTRAS MENTES ANIMALES

UN CEREBRO DE MILLONES DE AÑOS

Según la teoría de la evolución y la evidencia de las pruebas aportadas por la paleontología y la biología moderna, los seres humanos somos el resultado de millones de años de evolución. El cerebro humano tiene muy poco de propio, de original. Casi todo él puede encontrarse ya en los animales próximos en la escala zoológica e incluso hay partes fundamentales del cerebro que ya aparecen en los reptiles —el cerebro reptiliano de McLean: tronco del encéfalo, núcleos basales, rudimentos del sistema límbico, etc.—. Todas las áreas funcionales del cerebro son comunes a los animales y más o menos desarrolladas según las especies.

Todo ello quiere decir que la información que contengan las estructuras comunes debe ser igual en el hombre que en aquellos animales con los que las compartimos. Aquí se requiere una distinción entre tipos de estructuras cerebrales con respecto a su función y su origen.

Existen unas *estructuras funcionales básicas* llamadas áreas cerebrales, que son las encargadas de llevar a cabo las funcio-

nes motoras, afectivas, de memoria, de cognición, visual, auditiva, etc. Podemos decir que son los instrumentes cerebrales de tales funciones. Vienen dadas genéticamente y son comunes a todos los cerebros normales. Digamos que estas áreas tienen un cometido operativo: hacer posible que las funciones puedan llevarse a cabo. Algo así como el *hardware* de los ordenadores.

Pero existen otros tipos de estructuras, como en las computadoras, que son las que se forman al implantarse la información. Se trataría del *software,* para seguir con la comparación. Estas son las que dirigen nuestra conducta, nuestros sentimientos y pensamientos. Son los programas con los que se ha dotado el cerebro. Y estas, a su vez, son de dos orígenes: genético y adquirido.

En los genes no solo está contenida la información que forma nuestro cuerpo físico, sino que también se transmiten genéticamente las pautas de conducta, pensamiento y afectividad que constituye la mente de los animales y parte fundamental de la del hombre. Podemos denominar a los genes que aportan esta información psíquica *psicogenes,* que juegan un papel más importante en el psiquismo humano de lo que se suele admitir. Somos, incluso mentalmente, más animales de lo que creemos, de lo que desearíamos creer. A esta programación genética le podemos dar la categoría de *primigenia,* porque de ella se deriva primariamente la mente humana, que encuentra en ella sus pilares. Los instintos son parte importantísima de esta programación, pero al menos en el ser humano existen otros programas psicogenéticos que no los podemos clasificar de instintos, tales como la preprogramación lingüística que nos capacita para desarrollar o aprender idiomas. También la capacidad del pensamiento simbólico o abstracto, la racionalidad, etc., son programas genéticamente heredados.

Por otro lado, como ya hemos expuesto anteriormente, el cerebro humano tiene la capacidad de ser programado. A estos programas los podemos llamar *adquiridos*.

El cerebro depredador

«El hombre es un lobo para el hombre.»
THOMAS HOBBES

«Combien de terreus! Rien n'est plus
Terrifant
Que l'homme!».

SÓFOCLES, *Antígona*
(Traducción de J. Bollack)

Parece que la teoría del buen salvaje de Rousseau, basada en el antiguo mito del ser humano hecho a imagen y semejanza de un dios todo bondad, no es sostenible. Tenemos un cerebro de depredador, como los lobos, como nuestros queridos perros o como un tigre o un león o el gato que nos acompaña en nuestra soledad. Para poder sobrevivir en este mundo, los animales tenemos que devorarnos los unos a los otros. Incluso los animales herbívoros se comen a otros seres vivos, las plantas, y tienen que tener mucho cuidado de que no se los coman a ellos. Nosotros somos carnívoros, matamos, descuartizamos y nos comemos a millones de seres muy parecidos a nosotros, como las vacas, los cerdos, los perros en otras culturas, e incluso a los gorilas y demás especies de monos; y no nos devoramos a nosotros mismos porque ya no hace falta, tenemos carne suficiente. Crueldad, terrible crueldad extendida a millones de seres que son criados y sacrificados cada día, descuartizados y trasladados a nuestras mesas en forma de exquisitos trozos de carne. Somos comedores refinados de cadáveres en

forma de filetes, de sucios intestinos de cerdo en forma de callos, insectos, mariscos, etc. Esta es la pura realidad que expulsamos de nuestra mente cuando comemos. Somos terribles depredadores, dotados de un cerebro para matar, porque en este mundo vivir es siempre matar.

La información psicogenética que porta nuestro cerebro es la misma que la de cualquier depredador. Tendremos añadido como humanos lo que se quiera, pero esta está presente, y la ejercemos todos los días, aunque en nuestro mundo avanzado, y dada la división del trabajo, son otros los que se encargan de criar, matar, descuartizar y servirnos los cadáveres de animales de una manera refinada que le hace a uno olvidar lo que está haciendo. O quizá no lo olvidemos, sino que nuestra mente de animal depredador siente el profundo orgullo y satisfacción de devorar la presa cazada.

Y, para colmo, algunas creencias exigen que el animal sea sacrificado en plena conciencia y desangrado en terrible agonía, sin la más mínima piedad, sino creyendo que se cumple la voluntad de un buen dios. ¡Humanos, terribles humanos! Desprecio absoluto del dolor si hemos calificado al sufriente de otra especie o un enemigo. Algo típico de un cerebro depredador, por mucho que lo revistamos de místicas amorosas hacia un dios bondadoso.

La existencia de este cerebro programado para matar es lo que puede explicar, al menos en parte muy importante, la persistencia de las guerras como un fenómeno horrible y extendido a lo largo de todas las épocas y de todas las civilizaciones, sean cuales sean sus conceptos morales. ¿Cómo se pueden comprender, si no, los hechos horrorosos que ocurren en las guerras? En estas, el ser humano se convierte en un ser sádico, poseído por un irreprimible deseo de destruir, de causar el mayor daño y dolor posibles. El cerebro depredador se impone aun a las doctrinas y creencias morales más elevadas, y nos

obliga a razonamientos que justifiquen nuestra animalidad más sanguinaria. Siempre habrá un motivo para justificar lo que nos apetece: matar. Incluso cuando no hay guerra, nos dedicamos a la caza o a la pesca, por el puro placer de matar, del gozo de ejercer nuestras facultades de depredador.

Pero el cerebro animal en nosotros también tiene importantísimos aspectos positivos. La relación amorosa no solo durante el celo, sino también en la vida cotidiana de los animales, nos pone de manifiesto cuán sofisticada puede ser esta. Quizá el fenómeno que más puede llamar la atención en este aspecto sea la conducta de la maternidad. Un felino como una gata, o un depredador tan importante como las lobas, tienen una conducta maternal realmente hermosa. Se dice que las lobas son capaces de sacrificar sus vidas alejando a los cazadores de las crías. La fidelidad hasta la muerte de los perros, la alegría con que tratan a sus amos, el cariño que demuestran con admirables caricias y muestras de alegría por la presencia del amo, son demostraciones de que nuestro cerebro animal y depredador también contiene información y programas que pueden ser la base de la conducta ética humana.

Las creencias se nutren de esta información primigenia e inventan un mundo a partir de ella. Tanto los aspectos positivos como los negativos de la información primigenia están en la base de la mente. El mundo surgido de esta información asume y justifica estas tendencias, las humaniza, o mejor dicho, las civiliza en forma de arte culinario, o del amor como tendencia humana rodeada de romanticismo o de conceptos éticos. Es una ley escrita en toda la naturaleza viva, que es un mundo que se devora a sí mismo. Bastará cambiar de creencias, y podremos cometer de la manera más cruel los mayores crímenes. Si la creencia califica a los judíos, a los de otras religiones o ideologías de seres inferiores, nuestros procesadores cerebrales depredadores confundirán a estos con animales a

los que se les puede matar sin sentir el más mínimo remordimiento, como siempre se ha hecho a lo largo de la historia: tribus que cazaban a los vecinos para comérselos o para divertirse torturándolos, santos cristianos que miraban complacidos a los infieles —muchas veces simples enfermos mentales, homosexuales o enemigos económicos o personales— ardiendo en la hoguera, nazis matando a seis millones de judíos y otras etnias como si fueran animales —¡maldita expresión!—. Y la expresión que acabo de decir es exacta: como si fueran animales, porque eso era lo que pasaba, que, gracias a sus creencias, sus cerebros —sus programas, sus algoritmos de depredador— confundían a estos seres con animales de caza. Se había activado en estos sujetos su personalidad depredadora: podían ser padres o madres amantísimos de sus hijos, cultos e inteligentes profesores universitarios, religiosos llenos de buenas intenciones, que si se había activado su ancestral y animal personalidad depredadora y esta confundía a la persona que tenía delante con un animal de presa, lo mataría sin la menor piedad. Hay que señalar que quien mata no es la personalidad de madre o padre, de profesor, o de religioso, sino su mente depredadora, ese monstruo que todos llevamos dentro y que solo solemos activar en la vida normal a la hora de comer carne. A veces, las creencias asumen la función depredadora como propia. Cree un deber matar a los hijos en nombre de la creencia, hacer sacrificios a los dioses o a las ideologías, como veremos más adelante cuando estudiemos el pensamiento mágico-religioso.

Aquí habría que hacer una pequeña consideración que puede ayudar a comprender el concepto de «confundir». Se ha expuesto más arriba que el cerebro está formado por un conjunto de estructuras, procesadores o programas relativamente independientes entre sí y con una marcada autonomía, que en algunas ocasiones pueden dar lugar a una disociación

entre nuestros pensamientos, sentimientos y acciones. Es decir, que en un momento dado tengamos manifestaciones psíquicas diferentes e incluso contradictorias entre sí. Recuérdese lo dicho más arriba sobre las figuras de doble sentido. En el ejemplo que pusimos se puede ver la cabeza de una liebre o de un pato según qué estructura interpretativa active y utilice nuestro cerebro.

Un magnífico ejemplo de lo que se está diciendo es el fenómeno de la impronta (Konrad Lorenz). Cuando muere la madre de un recién nacido de vaca o cabra, por ejemplo, basta que el cuidador humano de la manada se impregne del olor de la madre y se lo dé a oler al recién nacido para que este le siga a todas partes como si fuera la madre. En este sentido se puede decir que el olor de la madre ha activado un programa cerebral de seguimiento y que el animalito «confunde» al cuidador humano con su madre. Se afirma que los animales domésticos han sido manejados por el ser humano porque se ha podido activar sus instintos a favor nuestro. Al caballo se le puede montar y dirigir porque tiene un instinto gregario, de obediencia al jefe. Quien monta al caballo termina convirtiéndose en su jefe, es decir, activa el programa de la obediencia al jefe de la manada. En ese sentido se dice que el cerebro del caballo «confunde» al jinete con el jefe. El jinete activa el mismo programa que el jefe de la manada. Si este animal no tuviera ese programa genético, no podría haber sido domesticado. Estamos en el mismo caso que los perros. También este animal es gregario, vive en estado salvaje formando manadas dirigidas por un jefe. Para el cerebro del perro, su dueño es su jefe, y la familia o conocidos de este, parte de la manada. El dueño activa el programa gregario, el programa genético, el instinto si se le quiere denominar así, y este «confunde» a su amo con su jefe. En el caso del gato, las cosas ocurren de otra manera, pero también «confunde» a los humanos con lo que

no son, porque estos les activan el programa de la pertenencia a la misma especie. Para el gato, el ser humano es otro gato, ya que se comporta con este como si así fuera. El gato no es un animal gregario en el mismo sentido de los animales referidos, por lo que su domesticación no se puede deber a la activación de este programa, sino a que no nos vivencia como enemigos y termina compartiendo su territorio con nosotros. Se dice que el perro vive en nuestra casa, y que nosotros vivimos en la casa del gato. Un caso muy espectacular de lo que se está diciendo es el de los carneros. Estos tienen un programa de obediencia al jefe muy desarrollado. Se sabe que basta dirigir al jefe para que toda la manada le siga a donde sea. Incluso se les puede degollar sin que protesten, siempre que confundan al ser humano con el jefe. Es, diríamos, un caso de obediencia ciega al jefe.

LAS CREENCIAS Y EL INSTINTO GREGARIO Y DE OBEDIENCIA AL JEFE

En el fondo, las creencias son un intento de sustitución de los instintos. Se pretende tener unos patrones fijos de interpretación de la realidad superiores a los instintos, pero que cumplan sus mismas funciones.

Por ello, en las creencias tenemos múltiples ejemplos de estos fenómenos. Los dirigentes de sectas suelen exigir obediencia ciega de sus adeptos, lo que consiguen con cierta facilidad y hasta la muerte, en algunos casos. Podemos decir que estos dirigentes activan el programa genético de la obediencia al jefe y surte el mismo efecto que en los corderos. Recuérdese el ejemplo de los suicidas de San Diego, que como corderos obedecieron las ideas deliroides del jefe de la secta y se suicidaron alegremente para salir de la Tierra montando en la cola

del cometa. O en los suicidas de la Guayana, cuyas madres suministraban veneno a sus hijos pequeños y después se suicidaban ellas. Horrorosa conducta de obediencia ciega al jefe más allá de lo comprensible, de lo humanamente comprensible, y solo equiparable al fenómeno animal de obediencia de los corderos. Pero no hay que ir a ejemplos tan extraños y relativamente poco frecuentes. En las guerras, los soldados están dispuestos a entregar sus vidas, a ser horriblemente heridos y mutilados, básicamente porque con la parafernalia de las guerras —patriotismo, arengas, música, honor, etc.— se activa el programa de la obediencia y los pobres soldados marchan a la lucha defendiendo causas de otros. Aún tengo grabado en la retina el gesto de un taxista de Buenos Aires sacando el puño de su automóvil y gritando que él daría su vida por defender las Malvinas. ¿Cómo es posible que este hombre estuviera dispuesto a ir a una guerra que a él solo le podía causar terribles pérdidas y absolutamente ninguna ganancia? ¿Se había vuelto loco? No. Su cerebro depredador y de obediencia a los jefes de su patria se había activado. Él ya no era simplemente un taxista, sino un miembro de la manada humana, que, como todas las manadas, se rigen por los mismos programas genéticos.

Como es evidente, existen razones morales para la lucha que la justifica plenamente, como la defensa del territorio ante una invasión, la defensa de la propia vida y la de la familia, etc. Aquí también, aunque de modo justificado, el ser humano echa mano a su cerebro luchador, depredador y cazador para defenderse y aplastar al enemigo, al que su cerebro depredador termina confundiendo como una presa de caza a muerte.

El cerebro del nazi o el del fanático de cualquier religión o ideología termina «confundiendo» a sus enemigos como seres de otra especie a los que se puede y debe eliminar. Los

terroristas sufren un proceso igual. Desarrollan una estructura mental que les dicta que sus enemigos —sus presuntos enemigos, a veces— son simplemente eso, enemigos, lo mismo que las bacterias son mis enemigas, o los insectos venenosos lo son, y los elimino sin más consideración. Recuérdese lo que se expuso sobre la percepción como trabajo de las estructuras cerebrales y el fenómeno de las figuras de doble sentido: se ve aquello que interpretan nuestras estructuras o procesadores. En este caso es la estructura instintiva, es el instinto, el poderoso instinto, quien nos ayuda a distinguir quién nos quiere matar y devorar y en quién podemos confiar. Los instintos mandan más de lo que queremos admitir, porque son poderosas estructuras interpretativas cerebrales. El *gen egoísta* se hace presente en muchísimas acciones de nuestra vida. Posiblemente en las más importantes y trascendentes.

Por ello, las creencias que activan estos programas genéticos, esta información primigenia, pueden ser terribles, como estamos viendo. Hitler tenía muy desarrollada la capacidad de activar estos instintos, y el cerebro de los nazis le confundía con el jefe de la manada que exigía obediencia ciega y confianza en que lo que decía era la verdad, porque no se podía equivocar. Hitler mismo se confundía con el jefe de la manada y se atribuía la facultad y el derecho de llevar a su pueblo a la muerte si él fracasaba en su empresa de conducirlos a la cima de la Historia, como ocurre en algunas ocasiones con los animales que conducen a su manada a la muerte. Quizá por equivocación del animal jefe, los renos, las ballenas y otros animales encuentran la muerte colectiva guiados hasta el abismo o hasta las playas en unas orgías de obediencia y muerte, como en nuestras grandes batallas donde mueren miles y miles de hombres solo por obedecer las consignas del jefe, que influye hipnóticamente sobre ellos. Es cierto que, ayudado con el

concepto de cobarde, con la amenaza de traidor y de pasarle a cuchillo, o fusilarle si no obedece. Pero la mayoría van a morir porque algo en su interior se ha activado y les dice que eso es lo que hay que hacer.

LOS PROFETAS Y LAS CREENCIAS

Toda creencia con un cierto prestigio o predicamento social tiene un profeta, un predicador fundador al que los adictos, sean estos de una gran religión, una secta o una doctrina política, le adoran. Las creencias siempre están vinculadas a un fundador, a un maestro, a un profeta. Este es el líder espiritual, el jefe. Aquí se pueden aplicar los conceptos expuestos más arriba sobre el instinto de obediencia al jefe. Las creencias son la orientación en la realidad emanadas del jefe, lo que hace de guía en la realidad, el que indica el camino, el que lo ilumina con su sabiduría. En otras palabras, el jefe de la manada de creyentes, que a veces se comporta del mismo modo que la manada de corderos. Estos profundísimos mecanismos cerebrales son los que vinculan las creencias a sus fundadores o guías. La vinculación se hace a los poderosísimos instintos del grupo propio de los animales sociales, como nosotros los humanos.

A estos mecanismos se unen otros no menos importantes. En nuestro cerebro también están los programas que nos vinculan fuertemente a la madre y al padre. Del buen funcionamiento de estos depende la supervivencia de los animales recién nacidos y mientras son pequeños. Esta información permanece en el cerebro del adulto, sobre todo del adulto humano. En ella están contenidas todas las experiencias de la vivencia de los padres como unos auténticos dioses de los que procede la vida y que ejercen sobre nosotros la providencia de

alimentarnos, defendernos, cuidarnos y darnos un hogar, un territorio propio. El creador de creencias es no solo nuestro jefe, sino que también es nuestro padre, o nuestra madre, aquellos que eran dioses para nosotros, porque de ellos dependía todo.

Las creencias se vinculan a estos instintos y vivencias, por lo que la nostalgia del paraíso perdido de nuestra niñez y la necesidad de ser orientado y dirigido por un jefe atan fuertemente al fondo más profundo de nuestro cerebro, de nuestra mente.

¿Se puede vivir sin la esperanza de recuperar el paraíso perdido de la niñez y renunciando a ser dirigido por un jefe? ¿Es posible encontrarse huérfano para siempre, sin un representante superior de nuestro padre y sin un guía que nos conduzca en este mundo desconocido, con miles de peligros y con un futuro desconocido? Las creencias dan respuestas a estos problemas. La tarea de ser adulto, huérfano y ser su propio guía en la vida requiere mucha madurez y valor.

La territorialidad y las creencias

Otro programa genético muy poderoso y que juega un importantísimo papel en la vida humana colectiva e individual es el instinto de la *territorialidad.* Los animales tienen en sus cerebros un programa que les marca cuál es su territorio, es decir, cuál es el espacio en el que se pueden mover con una cierta seguridad, pueden ejercer la caza o alimentarse de vegetales, y desarrollar las actividades de su vida como la pertenencia a una manada, ejercer el acto reproductivo, etc. Muchos animales llegan a marcar su territorio, como los seres humanos, con señales —las fronteras— de todo tipo, como olores, orinas, etc. Entrar en el territorio de un animal siem-

pre puede ser peligroso, puesto que este lo defenderá como nosotros defendemos el nuestro. Incluso la ley protege nuestro territorio hogareño de la capacidad de la policía de penetrar en él. Solo un juez, en los Estados democráticos, puede autorizarlo en contra de nuestra voluntad. El concepto de patria, de pertenencia a una comunidad, sea esta política o religiosa, o simplemente cultural o étnica, así como el de tribu o familia, están estrechamente vinculados al instinto de la territorialidad. Como a cualquier animal, la invasión de nuestro territorio nos produce gran irritación y angustia. Solo pensemos en lo que sentimos cuando un ladrón ha entrado en nuestro territorio íntimo, en nuestro hogar, y no digamos en el caso de la violación como invasión del territorio de la intimidad corporal de una mujer o de un hombre. La sensación de indefensión, de estar perdido, debe de ser parecida a la que siente, por ejemplo, la liebre cuando su madriguera es invadida por un hurón. Esta angustia es tal que si el animal es recogido vivo y sin daño físico en un saco a la salida de la madriguera, suele morir del llamado *basedow* de terror —estallido coloidal del tiroides—, de infarto de miocardio o hemorragias masivas del tramo digestivo.

Las creencias tienen función de territorio. Conectan directamente con esta información genética. El cristiano, el mahometano, el marxista, o el de cualquier otra creencia, vive su pertenencia a ella como un territorio perfectamente delimitado. Fuera de ese espacio mental, que se convierte en un auténtico territorio con sus fronteras físicas bien delimitadas (piénsese en el muro comunista), existen los enemigos, o al menos personas pertenecientes a otra clase, quizá otra raza, herejes, apóstatas o simplemente seres inferiores a los que se les puede y debe eliminar como alimañas, como ocurrió en el caso de los judíos en la Alemania nazi y en diferentes momentos históricos de las grandes religiones, de las pequeñas y de

las ideologías, en los que los pertenecientes a otros territorios creenciales eran y son considerados enemigos a destruir.

El programa genético de la territorialidad es un sistema de defensa bastante eficaz tanto en los animales como en el hombre. El ario alemán se consideraba de un territorio racial diferente al del judío, por lo que a él no le podían pasar las cosas que les ocurrían a estos, puesto que pertenecía a otro territorio que le protegía. Y lo mismo podríamos comentar para las clases sociales, las razas, las nacionalidades, las religiones, etc.

De todo ello podemos deducir que el apego a las creencias tiene la misma naturaleza que el apego al territorio. Nos sentimos en ellas en nuestro mundo, seguros, protegidos, separados de los que no tienen la suerte de tenerlas, que resultan extraños, ajenos y potencialmente peligrosos.

Esta vinculación de las creencias y el instinto de la territorialidad nos puede permitir comprender el carácter cerrado de estas. Las creencias suelen ser monolíticas y se perpetúan a lo largo de los años y los siglos. Si las creencias se abren, pierden el carácter de territorialidad y con ello la más importante de sus funciones: crearnos un mundo de supuestas realidades en las que vivimos instalados y confiados. Abrir el territorio creencial a otra manera de ver la realidad significa lo mismo que abrir las puertas al enemigo, lo que despierta los programas instintivos de la defensa. Por ello las creencias no aceptan la libertad, que significa que sus fronteras se hacen porosas, que el enemigo puede entrar en ellas, que las puede destruir, como pasó con el mundo comunista, que, aparte de su autodestrucción por ineficacia política y económica, se fueron abriendo las fronteras a la comunicación, por lo que el sistema creencial se desmoronó. El islam lucha actualmente contra la entrada de información procedente de nuestra cultura, lo que puede explicar los fenómenos de autodefensa me-

diante la regresión a la más profunda Edad Media y los atentados terroristas. Estamos ante un fenómeno muy parecido a lo que sucedió al final de la Edad Media europea y con la llegada del Renacimiento, de la vuelta de Europa a sus auténticas raíces, Grecia y Roma. La agresividad del mundo creencial cristiano en contra de los cambios de apertura fue de una extrema crueldad. Guerras inacabables, vuelta a modos medievales, como la Inquisición y la cerrazón a todo cambio.

Aunque volveremos sobre el tema de las sectas y la tendencia paranoide de los creyentes, aquí podemos apuntar la relación que existe entre creencia, territorialidad y sectas. En principio, *secta* significa seccionado o separado, y en la Grecia clásica se llamaban sectas a lo que hoy llamamos escuelas o distintas ramas de una tendencia filosófica. Actualmente, secta es sinónimo de grupo con creencias cerradas y separadas del resto de las otras creencias, y con un contenido que va desde relativamente pequeñas diferencias con respecto a las doctrinas oficiales de las grandes religiones, a maneras de interpretar la realidad completamente exótica y deliroide. Algunas pueden ser no dañinas, pero otras se caracterizan por ser realmente malignas.

Una de las características básicas de las sectas es dividir el mundo en dos territorios: ellos y el resto del mundo. La secta tiene razón y posee la verdad del mundo, y el resto está equivocado. El lector puede deducir qué potencial de agresividad existe en esta manera de concebir la realidad. Gran parte de los problemas horribles a lo largo de toda la historia y en la actualidad se deben a esta concepción territorial de las creencias, que todas, en el fondo son sectarias, incluidas, y sobre todo estas, las grandes sectas monoteístas que creen poseer el monopolio de la verdad, como el cristianismo, el islam, el judaísmo, o las ideologías excluyentes como el comunismo, el nazismo o los nacionalismos, y toda manera cerrada y discri-

minatoria de interpretar la realidad basada en la certeza de que lo que se cree es la verdad y que los demás están equivocados o son perversos.

Los nacionalismos también son sistemas de creencias fuertemente vinculados a un territorio físico, cultural o étnico. La cerrazón, la ceguera y la agresividad de los nacionalistas se comprenden cuando se aplica todo lo dicho para las creencias en este apartado y los anteriores. Son sistemas creenciales cerrados —como todos ellos—, irreductibles a la argumentación de cualquier tipo y generadores de violencia instintiva de defensa del territorio.

LAS GUERRAS COMO DICTADO DEL CEREBRO DEPREDADOR

¿Es posible entender el fenómeno de las guerras si no es comprendiendo que en ellas el cerebro depredador del ser humano se pone en marcha y le domina? Podemos buscar todas las posibles causas que determinan una guerra, pero siempre detrás vamos a encontrar a los programas de un cerebro con deseos de matar, de hacer el mayor daño posible, de destruir por destruir, de sentirse superior aniquilando al otro.

Son tan horribles los fenómenos que ocurren en todas las guerras, que uno se queda perplejo pensando en cómo es posible que el mismo ser humano que hace obras maravillosas, capaz de expresiones amorosas, de crear reglas morales de convivencia, sea el mismo que cuando está en guerra comete estas atrocidades sin límites.

Y lo más curioso e incomprensible es que hasta hace bien poco la guerra era considerada como una gran ocasión para demostrar la virilidad, la virtud, que viene de valor varonil. Hay que admitir que la historia humana no es concebible sin las guerras. Es parte consustancial de nuestra manera de ser,

de nuestro cerebro depredador, que es nuestro cerebro, nos guste o no. ¿Cómo se habrían expandido las culturas sin las guerras? Puede que el comercio sea otra manera, pero la resistencia de los mundos creenciales cerrados, como son casi todas las culturas, no se rompe tan fácilmente sin violencia.

Hay que ser consciente de este hecho. Tenemos un cerebro depredador, y una personalidad depredadora habita dentro de todos nosotros. Dominar esta personalidad y no dejarse dominar por ella, y ser consciente de que esta personalidad, esta tendencia, puede dominar seduciendo a las creencias e ideologías más opuestas a ella, como la doctrina de amor del cristianismo o la bien intencionada teoría marxista, es una operación mental básica para evitar las grandes catástrofes de las guerras, de los terrorismos y de tantos otros actos criminales a los que el ser humano es tan aficionado.

5
La embriaguez de vivir y las creencias

El ánimo y las creencias

Quizá sea este, junto con la relación entre creencias y angustia, uno de los apartados más importantes para la comprensión de lo que son las creencias y su importancia central en la vida humana. El ánimo es una función biológica básica. Es el manantial desde donde surge el deseo ciego e imparable por la vida. Los griegos captaron muy bien este concepto. Ánimo viene del griego *ánemos,* 'soplo', y se identifica con el principio que da vida. También en la Biblia se habla del soplo divino que dio vida al hombre hecho de barro, o la expresión «dar aliento» significa tanto soplar aire en la cara como animar. Los animales jóvenes y los niños están llenos de vida, gozando del hecho de vivir, con una profunda alegría. El ánimo es un impulso, una dulce exigencia que sale de lo más profundo de uno mismo. Es el gozo de existir, la exigencia de vivir pase lo que pase; es la manifestación de la fuerza de la vida y lo que nos conecta con eso maravilloso que ocurre en el planeta Tierra llamado vida, que florece por

todos lados. Los griegos simbolizaban el ánimo en Dioniso, dios de la danza, del vino, de la orgía vital. Porque vivir con buen ánimo es una *embriaguez vital* que nos permite soportar todas las penalidades de la existencia, que nos permite gozar a pesar de todas las cosas terribles que nos pasan o nos pueden pasar. Vivir es estar embriagado; si no, no se podría soportar la vivencia de los peligros a los que estamos sometidos continuamente. Para esta embriaguez, el cerebro está dotado de estructuras que cuando se estimulan producen un estado delicioso, como placer intenso, sensación de que todo tiene sentido, de que existe armonía en todo y de que uno ingresa en una especie de paraíso. En el ánimo sano estas estructuras están activadas de una manera espontánea, lo que viene dado por el hecho del regalo vital del buen vivir. La estimulación puede ser proporcionada por muy diversas vías, tanto químicas como psíquicas, y en ellas las creencias juegan un papel muy importante, como veremos más adelante.

El ánimo ejerce una serie de funciones básicas en la vida psíquica, y sin las cuales todo el edificio mental se derrumba, como ocurre en las depresiones. Por este motivo vamos a estudiar cuáles son estas funciones de una manera más profunda y basándonos en la experiencia psiquiátrica en las que el ánimo decae o sufre de una exagerada exaltación.

Las funciones del ánimo pueden resumirse de la manera siguiente:

1.° Alegría vital.
2.° Impulso a la acción y placer en la realización.
3.° Relegar a la penumbra de la conciencia los contenidos angustiosos.
4.° Dotar de sentido a la vida y al mundo.

1.º *La alegría vital.*

El ánimo comunica alegría vital, nacida de lo más profundo de nuestra biología, de nuestra corporalidad, sin justificación psicológica, es decir, sin que sea necesario un motivo psíquico o circunstancial que la provoque. Por ello se la debe llamar vital, por estar unida a la vitalidad, al fondo biológico de donde surge la vida. Los animales jóvenes y los niños están pletóricos de alegría vital. Goethe afirmaba que la juventud es una embriaguez sin vino. Es algo con lo que uno se encuentra. Es la sensación de sentirse bien, de tener el cuerpo y la mente en armonía y con un placer indefinido pero maravilloso. Esta alegría es el mayor regalo del ánimo, porque es lo que hermosea la sensación de vivir. Sin esta alegría vital, la vida languidece. Es un regalo de nuestra vitalidad.

Decían los griegos que el dios Dioniso enseñó a los hombres a obtener vino de la vid para que los mortales fuéramos, al menos, algún tiempo tan felices como los dioses. El vino, las anfetaminas o la coca nos estimulan el procesador del ánimo y hacen surgir de él la alegría vital, la embriaguez por la vida, la danza loca que es el vivir, aunque con características pasajeras y con posibles consecuencias graves al crear dependencias y alteraciones cerebrales y mentales. Las depresiones de origen biológico por fallo del procesador del ánimo son tratadas con gran éxito con los fármacos antidepresivos, lo mismo que las crisis maníacas de exaltación patológica del mismo origen lo son con los neurolépticos. Ambos tipos de fármacos son sustancias químicas cuyo éxito nos pone de manifiesto el origen biológico del ánimo; no son las buenas noticias o la psicoterapia las que curan las depresiones biológicas, sino, como en el caso del alcohol o las drogas, activadores químicos del procesador del ánimo.

Sabemos que la regulación del ánimo viene determinada genéticamente y que sus fallos dan lugar a los grandes trastornos de este, como la psicosis maníaco-depresiva. Existe una anomalía congénita del ánimo en los trastornos depresivos e hipertímicos de la personalidad. Las personas depresivas se caracterizan por pasarse la mayor parte de su vida tristes, sin alegría y al borde del suicidio. Los hipertímicos son personas excesivamente alegres y emprendedoras, dotadas de una alegría vital desbordante que les suele acarrear graves problemas. Sabemos que ambas anomalías están estrechamente vinculadas a la herencia genética.

La embriaguez vital es la que se apodera de las creencias haciéndolas seductoras. La persona queda embrujada por las creencias porque al orientar al hombre en la realidad este siente que la angustia de estar perdido desaparece y el ímpetu a la acción da lugar a la explosión de la alegría vital. Por ello, se suele percibir que la alegría vital surge de las creencias, aunque parece que tenemos que pensar lo contrario: la alegría vital es lo primario, lo que está antes en el tiempo y lo que existe sin necesidad de creencias. Se puede tener alegría vital sin creencias y se puede perder esta alegría siendo creyente, como vemos en psiquiatría continuamente, incluso en los casos de religiosos depresivos a los que la pérdida del ánimo les induce al suicidio.

2.° *Impulso a la acción y placer en la realización.*

La vida es movimiento, acción, por lo que la persona sana tiende a moverse, a emprender tareas. Cuando el ánimo decae, como en las depresiones, desaparecen las ganas de hacer cosas. En las fases maníacas de exaltación del ánimo ocurre todo lo contrario. Hay una tempestad de actividad, que puede llegar a ser fatal para el enfermo, como conducir a gran velo-

cidad, hacer compras exageradas, creerse capaz de llevar a cabo acciones irreales, etc.

Esta capacidad del ánimo es la que está detrás de toda actividad humana. La creatividad y el impulso irresistible a la acción vienen dictados por esta cualidad del ánimo. Las creencias, en general, estimulan el ánimo y con ello proporcionan una necesidad de acción o al menos le sirven de guía para esta. De la mano de las creencias, el hombre se pone en acción y ha desarrollado grandes culturas tanto religiosas como dictadas por las ideologías creenciales y también en el estricto plano personal. Las creencias nos instalan en un mundo, en una realidad supuesta donde podemos movernos guiados por la mente que se ha formado de acuerdo con el mundo creencial. La creatividad asombrosa de las creencias —arquitectura, arte, literatura, teología, guerras, etc.— se debe a que utilizan la propiedad del ánimo de impulsar al hombre a la acción. No es la creencia en sí la que crea la acción, sino el ánimo que hay detrás de ellas. Lo mismo da una creencia budista, que hindú, que cristiana, que islámica o ideológica. Podemos deducir que no es la verdad de la creencia la que impulsa a la acción, sino el estímulo del ánimo.

3.º *Relegar a la penumbra de la conciencia los contenidos angustiosos.*

Se está indicando que una de las funciones básicas del ánimo es producir un «olvido» de los peligros de la existencia. Esta función desaparece cuando el ánimo decae. Si el ánimo baja, la angustia sube. Cuando la angustia sube, el ánimo decae. Cuando se está animado, los peligros pasan a un segundo plano y, aunque se les tiene en cuenta, este «olvido» permite la acción que sería imposible si estuviéramos atemorizados.

Las creencias se nutren de esta facultad del ánimo. Nos proporcionan un mundo creencial en el que nos podemos sentir protegidos por nuestros dioses o porque nos instalan en un mundo irreal, fantástico, mágico, en el que los peligros pasan a un segundo plano: Dios es bueno, las personas son buenas, la naturaleza es buena, el sol es maravilloso, etc., huyendo de esta manera del mundo real, o del aspecto peligroso de la realidad.

Más adelante trataremos el importante tema de la relación entre creencia y angustia, que es un asunto central de las creencias, sobre todo de las religiosas.

4.° *Dotar de sentido a la vida y al mundo.*

Las personas con buen ánimo encuentran que el mundo y sus vidas tienen sentido. Cuando el ánimo decae, como en los estados depresivos, el enfermo se pregunta qué sentido tiene su existencia, la familia, los hijos, el trabajo... Tan grave puede ser esta sensación de sinsentido, que esta es una de las causas básicas del suicidio en estos enfermos. La vida ya no atrae, no merece la pena, carece de sentido, y solo se desea dejar de existir. Y lo más notable para nuestro propósito es que esto ocurre aunque las circunstancias y las creencias del enfermo puedan ser muy contrarias a estas vivencias. Y también hay que indicar que la inmensa mayoría de las personas descreídas o con circunstancias muy adversas, como ruina, enfermedades mortales, guerras, etc., no se suicidan mientras que no ocurra una depresión, una caída del ánimo. Es el estado de ánimo y no las circunstancias o las creencias lo que determina la pérdida de sentido de la vida y los deseos de suicidio.

Qué duda cabe de que las creencias y las circunstancias juegan, como se está insistiendo, un papel muy importante en el mantenimiento del ánimo, pero solo influyen de una mane-

ra importante en la pérdida del sentido de la vida cuando el ánimo decae. Si esto no ocurre, la vida sigue teniendo sentido a pesar de todo lo horrible que ocurra. En los campos de concentración nazi, donde ocurrían cosas inimaginablemente terribles, solo desaparecía la esperanza cuando el ánimo decaía. Una luz interna alumbraba en la más terrible oscuridad, una luz que era para creyentes o no, para los sometidos a torturas y para los que habían perdido toda esperanza objetiva de sobrevivir. La vida, el impulso a vivir de las personas sanas, les mantenía con vida.

Lo mismo podemos decir de las personas que tienen enfermedades incurables que les llevan a la muerte, como el cáncer o el sida. A pesar de todo, estas personas, como hipnotizadas por las ganas de vivir, embriagadas de vida, continúan sintiendo que la vida tiene sentido y no suelen suicidarse a menos que contraigan una depresión, aunque puede ocurrir que una reflexión les lleve a desear la muerte porque sus circunstancias así se lo aconsejan. En este caso no es la depresión, sino su mundo creencial, como en el *imperativo categórico* de nuestros clásicos o en el *harakiri* de los japoneses, o bien una expresión de máxima libertad dictada por una reflexión. Por lo demás, en general, podemos decir que si las estructuras cerebrales del ánimo funcionan bien, el ser humano es capaz de sobreponerse a las circunstancias más adversas.

De aquí podemos deducir que no son las creencias las dadoras de sentido a la vida y al mundo, sino que esta es una facultad del ánimo, una facultad de nuestra biología, que nosotros unimos a unas creencias a las que utilizamos como símbolos en los que se encarna esta facultad del ánimo. Esta observación nos puede sacar de la paradoja de que cualquier creencia, por absurda que sea, sirve para dar sentido. Lo mismo da ser budista, que cristiano, que de cualquier otra religión o secta llena de absurdos sin sentido real o lógico. El ánimo

guía al intelecto para buscar una explicación, generalmente fantástica e instalada en el mundo mágico, que haga plausible lo que sentimos llegado desde dentro, desde lo más profundo de la mente. Por ello, las explicaciones religiosas e ideológicas creenciales suelen ser creaciones poéticas, que no tienen nada que ver con la realidad, como la idea de la reencarnación budista, la vida después de la muerte y todo el mundo de ángeles, demonios, cielo, infierno, paraíso... Todo ello, creaciones fantásticas no probadas, dictadas por el sentimiento de que la realidad tiene que tener sentido, porque este sentimiento está presente en todos nosotros y dictado por nuestro ánimo, por nuestra biología.

Por lo demás, y como ya se ha expresado, el mundo externo y nuestro pensamiento —las creencias, por ejemplo— tienen una función reguladora importante de las estructuras o procesadores cerebrales del ánimo que es importante tener también en cuenta. Sobre todo si la persona creyente incluye entre sus creencias la de que sin su mundo creencial el sentido de la vida se derrumba.

El ánimo seductor

«La fe —dice Tolstoi— es aquello que da vida a los hombres.» Aquí estamos sosteniendo lo contrario. Lo que da vida a los hombres es el ánimo, su vitalidad. (El mismo Tolstoi tuvo una depresión a mitad de su vida que le hizo perder todo el sentido de la existencia y le llevó al borde del suicidio.) La fe, las creencias son solo el símbolo, la bandera a la que se acoge el individuo para visualizar la vitalidad consustancial al acto de vivir. Por ello cualquier creencia, por absurda que sea, sirve para esta función de símbolo al cual se le atribuyen las cualidades del ánimo. Una de las claves para entender el fenó-

meno de las creencias está en la seducción que produce el ánimo. El ánimo es el manantial del placer vital más importante. La estimulación eléctrica (Rodríguez Delgado, 1972, pág. 11) o química con sustancias como los hongos psicodélicos, peyote, mescalina, LSD, etc., producen vivencias místicas (chamanes), así como en ciertos casos de epilepsia y en algunas esquizofrenias o en traumatismos cerebrales. También algunos enfermos con trastornos de hiperexcitabilidad del ánimo, como en las crisis maniformes de la psicosis maníaco-depresiva en las que se pueden encontrar vivencias místicas.

La estimulación del ánimo por las creencias: el efecto droga

El procesador del ánimo también es sensible a la estimulación ambiental y psíquica. Las creencias, sobre todo en sus formas místicas, y los cantos y rezos religiosos estimulan asimismo este procesador, por lo que podemos decir que las creencias tienen una marcada «función droga», que será una de las cualidades por las que pueden desarrollar dependencias. El creyente va a necesitar sus creencias para estimularse el ánimo y mantener a buen nivel su alegría vital. La cara de gozo de los religiosos, o religiosas, puede deberse a esta activación del ánimo. Y también la sensación de que si dejara de creer, si perdiera la fe, su ánimo, su alegría de vivir se iría abajo, por lo que tendría el mismo efecto que la retirada de droga al dependiente. Tendría un síndrome de abstinencia. Veremos más adelante que no solo las creencias de tipo religioso o ideológico estimulan y protegen el ánimo, sino que el mundo creencial personal, de lo que uno se cree que es, de donde cree uno pertenecer, como familia, como clase social, como profesional, juegan un papel muy importante en su equilibrio.

En cierto sentido podemos decir que las creencias son una potente droga embriagadora que seduce al ser humano. Toda la capacidad seductora y secuestradora de las drogas químicas pueden ser estudiadas para las creencias, sobre todo en las formas místicas y fanáticas. La mística es una embriaguez poderosísima, según nos comunican los místicos cristianos, como Teresa de Jesús, los sufíes o los místicos de cualquier otra religión. Los fanáticos también son presa de este proceso, de esta embriaguez, que se puede convertir en locura criminal.

¿Está aquí, en este efecto droga de las creencias, su fuerza tremenda? Puede. Al menos este es un factor bastante probable y nada desechable.

Ejemplos de elevación del ánimo por las creencias

William James, en su libro *Las variedades de la experiencia religiosa,* pone muchos ejemplos de cómo las creencias exaltan el ánimo hasta límites realmente extraordinarios, como en las vivencias místicas de cualquier religión, secta o incluso ideología. Una tal señora Jonathan Edwards (1986, pág. 211) relata: «La noche de ayer fue la más agradable de mi vida. Nunca antes, durante tanto tiempo, había disfrutado de la luz y la dulzura del cielo dentro de mi alma, sin la más mínima agitación de mi cuerpo en ningún momento. Pasé parte de la noche despierta, a ratos dormida y a veces medio dormida. Pero durante toda la noche tuve la sensación constante, clara y viva, de la dulzura celestial del amor excelso de Cristo, de su proximidad y de mi propio afecto hacia Él. Me parecía percibir cómo el fulgor del amor divino descendía del corazón de Cristo desde el cielo hasta mi corazón como un torrente constante, como una corriente constante o un fino rayo de suave

luz... Me parecía que había alcanzado una voluntad, tranquilidad y alegría de ánimo perfectas al consentir que así era para la gloria de Dios, de forma que en mi mente no cabía duda ni vacilación».

También, citado por el mismo autor y obra (pág. 212), la hermana Séraphine de la Martinière afirma: «Frecuentemente, los asaltos del amor divino casi la seducían al instante de la muerte. Se quejaba con ternura a Dios y decía: "No puedo soportarlo, reforzar amablemente mi debilidad o moriré bajo la violencia de vuestro amor"».

En toda la literatura mística podemos encontrar el mismo fenómeno. Teresa de Jesús es un magnífico ejemplo de lo que se está diciendo y descrito con una exactitud y modernidad admirables, sobre todo visto a los ojos de un psiquiatra.

Este mismo efecto se puede obtener estimulando eléctricamente ciertas partes del cerebro, como el *septum*. Los sujetos estimulados suelen pedir que no se les estimule más porque no pueden soportar tanto placer.

La exaltación desmedida del ánimo por las creencias

Como estamos insistiendo, las creencias instalan al hombre en un mundo que él cree real. A veces este mundo creado por las creencias es tan ilusionante que produce una exaltación del ánimo en todas sus cualidades de alegría vital, de tendencia a la acción, de pérdida de la angustia ante los peligros y de encuentro del sentido de la vida y del mundo. Ello conlleva una explosión de la vitalidad, incluidos los aspectos positivos y los aspectos perversos del cerebro depredador con el que estamos dotados.

Las creencias de los nazis fueron estimulantes al máximo del estado de ánimo, de la vitalidad. Existía una exaltación de

la vida plena como meta básica y siguiendo el concepto del superhombre de Nietzsche. Esta exaltación conllevaba una activación exagerada de los programas genéticos o instintos de la territorialidad. La raza se vivenciaba como un territorio, lo mismo que los animales toman como de su espacio vital a los animales de su propia especie. La exaltación exagerada del ánimo puede conllevar, como en el caso que estamos comentando, a una manifestación brutal de nuestro cerebro depredador, lo que puede explicar los hechos bestiales, infrahumanos, que cometieron aquellos que calificaban como tales a sus víctimas.

El islam constituyó en su tiempo una explosión de vitalidad. En muy pocos años se extendió a gran parte del mundo con una fuerza tremenda. En el caso de esta religión, podemos también ver muy claro cómo ello lleva aparejado una activación del trasfondo instintivo del cerebro humano: la guerra como arma de expansión, la división tajante del mundo entre enemigos y amigos: fieles pertenecientes al grupo e infieles vividos como enemigos irreconciliables. Y apóstatas condenados a muerte irremediablemente.

No se quedan atrás otras creencias, como el cristianismo, que durante más de mil años ejerció un monopolio de la búsqueda del sentido de la vida exaltando el ánimo en relaciones místicas y utilizando la angustia del castigo eterno, lo que resultaba una mezcla profundamente activadora de todo lo bueno y todo lo malo del hombre. La Inquisición, con su terrible sadismo, es una buena prueba de ello.

Durante el Renacimiento existió una activación muy profunda de la vitalidad que dio lugar a una explosión del pensamiento, de las artes, de las ciencias, de los descubrimientos geográficos, pero que también fue acompañada de grandes tensiones bélicas. El Renacimiento significó una vuelta a las culturas griega y romana basadas en una visión real de la vida,

en un vitalismo no fantástico, como las religiones, en un amor a esta vida concreta, a este mundo.

Las grandes construcciones, como las pirámides, la Gran Muralla china, los colosales templos o monasterios, están hechos desde las creencias como encarnación del ánimo del hombre. El ser humano necesita de las creencias para desarrollar lo que le dicta su ánimo. Las creencias son instrumentos del ánimo. Por ello, si un sistema de creencias se muestra eficaz para este fin, su éxito está asegurado, aunque la creencia en sí sea absolutamente falsa. ¿O es que alguien cree que todas las creencias que han tenido éxito a lo largo de la historia son verdaderas? ¿Es una doctrina correcta el nazismo? ¿Son todas las religiones verdaderas, incluidas las sectas de ideas disparatadas que tienen éxitos millonarios en adeptos y en dinero?

6
LAS CREENCIAS COMO ANSIOLÍTICOS Y COMO PRODUCTORAS DE ANGUSTIA

«Primus in orbe deos fecit timor.»
[La angustia fue lo primero que hizo a los dioses en la ciudad.]

STATIUS

La angustia es la madrastra y la custodia de las creencias. La angustia es un sistema de alarma que poseemos todos los animales. Para poder vivir en un mundo pleno de amenazas y peligros constantes, es necesario este sistema que nos pone en guardia. El procesador de la angustia está siempre activado. Nuestro cerebro analiza continuamente la realidad discriminando entre lo que es peligroso de lo que no. En condiciones normales, solo aquello que nuestros analizadores cerebrales juzgan como peligroso emerge en la conciencia produciendo la alarma consiguiente. A su vez, estos analizadores cerebrales se han formado a partir de dos fuentes: la información genética contenida en nuestro cerebro sobre lo que es peligroso o no, y la información adquirida mediante la cultura y la expe-

riencia personal. Ejemplos de información genética podríamos poner muchos. El miedo a las alturas, a los ruidos, a ciertas figuras que le recuerdan al cerebro enemigos pasados o actuales de la especie, como las serpientes. Pero existe un miedo impreso en nuestro cerebro que juega un importantísimo papel en el tema de las creencias, y es el miedo a lo desconocido y a estar perdido. Lo nuevo no sabe juzgarlo nuestro cerebro, por lo que el análisis clasificador al que nos hemos referido anteriormente no se puede llevar a efecto. Lo desconocido podría ser peligroso, disparándose la alarma. La timidez tiene este origen, y el esfuerzo del ser humano para comprender la realidad también se basa en este miedo ancestral.

Todos los animales necesitan saber cómo es la realidad en la que están. Necesitan saber si, por ejemplo, el animal que tienen delante es un enemigo o no. Sus programas instintivos les ayudan en esta tarea. En el caso del ser humano, la cosa se complica enormemente. Su mayor inteligencia le expulsa a una realidad abierta, y los instintos, aunque continúan siendo fundamentales, ya no le analizan toda la realidad que su cerebro superior le muestra. Cuando un animal, incluso animales tan próximos al ser humano como los monos, contempla a otro animal muerto, siente curiosidad por aquel cuerpo que ya no se mueve, que no responde, lo examina un momento y se aleja, o se lo come. Sin embargo, al ser humano la muerte le produce profunda perplejidad, aparte de dolor por la pérdida y angustia ante la evidencia de que a él le pueda pasar lo mismo. Esta reflexión, esta incomprensión ante este hecho que le arroja ante la incógnita de la existencia, le obliga a emitir una explicación sobre la muerte que le alivie la angustia ante este fenómeno lleno de incertidumbres y secretos.

La angustia ante lo desconocido que le descubre su inteligencia y la imposibilidad de esta de dar respuesta a apremiantes preguntas es lo que obliga al hombre a formular una expli-

cación del mundo. La explicación, las creencias, nacen de la necesidad de comprensión forzada por la angustia. Esta está detrás de toda creencia, porque si la creencia desapareciera, el sujeto se encontraría de nuevo con el caos, con lo desconocido, con lo absurdo, con lo sin sentido. De esta manera, la angustia está en el origen de las creencias y se convierte en su custodio. Necesidad de creer por la angustia, y angustia de dejar de creer.

La angustia no es, por supuesto, el único origen de las creencias, pero juega un papel muy importante. El instinto de búsqueda y exploración de lo novedoso, que compartimos los animales y los humanos, también juega un papel importantísimo. Necesitamos saber, y nos gusta saber, descubrir mundos nuevos, y todo esto a pesar de la angustia ante lo desconocido. De alguna manera tenemos que decir que el espíritu explorador y de creación de nuevas realidades es más poderoso que la angustia, porque es lo que manda la vida, el ánimo en el sentido que hemos descrito más arriba. En este aspecto, las creencias como grandes creaciones humanas son hijas no solo de la angustia, sino de esta tendencia humana.

Lo que sí produce la angustia en las creencias es la congelación de estas. En las creencias, el mundo se hace cerrado, y se acaba la aventura de descubrir la realidad, porque se da ya por sabida y se tiene miedo de que sea falsa. De aquí que las creencias cumplan la misma función que los instintos en los animales: instalan al hombre en un mundo cerrado. Es decir, traicionan la esencia inteligente del hombre.

Sin embargo, esta propiedad de las creencias de instalar al hombre en un mundo cerrado y hecho tiene la virtud de permitirle sentirse en un territorio delimitado donde poder desarrollar su vida. De aquí que las creencias aplaquen la angustia de lo desconocido al instalar al hombre en un mundo fantástico, posiblemente inexistente, pero que el creyente

toma como la realidad y le permite desarrollar su vida. Las grandes religiones e ideologías son muy productivas y creativas, lo que parece contradecir todo lo que se está diciendo de las creencias como sistemas cerrados que impiden el desarrollo. La mayoría de las culturas a lo largo de la historia son culturas creenciales que se han basado en una religión. Estas culturas, como el cristianismo, el islam, el budismo, etc., son espacios de creación y de elevación del ser humano. Sin ellas, la humanidad no habría progresado como lo ha hecho y posiblemente estaríamos en un estadio muy atrasado, en formas primitivas de cultura.

En el ámbito personal, las creencias juegan un papel importantísimo en el control de la angustia. No toda persona es filósofo con capacidad de soportar la angustia de la búsqueda de la orientación en un mundo pleno de exigencias vitales y de urgencias. La fe transmitida es una tabla de salvación a la que agarrarse en el mar de la ignorancia del mundo. Consuelo para el barquero perdido en este mar donde nos encontramos un día, el día de nuestro nacimiento, y en el que no tenemos más remedio que remar o ser absorbido por las aguas hacia el abismo insondable de la muerte. ¿Es posible vivir sin religión, sin creencias? Para la mayoría de las personas, no. El mito, la fantasía, es un buen sistema de protección contra la angustia de sentirse perdido en la realidad y un consuelo al creer que existen seres protectores que cuidan de nosotros, como cuando éramos niños. Porque, en el fondo, quien cree es el niño que aún permanece vivo en nuestro cerebro y que busca desesperado un padre y una madre revestidos de poderes mágicos que le amparen, como veremos más adelante.

Pero este es el lado positivo de las creencias, mas lo que se quiere reseñar aquí es el aspecto negativo de estas, lo que tienen todas estas culturas de perverso para la humanidad y la necesidad de superar estos aspectos negativos y pasar a un es-

tadio de pensamiento abierto, basado en la racionalidad y centrado en un humanismo. Porque ¿cómo es posible soportar el engaño, vivir en un mundo fantástico, de dioses, ángeles o demonios? Hay que vivir en una cultura de realidades y no en una cultura del mito, por muy productivo que este pueda ser en un momento determinado de la historia. Más adelante, cuando hayamos profundizado en el llamado pensamiento mágico, volveremos sobre este tema.

Por último, hay que decir que la angustia está siempre detrás de todos nuestros pensamientos y acciones. Es un sentimiento omnipresente que matiza y condiciona toda nuestra vida psíquica. La angustia ata fuertemente nuestras convicciones y las modula a su satisfacción. Las estructuras creenciales o simples convicciones y actos personales están siempre sirviendo para dominar la angustia de vivir. Existen culturas creenciales que cultivan la angustia, como las religiones salváticas, que predican la salvación o condenan con amenazas angustiosas, como las penas eternas del infierno y el poner el sufrimiento como medio para salvarse, lo cual, a mí al menos, me parece una monstruosidad impregnada de sadismo. En este sentido, la angustia se convierte en el guardián de las creencias. Estas, que sirvieron para aplacar la angustia de sentirse perdido, se convierten en una cárcel opresora que no permite salir de ese laberinto.

Otras religiones, como el budismo, se dedican a combatir la angustia. La finalidad de sus creencias es que el ser humano no tenga ya deseos de vida y que con ello, en el nirvana, desaparezca el sufrimiento y la vida. Para el budismo, la vida es sufrimiento, y nuestro deber es practicar una especie de suicidio a plazo, si me permiten la expresión, para que cesen las reencarnaciones y con ello la vida. En este sentido, el cultivo de la huida de la angustia, de evitar la angustia, tiene como consecuencia un empobrecimiento de la acción, y resulta una

cultura paralizante, aunque, hay que reconocerlo, no lleva a las monstruosidades de las culturas que cultivan la angustia.

Por último, las creencias sirven de muro protector contra la angustia, y esta es el cemento que las fija. La persona que tiene alojadas en su cerebro unas creencias vivencia que fuera de las murallas de estas existe el vacío, lo oscuro, la perdición. Por ello, las creencias se convierten en la única manera de ver la realidad. Son las únicas gafas que se pone el hombre. Cualquier duda, cualquier discusión, cualquier tema es juzgado, razonado y solucionado dentro de la fortaleza de las creencias. Resulta trágico ver cómo cualquiera de nosotros intenta justificar siempre sus creencias y juega con ellas moviéndose dentro de su ámbito. Cualquier problema que se le plantee a un teólogo cristiano o de otra religión siempre termina solucionándolo dentro de su mundo de creencias, de la misma forma que un paranoico razona según su delirio. Por ello, a los paranoicos se les llama locos razonadores. Por supuesto, no estoy insinuando que el teólogo es una especie de enfermo mental, sino que cuando se posee una estructura interpretativa de la realidad a la que se toma como la realidad misma, tanto el paranoico como el creyente razonan dentro de su fortaleza creencial custodiada por la angustia que le impide la duda o salir de ella. Al enfermo mental su delirio le impide ponerse en el punto de vista del otro, y al creyente le ocurre de igual manera; todo es visto dentro de su sistema de creencias. Las creencias crean un mundo mental, una fortaleza en la que se vive. Para el creyente, el mundo es lo que le dictan sus creencias. Por esta razón todos sus razonamientos están dentro de este mundo de presuntas realidades: la mayoría de las cosas resultan claras y evidentes dentro del sistema creencial en el que está. Las creencias son un paradigma explicativo con sus leyes internas. El hombre se hace prisionero de la cárcel creencial y, en general, se encuentra a gusto en ella.

7
La grandeza de la mente humana

«Mythos» y «logos»

Uno se queda muy sorprendido cuando contempla la facultad del ser humano de estar instalado en dos tipos de mundos, el mundo fantástico y el mundo real, o si se quiere expresarlo de otra manera, el mundo mágico y el mundo lógico. Las culturas poco desarrolladas y los niños presentan una modalidad de pensamiento que llama extraordinariamente la atención. Es el llamado pensamiento mágico. Este pensamiento se basa, entre otras leyes, en establecer la relación entre las cosas siguiendo la ley de la analogía, confundir lo que se piensa con la realidad y creer que cambiando nuestros pensamientos se puede alterar esta. La analogía le lleva a establecer curiosas consecuencias. Si las aguas de un río se mueven y los animales y el hombre se mueven cuando están vivos, la propiedad común que presentan estos dos seres es el movimiento, por lo que el río debe ser igual que un ser vivo, es un ser vivo (animismo). Cuando los animales, el hombre y el río dejan de moverse ya no tienen vida. El sol también se mueve, por lo que también es un ser vivo, y no solo eso, sino que por ser más

grande, por estar más arriba y darnos luz y calor imprescindibles para la vida, debe ser un ser superior, un dios, o el más importante de los dioses y dotado de las cualidades que se le atribuyen a los humanos y a los dioses, como sentimientos, voluntad, caprichos, deseos... Según el pensamiento mágico, el sol tiene grandes analogías con los seres vivientes, y de acuerdo con este pensamiento los análogos son iguales.

Los niños viven en gran parte en un mundo mágico, fantástico, en el que todo es posible. El hada con su varita puede convertir a su capricho a los seres humanos en animales, hacer desaparecer al instante a las personas o las cosas. Los cuentos de hadas, de brujas, que tanto gustan a nuestros hijos, se basan en el pensamiento mágico, que es, como veremos, un modo de trabajo del cerebro y de la mente y que se rige por leyes diferentes de la otra modalidad de pensamiento basado en la razón, en el *logos* griego. Aquí se establecen las relaciones entre las cosas buscando sus conexiones lógicas y no las analógicas. Para el hombre del *logos,* un río no es un ser vivo, sino una corriente de agua que se mueve porque existen las condiciones físicas para que ello suceda. El sol tampoco es un ser vivo, sino una bola de fuego desposeída de todas las propiedades mentales que le atribuía el pensamiento mágico animista.

Los niños pequeños sanos saben vivir en estos dos mundos. Ellos saben muy bien lo que es «mentira» y lo que es verdad, a no ser que los mayores que les rodean, padres, familiares, escuelas y sacerdotes, se empeñen en llevarle la contraria al niño en su sano juicio e insistan en que las fantasías de sus culturas son verdades, como la enseñanza de la religión y sus mitos. El niño, como los animales y todos nosotros, tiene una instintiva necesidad de saber cómo es la realidad en la que vivimos.

De aquí que podamos decir que el pensamiento racional es, sobre todo, un pensamiento realista, que busca la realidad

de sí mismo y del mundo, mientras que el pensamiento mágico fabrica mundos irreales en los que cree vivir y que le resultan, en muchos casos, más agradables y seductores que la realidad en la que él, como veremos, resulta más insignificante al dejar de estar dotado de propiedades mágicas, de vivir en un mundo mágico en el que los simples deseos pueden convertirse en realidad.

Pero no es esta la razón fundamental por la que el ser humano se instala en el mundo mágico, sino porque su cerebro forma estructuras mágicas mentales, procesadores, que le interpretan así la realidad. Son personas extraordinarias, como Buda, Jesús, Mahoma..., las que «inventan» estos mundos, que luego nosotros aprendemos y tomamos como realidades. Una vez formadas estas estructuras se fijan en el cerebro y son, como ya hemos repetido frecuentemente, las que nos forman y las que nos traducen la realidad, nuestras gafas mentales.

Gran tragedia la del ser humano al sentirse atraído por lo mágico, porque lo mágico no existe, es inventado, y el choque con la realidad resulta realmente trágico. Esta lucha fue escenificada por Cervantes en el *Quijote.* Este personaje de ficción, pero muy real en sus conflictos mentales —por eso atrae esta obra—, está instalado en los dos mundos: el fantástico y mágico del caballero andante y la triste realidad del Alonso Quijano, el pobre hidalgo manchego. Representa la tremenda lucha del hombre entre la necesidad vital de vivir en lo real dictada por sus instintos y la sensatez, y el deseo de que el mundo sea de otra manera y dotado de propiedades mágicas, como la de creer que existe un dios todopoderoso que nos puede amparar si se lo pedimos, con lo cual uno participa de alguna manera de la propiedad mágica del dios de curarnos, de protegernos de las tempestades, de proteger a nuestros seres queridos... El seductor mundo mágico embruja al hombre hasta tal punto que le parece imposible vivir sin él.

La gran mayoría de los seres humanos están instalados en el mundo mágico, ya sea en la expresión elemental de este pensamiento, como en la superstición, las culturas primitivas, o en las manifestaciones desarrolladas como las grandes religiones, el cristianismo, el islam, el judaísmo, el budismo, etc.; en las grandes ideologías vividas como una interpretación mágica de la realidad, léase comunismo, fascismo, nazismo, e incluso ciertas formas de socialismo que más se aproximan a una secta laica que a una idea racional, así como los conservadurismos radicales, o los nacionalismos. Y no digamos de muchas de las teorías psicológicas, como el psicoanálisis, el lacanismo, etc. No hace falta insistir mucho, puesto que el lector puede comprobar por sí mismo la cantidad ingente e inconcebible de creencias contradictorias entre sí y absurdas para el no creyente en ellas en las que están instalados casi todos los humanos, entre los que se incluyen pensadores, políticos, científicos, artistas, etc.

Pero a su vez todas estas personas que creen en mundos mágicos también ejercen una capacidad de realismo en muchas de las facetas de sus vidas. Si no fuera así, los seres humanos habríamos desaparecido de la faz de la Tierra hace ya muchos miles de años. El *logos* como la capacidad de búsqueda de la realidad en sí, no como ejercicio de lógica, por supuesto, está más cerca de la capacidad animal de vivir en la realidad que la instalación mágica en mundos irreales. Es admirable la capacidad de los animales para vivir en el mundo real, sobre todo si ello se mide por los resultados. Hay animales que llevan sobre la Tierra millones de años, lo cual quiere decir que «saben» muy bien cómo es la realidad que les rodea, y que no solo se defienden, sino que buscan eficazmente la comida.

Por todas estas razones y muchas otras que iremos viendo, es necesario estudiar el pensamiento mágico y el pensamiento racional con tanta profundidad como sea posible y según los conocimientos del autor.

8
Los mundos irreales: creencias, magia y religión

El pensamiento mágico

El estudio del pensamiento mágico es muy importante para poder comprender lo que son las creencias. Estas no son meras interpretaciones cognitivas de la realidad, sino que están dotadas de propiedades extraordinarias. Las creencias instalan en un mundo irreal, mágico, dotado de propiedades que no existen en la naturaleza, como poder transformar las cosas al instante y con solo la voluntad del sujeto, poder alterar el orden de la naturaleza directamente o por medio de un ser superior, como un dios o un demonio, a su vez inventado por el hombre. En las creencias uno ruega que se curen las enfermedades, que cesen las tempestades, que se hagan milagros, porque uno vive en un mundo mágico más o menos disfrazado de racionalidad.

De todo ello deducimos que el pensamiento mágico es un tema de una importancia cultural, humana y política inmensa. Toda la cultura humana está impregnada de pensamiento mágico, incluida la cultura europea, que presume de ser heredera

del *logos* griego. Por supuesto, aquellas culturas no influenciadas por la cultura griega aún permanecen instaladas por completo en lo mágico. Es difícil invitar al lector a hacer un reconocimiento de cuántos de sus pensamientos y de sus creencias son plenamente mágicos. Para que los pudiera distinguir sería necesario que tuviera una idea muy clara de lo que es esta manera de pensar y de lo que no lo es, y para ello es, por supuesto, necesario saber qué es lo mágico. Estamos tan impregnados de lo mágico que no sabemos hacer una distinción clara, y llama la atención que la literatura científica sobre este pensamiento sea tan escasa, sobre todo si se la compara con la cantidad enorme de literatura mágica que existe en el mundo.

Si decimos que toda la literatura religiosa es mágica, que gran parte de la literatura propiamente dicha —novelas, relatos, etc.— también lo es, así como que muchas doctrinas filosóficas —¡oh, paradoja!— asimismo adolecen de esta tendencia, nos encontramos que en gran parte estamos sumergidos en lo mágico sin que seamos conscientes de ello.

El estudio científico de lo mágico queda relegado a autores de finales de 1800 y principios de 1900, como Taylor, Frazer, y autores posteriores, como Lévy-Bruhl o el suizo Piaget y muchos más, algunos de los cuales se citan en la bibliografía, pero escasos para la importancia del tema. Personalmente, he dado varias conferencias sobre lo mágico a las que asistían psiquiatras y psicólogos, y todos se quejaban de que en sus respectivas facultades se ignorara esta materia. No entra a formar parte de los planes de estudios, se ignora, o a lo sumo se hace referencia a ello como el pensamiento de los pueblos primitivos, o de los niños, o de los poetas.

Esto solo puede tener una explicación: el estudio del pensamiento mágico es un peligro para el pensamiento *políticamente correcto* de nuestro siglo, básicamente en lo referente a las creencias de todo tipo que aún campean por nuestra civili-

zación. Escribir algo poniendo en sospecha las creencias, como se está haciendo aquí, resulta inconcebible para la mayor parte de las personas y también para la mayor parte de los intelectuales. No digamos nada de lo que le pasaría a un autor que planteara que el pensamiento religioso es sospechoso de no tener ningún fundamento real, sino que es puro pensamiento mágico, pura fantasía que pretende aliviar el sufrimiento humano, o servir de consuelo ante una realidad cruel que no nos gusta. O peor aún, del que se sirven ciertas clases sociales para vivir de parásitos de otras y dominarlas.

Los magos, los que practican el pensamiento mágico, existen y están por todas partes, sobre todo dentro de nuestro cerebro introducidos en forma de creencias. Quizá sea esta la parte más dura de este libro y la que pone más en evidencia la capacidad de autoengaño de nuestra mente. Locos, locos por vivir en mundos imaginarios dotados de capacidades mágicas, es una de las cosas que mejor define a la inmensa mayoría de los humanos a lo largo de la historia. Nuestra capacidad para vivir en estos mundos es ilimitada. Lo que es lo mismo que decir que la capacidad de autoengaño también lo es.

Los libros sagrados de todas las religiones, los templos y catedrales, mezquitas y sinagogas son centros mágicos donde se nos pone en contacto con ese mundo ideal, imaginado, donde se nos sustrae de la cárcel de la realidad, de lo limitado, de lo desprotegido, del mundo del adulto tan desamparado comparado con el mundo infantil arropado por padre, madre y familia. Lo mágico no es solo un pensamiento muy propio de la infancia, sino que los adultos tenemos necesidad y nostalgia de él y nos inventamos mundos y padres y madres protectores que nos trasladen a ese Edén perdido.

El Dios Padre, Alá, el padre Buda, los dioses de nuestro mundo clásico y los millones de dioses, demonios, ángeles, espectros, etc., son representaciones de la imagen interiorizada

—de la información que queda de ellos en nuestro cerebro— de nuestros padres, de nuestros seres fantásticos, de nuestras brujas buenas y malas de cuando éramos infantiles, o creados por nuestros deseos o nuestros miedos. Al menos esto se puede afirmar desde el punto de vista de la racionalidad, puesto que no tenemos pruebas de la existencia real de estos seres superiores y esta hipótesis parece bastante plausible, aunque no agota el tema.

Cuando se lee a autores clásicos, como Platón, Aristóteles, Epicuro, Lucrecio, Cicerón, etc., produce verdadera extrañeza la persistencia de la creencia en los dioses paganos en estos pensadores. La impresión que dan es que ellos piensan que se trata de algo real que está ahí. Ellos parecen percibirlo así. Lucrecio sorprende al lector iniciando su libro *De rerum natura* con un canto a la diosa Venus. Cicerón, en su libro *Sobre la naturaleza de los dioses,* no niega su existencia. ¿Lo hacen por miedo? Puede; pero no parece que esa sea la razón principal, sino que se trata de algo aprendido que forma parte de su cultura, del aspecto mágico de esta. Los dioses habitan sus cerebros.

Veamos cuáles son las propiedades del pensamiento mágico.

El nacimiento de la mente humana

La mente humana está formada por las estructuras instintivas más aquellas que se adquieren al enfrentarse el cerebro humano con la realidad. Lo propiamente humano son estas últimas, las estructuras culturales, aquellas que se aprenden o se crean por el propio esfuerzo para intentar resolver el enigma con que se nos muestra la realidad. Las aprendidas son dadas por el medio cultural en el que se vive, por la propia experiencia personal o por el esfuerzo de pensar sobre la rea-

lidad, sobre todo por las personalidades creadoras. Nuestro medio social y cultural forma nuestra mente, que resulta de esta manera, en gran parte, un producto social. Mas la mente humana ha de ser formada desde la niñez por el medio y por el propio esfuerzo. A su vez tenemos que pensar que la cultura también ha tenido que formarse, puesto que se trata de algo adquirido por los pueblos a lo largo del tiempo. De aquí que tanto la mente individual como la cultural han debido pasar por un proceso de desarrollo comparable, aunque nunca exactamente superponible por razones obvias. Tanto en la mente del niño como en la de las culturas primitivas hallaremos estructuras poco desarrolladas.

En los trabajos de Piaget sobre el desarrollo de la mente del niño encontramos un material de observación valiosísimo que nos ayuda a comprender el nacimiento de la mente humana. Aunque Piaget no se preocupó de la mente mágica, sino que su estudio iba encaminado a descubrir el nacimiento de la mente lógica en los niños, sus trabajos de campo con estos, incluso con sus propios hijos, nos pusieron de manifiesto cómo la mente humana va emergiendo de unos estadios muy indiferenciados hasta alcanzar, al menos en gran parte, el *modo racional* de enfrentarse con la realidad. A estos trabajos pueden sumarse muchos otros, como el del psicólogo H. Werner, en los que se pone de manifiesto la analogía entre el pensamiento primitivo y el infantil.

Estos estudios coinciden con aquellos que han llevado a cabo los antropólogos, como Lévy-Bruhl, Lévi-Strauss, o los anteriores de Taylor o Frazer, que afirman que en las sociedades «primitivas» existe una mentalidad completamente distinta de la que posee la sociedad «civilizada». Según Lévy-Bruhl, el hombre primitivo tiene una mentalidad «prelógica», una forma de pensar que no se halla sometida a la ley de la contradicción, sino que está basada en la imagen y en la represen-

tación mítica, que admite la identidad de seres contrarios en virtud de una «participación» que nada tiene que ver con las exclusiones lógicas.

El pensamiento primitivo estudiado por los antropólogos se basa en la interpretación de la realidad mediante una tupida red de participaciones o exclusiones míticas, dentro de un universo de «fuerzas ocultas». Más: *a)* estas influencias se refieren siempre a la realidad humana o a lo animado, de tal modo que cuando se piensa en lo inanimado se piensa en él en tanto que relacionado con lo animado; por otro lado, *b)* la referencia antropomórfica no niega la causalidad mecánica: supone simplemente que tal causalidad está dirigida (Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía).*

Y es que existe una coincidencia de estadios de desarrollo entre el niño y el desarrollo cultural de la especie humana. Aquí también se cumple la ley general de la evolución por la que el desarrollo del individuo es una réplica del desarrollo de la especie. Lo que ocurre en la mente del niño lo encontramos en las formas mentales de las culturas poco evolucionadas. Ambas emplean el pensamiento mágico.

Existe una tercera observación que nos puede ayudar a comprender esta extraña coincidencia entre el pensamiento de los niños y el de los adultos de culturas poco evolucionadas. Tanto las enfermedades psiquiátricas graves como las leves van acompañadas por una activación del *modo mágico* de enfrentarse con la realidad. Este fenómeno es debido a que en estas enfermedades la mente se desestructura —como en las psicosis— o se siente amenazada por una realidad que no domina con su *modo racional* y tiene que recurrir al *modo mágico* para controlarla, como en los trastornos angustiosos. Por la experiencia general se sabe que, cuando el hombre se siente amenazado gravemente y no sabe cómo defenderse, se infantiliza, tomando formas muy primitivas de

reaccionar, e incluso puede ir más allá y recurrir a formas animales de reacción.

Por estos motivos, procede estudiar la mente infantil como genuino representante del pensamiento mágico; luego, el pensamiento de las culturas primitivas, y con posterioridad, la persistencia del pensamiento mágico entre las culturas europeas herederas de Grecia y que han sido iniciadas en el pensamiento racional.

EL MODO MÁGICO

Quizá sería mejor llamar al pensamiento mágico *modo mágico,* puesto que no se trata simplemente de pensamiento, de una función cognitiva, sino de una manera de enfrentarse con la realidad que comprende la afectividad y la acción además de lo cognitivo.

Es muy difícil comprender y explicar desde el *modo racional* los fenómenos que ocurren al *modo mágico.* Son dos maneras diametralmente opuestas de interpretar la realidad, como dos caminos paralelos que no se encuentran, pero que sin embargo coexisten en todos nosotros. No obstante, aquí se va a intentar comprender el *modo mágico* desde la manera racional de enfrentarnos con la realidad. Es decir, vamos a intentar comprender las bases reales cerebrales y psicológicas de los mundos fantásticos.

Lo que más desconcierta es la existencia de ambas maneras de pensar en una misma persona y de una manera casi simultánea. El modo mágico nos instala en un mundo muy distinto al del modo racional. Por ello, las personas que hemos aprendido a utilizar el modo racional vivimos *instaladas* en dos mundos paralelos: en el mundo mágico, en el que todo es posible, y en el mundo real, con su grandeza y limitaciones.

Es evidente que se vive en dos mundos paralelos que no se encuentran. Normalmente se habla del mundo de la fe y del mundo de la razón para poder hacer algo comprensible de esta profunda dicotomía en la que vive el ser humano.

Este paralelismo entre estos dos modos es necesario tenerlo muy en cuenta para no perderse cuando se intente tender puentes entre uno y otro. En todas las personas coexisten estructuras formadas al modo racional y al modo mágico. Es evidente que si las culturas poco desarrolladas no emplearan el modo racional en absoluto, habrían desaparecido. Es necesario captar la realidad para vivir en ella, y los instintos solos no son suficientes para que el ser humano pueda sobrevivir, aunque hay que admitir que los animales perviven, y muy bien, con solo sus estructuras instintivas. Siempre hay aspectos racionales en el pensamiento primitivo, lo mismo que persisten aspectos mágicos en el pensamiento de las personas que han desarrollado estructuras lógicas. Porque no es cierto que las personas que emplean el modo racional no usen simultáneamente el modo mágico, y tanto el lector de este libro como el autor están oscilando entre un modo y otro. Se admiten «verdades evidentes» simplemente porque nos agradan o nos son favorables para la tesis que estamos sosteniendo —el pensamiento engañoso—. Y esto no se hace de una manera consciente, lo que sería simplemente un fraude, sino que con el modo racional se ven las cosas de una manera, pero con el modo mágico se ven de otra, y nuestro cerebro usa una u otra según le convenga para resolver la tarea que tiene delante.

Esto es tan corriente y tan poderoso que, para evitarlo, se ha tenido que crear el pensamiento científico. En él no se admite ninguna explicación de la realidad mientras no existan pruebas objetivas experimentales de que se corresponde con los hechos. Incluso el pensamiento filosófico, que pretende ser pura lógica, se contagia fácilmente del pensamiento mági-

co, confundiendo lo que el filósofo piensa con lo que sea la realidad, lo que es una de las características del pensamiento mágico.

Se puede calificar de auténtico escándalo la existencia de estructuras mágicas y racionales en la misma persona y sin que se interfieran entre sí. Solo comprendiendo que la mente está formada por módulos paralelos es posible entender este fenómeno desconcertante y de tanta importancia, puesto que los productos de la mente racional, la ciencia y la técnica, son usados muy peligrosamente por la mente mágica, por una mente primitiva, poco desarrollada y muy próxima al modo animal.

El estudio de la mente mágica desde la mente racional nos puede permitir penetrar en su naturaleza, y saber cómo funciona gran parte de nuestra mente que se impone, sin que seamos conscientes de ello, a nuestra presunta manera racional de pensar. Nuestra mente mágica —o nuestras estructuras mágicas— es, quizá, más importante que nuestra mente racional, y juega un papel más directivo en nuestra vida de lo que estamos dispuesto a admitir. Si esto no fuera así, ¿por qué persiste la religión como parte integrante y fundamental de nuestra vida íntima y social?

Con este panorama hay que enfrentarse a la comprensión lógica de lo ilógico, del pensamiento mágico. Para ello, lo primero que hay que hacer es una descripción fenomenológica de este *modo.* Describir lo que ocurre en la mente del niño, del primitivo y del adulto de nuestra civilización que usa el modo mágico. Profundizar en los mecanismos cerebrales y psicológicos que ocurren en él, y aplicar la teoría de las estructuras y de la personalidad plural para comprender este hecho de tantísima importancia en la psicología humana.

FENOMENOLOGÍA DEL MODO MÁGICO

Los estudiosos de las llamadas culturas primitivas y de la mente del niño se encontraron con una serie de fenómenos psicológicos que lo diferenciaban del llamado pensamiento racional, que se suponía propio de los adultos de nuestra civilización. Se vio que el pensamiento del niño y de los individuos de las culturas primitivas adolecía de una incapacidad de *discriminar* o *disociar* entre los elementos de la realidad que interpreta, e incluso entre las distintas funciones de las propias estructuras mentales, como es la función cognitiva, afectiva, motora y somática. Los niños y las culturas primitivas piensan, sienten y actúan a la vez, como si se tratara de un todo, y captan la realidad como si fuera un todo, sin discriminar entre sus partes. Pensar algo es lo mismo que desearlo y que obtenerlo. Esto se puede comprobar en los niños y en los inmaduros, cuyos deseos deben ser satisfechos al momento. No hacen una distinción entre desear algo y obtenerlo.

A partir de este concepto básico de la *indisociación* de las estructuras se produce una serie de fenómenos que constituyen la base del *modo mágico* de trabajo del cerebro. Tanto los etnólogos como los estudiosos de la mente infantil descubren una serie de fenómenos extraños aparentemente y que siempre los vamos a encontrar cada vez que tratemos de ver el comportamiento de una estructura no desarrollada. Estos fenómenos psicológicos son los siguientes:

1.° *Analogía:* es decir, el modo mágico emplea las leyes de la semejanza o analogía y de la coincidencia en el espacio y tiempo para establecer las asociaciones entre las cosas. De aquí que el pensamiento mágico sea *concreto* y *no categorial*

2.° *Indisociación:* por lo que los distintos componentes de las estructuras no ejercen sus funciones separadamente,

sino que lo cognitivo, lo afectivo, lo motor y lo somático se entremezclan actuando como una unidad homogénea.

3.° *Adualismo:* es decir, no se hace una distinción entre las representaciones de la realidad en la conciencia y la realidad misma; lo que aparece en la conciencia es tan real como las cosas externas: proceso de *reificación.*

4.° *Animismo:* se percibe toda la realidad como formada por seres vivos como el mismo sujeto, con voliciones, afectos, dolores, etc. Los objetos inanimados no existen para este modo. Las piedras, el aire, etc., tienen vida.

5.° *La magia:* todo pensamiento conlleva una práctica, una técnica de manejo y control de la realidad. La magia es la técnica que se deriva del modo mágico. Quizá sea esta la función más importante de este modo y a la que debe su fuerza y su vigencia.

De todas estas cualidades del *modo mágico* se derivan consecuencias muy interesantes y de una gran importancia para comprender la psicología del adulto y de los pueblos desarrollados, como veremos en extenso.

La analogía

En el modo mágico, el cerebro utiliza la analogía para establecer la relación entre sus contenidos. Es decir, cuando un dato entra en el cerebro se establece una búsqueda de una información, de un conocimiento previo almacenado en la memoria, que tenga relación con la nueva información. Cuando el cerebro está haciendo deducciones lógicas, las relaciones que se buscan son las que establecen unos lazos lógicos, pero en el modo mágico basta con que se encuentre una semejanza en alguna de las cualidades, como el color, la forma, igualdad

de funciones, coincidencia en el tiempo y el espacio, etc. El pensamiento mágico utiliza las mismas leyes de la analogía que los sueños, lo que nos puede ayudar a comprender a este. Se puede soñar que uno está en la playa al sol sudando, cuando lo que está ocurriendo en realidad es que se suda en la cama por la circunstancia que sea. La sensación de calor y sudor se traduce en imágenes «análogas», como la playa y el sol.

La noche es oscura y peligrosa. Para el pensamiento mágico-analógico, todo lo negro puede ser peligroso porque comparte con la noche el hecho de ser negro. Los rayos del sol calientan, dan vida y son dorados, por lo que cualquier rayo dorado también será dador de vida, ya sea esta espiritual o biológica. Los santos, las vírgenes tienen rayos dorados que salen de sus cabezas como señal de que poseen las mismas virtudes solares. El oro es un metal noble que posee la propiedad de no degradarse y de ser dorado como el sol. Se quiere poseer el oro porque mágicamente se cree que uno se va a contagiar de estas propiedades. Se quiere poseer el cuerno de un rinoceronte porque tiene la forma de un pene erecto, y con cuya posesión se piensa mágicamente que transmite propiedades contra la impotencia. Se pueden poner tantos ejemplos como se quiera del uso de la analogía por el pensamiento mágico. En las torretas de El Escorial se pusieron reliquias de santos para que hicieran de pararrayos, ya que la santidad es la bondad y estas reliquias podrían librar del mal de la caída de un rayo.

Evidentemente, las consecuencias de tener un pensamiento analógico pueden ser fatales, puesto que es sabido, por referirnos a los ejemplos anteriores, que ni el oro transmite la eternidad, ni el cuerno del rinoceronte garantiza la potencia sexual, ni las reliquias libran de la caída del rayo. Y no digamos cuando las analogías se aplican a la medicina, a la economía, a la guerra, etc.

El pensamiento analógico es la base del lenguaje empleado en los escritos religiosos de todas las religiones e incluso de las ideologías creenciales, como el nazismo. Parece que Hitler envió a las tropas alemanas al frente ruso pobremente equipadas para combatir el frío, ya que la raza aria era del Norte, amiga del frío. En alguna cruzada medieval se fletaron barcos cargados con niños para combatir a los musulmanes en los lugares santos, porque los niños son puros y la pureza es la mejor arma contra el impuro infiel.

Justamente, el descubrimiento griego de que es posible buscar otra manera de relacionar las cosas diferentes a la simple analogía es lo que dio lugar al nacimiento de la cultura racional, de la filosofía y de la ciencia. O quizá, mejor dicho, nos abrió las puertas a descubrir cómo es la realidad, lo que existe objetivamente. Nos proporcionó el instrumento mental que no permitía salir, como el hilo de Ariadna, del laberinto de las creencias basadas principalmente en el pensamiento analógico.

El pensamiento mágico analógico no sabe de *categorías lógicas,* como las de sustancia y causalidad, o la del tiempo y espacio, que son conceptos muy abstractos, sino simplemente de analogías. Las cosas tendrán la misma *categoría analógica* cuando compartan alguna cualidad o coincidan en el tiempo o el espacio. De esta manera, pasado, presente y futuro no se distinguen entre sí en el pensamiento mágico, porque todos son «transcurso», «lo que pasa», un devenir. Siempre que tengan el análogo de ser algo «que pasa» será comparable, por lo que una cosa del pasado puede estar también en el presente y en el futuro, porque lo que les une es el análogo de que es algo que transcurre. Esto se comprueba fácilmente en los sueños, en los que el presente, pasado y futuro aparecen aglutinados. También el espacio es unido por la analogía de «estar en un lugar». Todo lo que «esté» participará de la misma naturaleza, por lo que una cosa puede estar en varios sitios a la vez,

puesto que para el pensamiento analógico la única condición exigida será la de «estar» y no la incompatibilidad que descubre el pensamiento lógico de no poder estar en varios sitios a la vez.

Qué duda cabe de que nosotros hemos desarrollado una estructura lógica que admite con dificultad las groseras faltas de categorización, como no tener en cuenta las categorías de especies, o del espacio y tiempo, pero el pensamiento analógico en lo referente a la afectividad es práctica común entre las personas de nuestra cultura, como se expondrá al estudiar la indiferenciación cognitivo-afectiva. Nuestro cerebro está haciendo asociaciones cognitivo-afectivas siguiendo las leyes de la analogía en todo momento. Cuando al ver a una persona decimos que no sabemos por qué, pero nos ha caído bien o mal, lo que estamos diciendo es que ha activado en nosotros una serie de estructuras agradables o desagradables por analogía con experiencias anteriores con otras personas. A esto lo solemos llamar «intuición», que es una sensación que nos viene de dentro, y que no sabemos explicar. Esta es una de las razones por las que la vida afectiva es vista con desconfianza por la ciencia y por la mente racional, porque casi siempre actúa mediante el modo mágico, mediante la analogía. Se hacen comparaciones de cómo esta persona tiene unos ojos de tal manera, lo que es señal de que es buena persona, o que tiene el color tal de la piel, luego es mala o buena, etc. Aquí está una de las bases del racismo, que se guía por el pensamiento analógico o mágico

La analogía y la realidad

Cuando se hizo referencia a los sueños, ya se dijo que en el modo onírico el cerebro hace la búsqueda de estructuras

computantes mediante la analogía. Si tenemos un dolor físico, podemos soñar que nos hemos caído y nos hemos hecho daño. La sensación dolorosa, la Ie, la sensación entrante en el cerebro, busca algún recuerdo con el que compararse, y se produce la asociación —la computación— con algo que contenga en sí la sensación dolorosa. Si el recuerdo, la estructura almacenada en la memoria que encuentra, contiene las imágenes de una caída, esto será lo que aparezca en la conciencia onírica, es decir, en el sueño. Esto hará que las representaciones obtenidas siguiendo las leyes de la analogía sean simbólicas, fantásticas, alejadas de la realidad, sobre todo en el caso de los sueños, porque aquí no existe la posibilidad de que el resultado sea conforme con la realidad que intenta interpretar. En los sueños todo es admisible porque el cerebro está libre de las obligadas comprobaciones a que es sometido por sus mecanismos de adecuación a la realidad. Estos mecanismos son básicos e imprescindibles en el estado de vigilia y pueden ser observados en toda clase de animales, incluso en los más primitivos. Cuando un animal se enfrenta a algo desconocido, lo somete a una serie de verificaciones hasta encontrar en su cerebro algo que le sirva para saber de qué se trata.

Un gato al que se le ha dado un trozo de comida que él no reconoce inmediatamente lo mira en primer lugar, buscando algún recuerdo visual con el que compararlo; luego lo pasa por su analizador olfativo con la misma finalidad; más tarde lo toca con su pata cuidadosamente para analizarlo con sus estructuras táctiles, y por último puede sacar su lengua para saber si aquello tiene un sabor que según su analizador gustativo puede ser comestible o debe ser rechazado. Es decir, el animal somete a sus asociaciones a un control comparativo con la realidad. Podríamos decir que el animal pertenece a la escuela escéptica, o que al menos practica el método escéptico como manera de comprobar cómo es la realidad. Podemos

comprobar que los instintos son estructuras maduras, muy experimentadas y dotadas de unos mecanismos correctores de cualquier asociación errónea. Son programas de interpretación de la realidad sometidos a una gran prueba de validación durante millones de años. Son coherentes con su cometido y «racionales» en el sentido de adecuarse a la realidad sobre la que tienen que actuar. El instinto sexual «sabe» perfectamente su cometido y raramente falla. El instinto tiene una «lógica», como afirma Tinberger (1951, pág. 31), o es una inteligencia que se había estabilizado hereditariamente, según afirma el lamarckismo. Las estructuras instintivas son muy estables y fiables, algo muy distinto de las estructuras que el ser humano se ve obligado a formar ante la perplejidad que le causan los hechos que descubre en la realidad y la urgencia afectiva por dar una respuesta para salir del estado de angustia, al sentirse perdido en la realidad.

En el modo mágico tenemos unos hechos intermedios entre lo que ocurre en los sueños y el instinto animal. En la vigilia actúa la exigencia de comparación de nuestras representaciones con la realidad, como en el instinto, pero cuando las estructuras mágicas están bien desarrolladas, existe el fenómeno de la indisociación, por el que no separamos las connotaciones afectivas de lo que interpretamos, confundimos los deseos con la realidad, o bien le damos el carácter de real a los contenidos de nuestra conciencia, con gran dificultad podremos ejercer el principio de la comprobación.

De esta manera nos podemos encontrar con la paradoja de que las interpretaciones de la realidad que se hagan según el modo mágico sean bastante inferiores, en su capacidad de adecuarse a la realidad que interpretan, a los propios instintos. Pongamos un ejemplo de una terrible crueldad producida por el pensamiento mágico que nos ilustra de la manera analógica en que funciona este modo, y cómo no se

ejerce correctamente el principio de comprobación de la realidad.

Según el pensamiento mágico de los indios habitantes del valle de México, en la Edad de Oro de la civilización de Teotihuacán (300-900 d. C.) (Frazer, *La rama dorada),* los dioses se habían reunido —precisamente en Teotihuacán— para crear el sol y la luna. Para hacerlo, dos de ellos se lanzaron a un brasero, dando de este modo origen al nacimiento de los dos astros. Pero estos permanecieron inmóviles en el cielo. Entonces todos los dioses se sacrificaron para hacerlos vivir con su sangre. De aquí la necesidad de sangre para que el sol saliera. No se sabe cuál es el origen de estos mitos, pero podemos suponer que el terror a la oscuridad de la noche que debieron de sentir los seres humanos, con el peligro de ser atacados por las fieras que surgen de la oscuridad, y que aún se manifiesta en nosotros, sobre todo en los terrores nocturnos de los niños, fuera su origen afectivo. El terror a que la noche no se acabe, a que el sol no salga de nuevo.

Cognitivamente podemos pensar que los aztecas observaron que el sol naciente estaba rojo, y que ello podía significar por *analogía* que había tomado algo también rojo y de una importancia básica para la vida: la sangre. Cuando se pierde la sangre, los seres vivos se quedan inmovilizados y pálidos. La sangre es la vida. De aquí, y siguiendo el pensamiento analógico, se llega fácilmente a la conclusión de que el sol requiere sangre para salir por las mañanas. Las consecuencias horribles de este pensamiento analógico no sometido a la comprobación de la realidad son los sacrificios humanos en los que se le ofrecía al sol la sangre del pecho abierto de la víctima, y siguiendo un ritual. Con un cuchillo de obsidiana abrían el pecho y rompían el esternón de la víctima viva. El sacerdote le arrancaba el corazón, que seguía palpitando en sus manos. Se untaban el pelo y el cuerpo con la sangre, y dejaban que se

derramara por los escalones de la pirámide por unos canales determinados. Luego empujaban el cuerpo, que rodaba por los escalones hasta el pueblo que lo esperaba abajo para devorarlo en un acto de simbolismo mágico.

La indisociación o inmadurez

Otro fenómeno importante que tiene lugar en el modo mágico es la indisociación de las estructuras interpretativas. Gran parte de los fenómenos psicológicos que ocurren en el modo mágico se pueden derivar de la inmadurez de las estructuras, que funcionan como un todo homogéneo, e interpretan la realidad también como unidades globales y sin que estas estructuras inmaduras o indisociadas tengan la capacidad de discriminar entre los distintos componentes que poseen los objetos reales.

La *indisociación* es un fenómeno general en todo proceso de conocimiento. Cuando se sabe poco sobre algo, se nos presenta como un todo, como una unidad. A medida que vamos conociendo los objetos o los fenómenos que estamos estudiando, su realidad nos va apareciendo en su complejidad. Por ejemplo, si estamos oyendo un idioma desconocido, no podemos distinguir los distintos sonidos y todos parecen iguales. No podemos separar las palabras y mucho menos comprender su significado. El oír hablar en un idioma desconocido nos produce la impresión de un sonido no estructurado. A medida que vamos aprendiendo el idioma, empezamos a poder distinguir las distintas palabras, y lo que era algo sin significado se convierte en plenamente lleno de sentido. Lo mismo podemos decir de cualquier conocimiento. Cuando no sabemos nada de un país tan inmenso como China, por ejemplo, solo percibimos una extensión en el mapa del mundo; pero

cuando vamos *disociando* con nuestro saber y con nuestro pensamiento la realidad china, podemos distinguir toda su complejidad. Lo mismo podemos decir para cualquier saber, para cualquier oficio, para cualquier ciencia, para el conocimiento de cualquier persona. Lo primero que se nos aparece es una *indisociación,* para emplear la misma palabra que usa Piaget, que solo va desapareciendo a medida que vamos teniendo más conocimientos de la cosa o el fenómeno en sí. Las estructuras interpretativas, nuestros auténticos *ojos mentales,* se van perfeccionando, y nos permiten conocer la realidad en toda su complejidad. En este sentido, las estructuras interpretativas desarrolladas funcionan a modo de lupas, de lentes de aumento.

El pensamiento va de lo indisociado a lo disociado, de la formación de estructuras interpretativas simples y abarcativas de los objetos o de los fenómenos como un todo homogéneo a unas estructuras complejas en las que se tienen en cuenta las diversas partes de lo que se está percibiendo o estudiando. Siempre ocurre de igual manera: la mente procede de la indisociación a la disociación, de lo simple homogéneo a la percepción de la complejidad, de lo global al análisis, y de aquí a la síntesis una vez conocidas las partes. Cuanto más primitivo es el pensamiento, más englobante y totalizador. Las estructuras interpretativas evolucionadas son disociantes, analizadoras de lo que interpretan, discriminadoras entre los distintos componentes de la realidad y con capacidad a su vez de producir una síntesis unitaria compleja a partir del análisis. Las estructuras interpretativas actúan a modo de unas lentes de aumento que, cuanto más desarrolladas sean, mejor nos permitirán discriminar las partes de lo que estemos contemplando.

Este fenómeno es propio de todo tipo de pensamiento, puesto que las estructuras o procesadores tienen que perfec-

cionarse para poder cumplir con su cometido. Pero no solo de la función cognitiva de las estructuras, sino que de igual manera ocurre con la función afectiva, motora, e incluso con la base orgánica que le sirve de soporte. La discriminación entre lo bello y lo no bello ha de ser aprendido, de igual manera que hay que perfeccionar nuestra capacidad de amar, de tener relaciones afectivas maduras, etc. Y lo mismo ocurre con la función motora: la adquisición de habilidades manuales, deportivas, etc., se hace a través de un aprendizaje que va también de los movimientos simples a los movimientos complejos y discriminatorios, de lo tosco a lo fino.

Ahora bien, la indisociación primaria o mágica no solo afecta a la función interpretadora de la realidad, sino que las estructuras mismas como instrumentos también aparecen indisociadas en sus distintos componentes. Las funciones de cada uno de estos se ejercen entremezcladas. Se piensa y se siente a la vez que se planean acciones, no discriminando entre estas funciones. Pensar, sentir y hacer se ejercen como un todo. Pero también los elementos del mundo animal, las pautas instintivas, son usadas indiscriminadamente sin que se distinga bien lo que es humano, lo que es cultural, de lo que es heredado de nuestro fondo animal. Esta aproximación entre el modo mágico y el animal resulta de una importancia capital en la psicología humana, y nos permite comprender muchos de los fenómenos que aparecen en el modo mágico, en el que lo animal hace su emergencia, con todo lo que tiene de hermoso y todo lo que tiene de terrible.

Al contrario del modo mágico, en el modo lógico los distintos componentes de las estructuras actúan con una relativa independencia. Se piensa sobre las cosas y se las valora afectivamente por separado, y en última instancia, se actúa. En este modo existe una diferenciación entre todas estas funciones, y se distingue muy bien entre el análisis objetivo de la realidad

y la valoración afectiva, así como la acción. Es típico de este modo el separar muy bien lo que son las cosas de la razón de las cosas del corazón y de la acción.

En el modo mágico, todas estas cosas están profundamente entrelazadas sin que se pueda establecer una separación entre ellas. De siempre se ha definido a la actitud primitiva por esta mezcla de razón y afecto, que da lugar a una acción impulsiva. Por otro lado, el componente somático de las estructuras también está íntimamente entrelazado de tal manera que las emociones y los pensamientos se traducen en efectos somáticos, lo que asimismo es una característica de la mente primitiva. Los pensamientos y las emociones se traducen fácilmente en alteraciones somáticas. Cuanto más primitiva sea una estructura, más fácilmente se manifiesta somáticamente.

La indiferenciación entre los componentes de las estructuras mágicas hace posible fenómenos psicológicos difíciles de comprender desde el modo racional. En el modo mágico, pensar es también sentir, del mismo modo que pensar es hacer, o que pensar y sentir pueden convertirse en un efecto orgánico produciendo enfermedad e incluso la muerte —la muerte por mal de ojo, o por hechicería—, lo mismo que pueden producir curaciones o estados placenteros o angustiosos muy potentes. Y todo ello porque las estructuras mágicas funcionan como un todo. El trabajo de un componente, el cognitivo, por ejemplo, implica siempre la activación de los otros de una manera simultánea e indiferenciada.

Todo el que se acerca a estos fenómenos queda fascinado y diciendo que «algo hay que uno no sabe o no acaba de comprender». Al menos gran parte de estos fenómenos pueden ser explicados por la indiferenciación de los componentes de las estructuras. Es evidente que las estructuras desarrolladas que solemos usar las personas instaladas parcialmente en el modo lógico también activan todos sus componentes cuando

están trabajando, pero hemos aprendido a hacer diferenciaciones cuando estamos haciendo una cognición o cuando lo que hacemos es una valoración afectiva, de tal manera que reprimimos en parte lo afectivo cuando estamos haciendo un análisis objetivo. Hemos aprendido a gozar de la belleza sin preguntarnos por su significado, y simplemente teniendo en cuenta la impresión estética, el afecto, que nos despierta. En el arte abstracto se intenta separar lo que es la valoración afectiva del análisis objetivo, de lo que representa. Las personas que tienen poco desarrollada su apreciación del arte, la pintura, por ejemplo, no dejan de preguntarse por el «significado» del cuadro para poder apreciarlo, porque sus estructuras interpretativas del arte están poco desarrolladas y no saben separar ambos componentes.

La movilización por las estructuras mágicas de todos los componentes a la vez e indiferenciadamente hace que este modo sea mucho más cálido, más entrañable y enraizado en la propia corporalidad. Sus emociones son más espontáneas y más fuertes que en el modo racional. Por este motivo se han desarrollado técnicas para destruir las estructuras racionales y hacer emerger el modo mágico, puesto que en lo racional existe un autocontrol que aleja de lo vital, de la espontaneidad. Las técnicas del zen japonés tienen esta finalidad. Los ejercicios del absurdo, como los *coan* —meditaciones sobre cosas imposibles o absurdas, como pensar en el sonido que hace una sola mano batiendo palmas—, pretenden destruir la hipertrofia del componente cognitivo, del análisis objetivo de la realidad, de la tendencia a controlarlo todo con la razón, lo cual puede romper la lozanía y lo espontáneo que a veces nace de lo mágico.

La indisociación da lugar a que aparezca el fenómeno del *adualismo,* en el que las representaciones de la conciencia de la realidad son tomadas como tan reales como la misma reali-

dad que representan, y ello causado por una indisociación entre las percepciones de lo interno y de lo externo, como ocurre en los sueños, en los que las imágenes de la conciencia tienen sensación de realidad. Por otro lado, la indisociación no permite comprender que la realidad y su representación en la conciencia pueden no coincidir, y aparece el *realismo ingenuo,* que tan importante papel juega en la psicología humana, y que consiste en que ingenuamente se toman como reales todos los contenidos de la conciencia sin sospechar que pueden ser un engaño. También la indisociación hace posible el *animismo* tan característico del modo mágico. El sujeto no disocia entre sus propias características de ser vivo con las de los seres inanimados. Para él, todos los seres participan de su propia naturaleza viva, y todo lo que le ocurre a él lo atribuye a cualquier cosa que sea objeto de su pensamiento o que simplemente contemple.

La indisociación afectivo-cognitiva y las creencias

Podemos estudiar esta indisociación como ejemplo de cómo trabaja el cerebro en el modo mágico. Lo cognitivo y lo afectivo son dos funciones que quedan bien definidas cuando se estudia el análisis objetivo de la realidad y la valoración afectiva. Ambas funciones están netamente diferenciadas, pero en el pensamiento mágico actúan como si fueran únicas. Es muy difícil comprender este hecho desde el modo discriminativo-racional, y solo mediante su estudio es posible captarlo. Su papel es fundamental en la psicología humana. Continuamente estamos confundiendo lo que deseamos o nos gusta con lo que es, y no pocas veces también desfiguramos la realidad a partir de la influencia de nuestros temores.

Ya se dijo que los seres animales, y sobre todo el hombre, son una organización del sentir, del afecto. El conocer es solo un instrumento del sentir, que es el núcleo psíquico alrededor del cual se organiza la mente. Esto es absolutamente válido para el ser humano, incluso para aquellos que se pueden llamar filósofos, porque el amor al saber ya es un afecto en primer lugar. La vida gira alrededor del ánimo y la angustia, del deseo de vivir y el miedo a perder la vida. Por esta razón, lo primario es la valoración afectiva y no el análisis objetivo. Conocemos para satisfacer al afecto. Hay que insistir en estos conceptos porque se oponen a los esquemas generalmente aceptados en el mundo occidental, por los que se cree que el ser humano es un animal racional, o que la razón es el fundamento de la mente humana. Esto es absolutamente falso. Todo el pensar está encaminado a satisfacer al afecto, y todas las interpretaciones que damos de la realidad tienen como objetivo elevar nuestro estado de ánimo, o impedir que nos deprimamos, o superar la sensación de angustia. Todo, absolutamente todo lo que pensamos está en relación con las estructuras del ánimo y de la angustia. El ánimo es la función que da o quita sentido al mundo, a la vida. Cualquier cosa que pensemos sobre la realidad, la más absurda, adquiere sentido para el sujeto que consigue elevarse el ánimo con ella, o quitarse la angustia.

A partir de aquí se puede comprender la gran importancia de la indisociación afectivo-cognitiva. No se trata de que nuestras cogniciones tengan significado afectivo, sino algo más profundo. En el modo mágico, conocer y sentir es lo mismo. Se conoce afectivamente y se siente conociendo. Es más, la representación cognitiva de la realidad se va amoldando al afecto, que es de donde nace la necesidad de explicación. Es el afecto el que va dando forma a las explicaciones de la realidad. Primero se tiene la necesidad afectiva y luego se busca

una explicación. El resultado final es una idea-afecto que, como ya se ha expresado en varias ocasiones, queda grabada profundamente, puesto que una estructura, un conocimiento se fija por la reiteración y por el significado afectivo que le envuelve. Por esta razón, las estructuras formadas por el modo mágico indisociado entre lo afectivo y lo cognitivo suelen quedar más profundamente grabadas en la memoria que las simples cogniciones. Las creencias entran dentro de esta categoría de estructuras.

La persona que utiliza el modo mágico para pensar cree firmemente que la realidad es tal como él la desea o la teme. No se le ocurre en absoluto que lo que está pensando es una proyección del afecto, o mejor dicho, que se trata de una conversión en imágenes explicativas de una escenificación de su mundo afectivo. El neurótico presa de angustia cree que son reales todas las cosas que se imagina: si teme tener una enfermedad, da por supuesto que la tiene; si desea que le toque la lotería, lo vive como una realidad: «he tenido una corazonada», es decir, el afecto le ha dicho que las bolas del bombo de la lotería van a ser movidas mágicamente a su favor.

Pero donde se comprueba perfectamente la importancia de la indisociación afectivo-cognitiva es en aquellas interpretaciones propias del modo mágico, las creencias. La humanidad cree las más diversas cosas, y la mayoría de ellas resultan absurdas desde el punto de vista objetivo. Pero, sin embargo, para aquellas que las creen, resultan tan llenas de sentido que les sirven para orientarse en la realidad, para encontrar un porqué a sus vidas, e incluso están dispuestas a grandes sacrificios, que pueden llegar hasta el ofrecimiento de sus propias vidas, para defenderlas o afirmarlas ante los demás.

Es imposible hablar objetivamente con un creyente sobre sus creencias, porque para él son verdades incuestionables, son la realidad misma, mientras que para el no creyente resul-

tan una serie de afirmaciones gratuitas sobre la realidad e incluso contradictorias con los hechos. Lo que da sentido a las cosas evidentemente absurdas que cree la mayor parte de la humanidad es el significado afectivo con que vienen envueltas para el creyente. El absurdo espectáculo que da la humanidad dividida en creyentes de las cosas más dispares e incomprensibles solo se puede entender a partir de las teorías de las estructuras interpretativas y de penetrar en cómo funciona el modo mágico. Las estructuras formadas en este modo nos hacen ver la realidad inseparablemente de la sensación afectiva que nos producen. Si una interpretación dada nos eleva el ánimo y nos quita la angustia, esta interpretación queda congelada como una verdad incuestionable, porque incuestionable es en realidad que nos eleva el ánimo o nos aplaca la angustia. La idea, la interpretación cognitiva, nos puede parecer absurda a los no creyentes en ella, pero contiene la «verdad» de ser eficaz afectivamente. El creyente en la Virgen María, a la que ruega que le cuide o le libre de una enfermedad, siente que la Virgen debe existir, porque los sentimientos, la sensación de esperanza y de confianza y el consuelo que percibe en su interior son verdaderos, y su estructura mágica no sabe distinguir la realidad de la sensación afectiva que siente, del hecho cognitivo.

Podemos poner un ejemplo de culturas más ajenas a nosotros para poder distinguir mejor lo que es el significado afectivo y el hecho objetivo. Existen varios cultos fálicos en la India actual y en otras partes del mundo. En ellos se adora a una piedra en forma de pene, a la que se le atribuyen propiedades mágicas de dar la vida y la salud, puesto que del pene sale el líquido de la vida, el semen, que depositado en el vientre de la mujer hace nacer la vida humana. Este pensamiento mágico dota al falo de las mismas facultades de un dios, es el dador de la vida, y por extensión de la salud, que aleja de la muerte.

Evidentemente, nosotros no poseemos una estructura mágica que nos interprete la realidad del falo de esta manera, pero el creyente en esto se siente ante la presencia de algo dotado de propiedades extraordinarias, de la capacidad de darle la vida y de sanarle, por lo que nota que en su interior se eleva el ánimo y se le aplaca la angustia. Y esto último es una realidad incuestionable, porque el falo objeto de adoración en el altar tiene la virtud de activar las estructuras afectivas. Sentir y pensar se confunden en el modo mágico, son funciones que se aglutinan entre sí, y que se ejercen indisociadamente, por lo que si el sentimiento es una realidad, también lo es aquello que lo produce. Y aparte del valor afectivo de los dioses o creencias en general existe el «efecto placebo», que consiste en la estimulación por medios psíquicos de estructuras corporales encargadas de los más diversos cometidos, como la activación del sistema inmunitario o del alivio del dolor. «La Virgen existe porque la siento», suelen decir los creyentes, lo mismo que suele decir cualquier tipo de creyente en las cosas más dispares e inconcebibles, porque lo importante no es la cosa en sí, sino la atmósfera afectiva que les rodea, o mejor dicho, el efecto afectivo que produce en nosotros.

La humanidad entera, culta o inculta, avanzada o retrasada, cada una en su medida, posee estructuras mágicas o creenciales que le hacen confundir la realidad con el afecto que le causan. Si la sensación afectiva es real, también debe existir el objeto que se la produce. Cuando se leen libros clásicos, sorprende lo arraigado de la creencia en los dioses. Estos eran tomados como parte incuestionable de la realidad. Ahora, después de muchos siglos de haber dejado de creer en ellos, nos resultan muy ajenos, aunque la cultura intelectual que crearon sigue viva. Este contraste entre nuestra mente racional aprendida de los clásicos y la persistencia en ellos de lo mágico es lo que produce más impresión. ¿Cómo personas tan inteligentes

como Sócrates, Platón o Aristóteles, auténticos padres de la humanidad y grandes creadores del modo racional, aceptaban como reales la existencia de los dioses? Solo existe una explicación que parezca coherente: la educación que recibieron implantó en sus cerebros una estructura mágica que les interpretaba la realidad de esta manera. Estas estructuras interpretativas estaban en su cerebro físicamente, eran reales, y tenían un efecto afectivo y somático real, por lo que les producía una vivencia de realidad. Los dioses eran realidades incuestionables de sus mentes, habitaban en sus cerebros implantados en sus estructuras cerebrales, y les servían sobre todo para mantener su equilibrio afectivo.

La creencia en Dios y la indisociación

Ya hace bastante tiempo que los teólogos cristianos han abandonado la pretensión de demostrar la existencia de Dios mediante la razón, como lo hiciera, por ejemplo, Tomás de Aquino. Es inútil intentar demostrar la necesidad de la existencia de Dios, entre otras cosas porque Dios es una «hipótesis innecesaria», como afirmó el físico francés Laplace. Porque es gratuito pensar que el mundo no existió en algún momento. Esto en sí es una creencia, porque ¿cómo estamos seguros de que alguna vez fue la nada? ¿En qué se basa la afirmación de que el mundo no existió en algún momento? Se trata de una afirmación gratuita, de una creencia que sirve de base y justificación a la necesidad de la existencia de un creador.

Es más, si fuéramos capaces de demostrar racionalmente la veracidad de cualquier creencia, como la creencia en Dios, en ese momento la creencia desaparecería, puesto que el objeto de la creencia pasaría a ser una evidencia, algo demostra-

do. Recuérdese: creer es tomar como realidad algo no demostrado.

Por esta y muchas otras razones, los teólogos modernos se circunscriben al argumento afectivo. Dios existe porque es un deseo vehemente del alma humana. Pongamos solo dos ejemplos modernos de teólogos: Paul Tillich y Hans Küng.

Tillich, en su libro *El coraje de existir,* mantiene una posición muy próxima a la que se sostiene en este trabajo y, en nuestro caso, a partir de la experiencia psicológica y psiquiátrica. Para este autor, «el valor de ser está arraigado en el Dios que aparece cuando Dios ha desaparecido en la angustia de la duda» (1973, pág. 180). Es decir, lo que mantiene la fe en Dios es el sentimiento de ser, lo que en otro lugar de este trabajo estamos llamando *ánimo.* No es la racionalidad, que según este autor tan influido por el existencialismo lleva a la nada, sino el sentimiento. Según Tillich, «el Dios por encima de Dios» (1973, pág. 177) está fundamentado en el «valor de ser», en el sentimiento que nos aproxima a esa realidad trascendente y que va más allá del deísmo de las religiones. Es decir, de una representación plástica y cognitiva de Dios. La aproximación a Dios es puro afecto, puro sentimiento.

Hans Küng, en su libro *¿Existe Dios?,* nos dice: «No hemos aceptado una razón autónoma, capaz de demostrar con todo rigor un fundamento de la fe que nada tiene que ver con la fe misma. Más bien hemos mostrado que las propias cuestiones previas de la fe cristiana —la realidad problemática y la realidad de Dios— no pueden ser conocidas por la razón, sino solamente dentro de una confianza creyente o de una fe confiada (en el sentido más amplio de la palabra fe).

No se da, por lo tanto, una «vía sacra» racional, continuada y progresiva del hombre a Dios, sino que se trata de una aventura sin fin, de un riesgo siempre nuevo de la libertad y de la confianza (*¿Existe Dios?,* 1979, págs. 785-786).

Como se ve, aquí también el fundamento de la creencia en Dios no es la razón, sino el afecto, la confianza básica. Lo que es lo mismo que decir que el ánimo, el impulso a la vida surgido de las capas biológicas más profundas del ser, es lo que fundamenta la creencia en Dios.

Desde el punto de vista del pensamiento mágico podemos interpretar estos conceptos como un caso claro de indisociación afectivo-cognitiva. El afecto produce una interpretación cognitiva de la realidad, y se toma como realidad aquello que es deseado.

Desde el punto de vista del pensamiento racional, *los deseos no son nunca criterios de veracidad.* Muy al contrario, los deseos, los afectos son bastante sospechosos de falseamiento de la realidad. De aquí que montar todo un edificio creencial a partir del deseo o del afecto es, cuando menos, una frivolidad y un síntoma de pensamiento mágico indisociado, como en el pensamiento infantil y el de las culturas poco desarrolladas.

El adualismo

La primera y más drástica consecuencia de la indisociación es el *adualismo.* En el siglo pasado, el psicólogo norteamericano Baldwin (citado por Piaget) describió en los niños el fenómeno que él llamó *adualismo.* El niño pequeño es *adualista,* es decir, no distingue entre el mundo externo y el interno. «Durante los estadios primitivos, no teniendo el niño conciencia de su subjetividad, todo lo real se encuentra extendido sobre un plano único, por confusión de los aportes externos e internos... Sobre este plano, las relaciones reales y las emanaciones inconscientes del espíritu son irremediablemente confundidas» (Jean Piaget, *La représentation du monde chez l'enfant,* 1932, págs. 4, 155, 450...).

Los estudios de Piaget en niños le llevaron a descubrir que estos, hasta los diez años aproximadamente, ignoran que la mente existe, por lo que sus operaciones también son desconocidas. Por esta razón, los contenidos de la conciencia, como las palabras, las imágenes, etc., y las operaciones que se pueden efectuar en ellos, como el pensamiento, son tomados como entes reales que están en el escenario de la conciencia. En el *adualismo* no existen dos mundos, el de nuestras representaciones y el de lo representado, sino que ambas cosas son la realidad, son reales y con existencia propia.

Este es el fenómeno más difícil de comprender desde el *modo racional.* En el modo mágico no es que tomemos simplemente como coincidente con la realidad a sus representaciones en la conciencia, lo cual también ocurre en el *realismo ingenuo,* sino que se toma como ente real a cualquier contenido de la conciencia, y no como una imagen de la realidad externa. Las representaciones en la conciencia son cosas reales también. La conciencia es un escenario en el que sus actores y las cosas que aparecen en él son absolutamente reales, están en presencia real. Cuando se piensa en una piedra o en una persona, y se trae a la conciencia sus imágenes, tenemos realmente una piedra o una persona en la mente, con todas sus consecuencias. Este fenómeno lo hemos visto en los sueños. Las imágenes que aparecen en nuestros sueños son vividas como reales. Cuando en nuestros sueños aparece en la conciencia onírica una persona, un animal o un objeto, no son vivenciados como imágenes representativas, sino que nos aparecen con una sensación de realidad. Son entes reales que están allí.

Aparentemente, este fenómeno parece muy extraño y ajeno al pensamiento normal y vigil del adulto, pero no lo es tanto si se tiene en cuenta lo dicho sobre los mecanismos de la percepción y del pensamiento desde el punto de vista de la teoría de las estructuras.

La realidad que aparece en la conciencia es una realidad interpretada, virtual, que solo es una representación mental de la realidad que vemos. (Recuérdese todo lo dicho en el capítulo correspondiente.) De aquí que no tiene nada de extraño esta confusión entre lo interno —representación virtual— y lo externo.

Tenemos que admitir que también en la percepción normal tomamos como si fuera la realidad lo que solo es una representación de ella. Podemos decir que en la percepción normal «reificamos», le damos el carácter de real a lo que solo son representaciones. No es de extrañar que en los niños y en las culturas poco desarrolladas se tome como la misma realidad a todos los contenidos que aparecen en la conciencia. Es decir, se *reifiquen* todos sus contenidos. Solo las estructuras mentales muy desarrolladas podrán establecer una diferenciación entre lo que son aquellos contenidos de la conciencia que correspondan a la realidad externa y aquellos otros que sean solo productos de nuestra imaginación o pensamiento. Las estructuras mágicas confundirán ambos tipos de representaciones. La sensación de certeza con que se viven los contenidos de la conciencia interpretados por nuestras estructuras mágicas, es decir, la certeza de realidad con que se viven nuestras creencias, tienen este mismo origen. El creyente está absolutamente seguro de la existencia de sus dioses porque también está absolutamente convencido de que los contenidos de su conciencia son la misma realidad. O mejor dicho, ni siquiera ha llegado a albergar la duda o pensar en la posibilidad de que sea erróneo. Esta es una de las grandes sorpresas del pensamiento mágico, la *reificación,* la vivencia de realidad con que se viven las representaciones elaboradas por nuestras estructuras mágicas. La *magia* como técnica de control y manejo de la realidad es una consecuencia de esta reificación de los contenidos de la conciencia, puesto que manejar estos conte-

nidos será igual que manipular la propia realidad. Los hombres primitivos hacían maniobras de caza sobre la pintura o la escultura del animal, porque creían que la representación y lo representado eran iguales. La idolatría está basada en este mismo hecho, y no solamente esto, sino que el tomar una teoría de la realidad como si fuera ella misma, como ocurre en todas las creencias de tipo religioso o con las «idolatrías» de las ideologías, como ocurrió con el nazismo o el marxismo, están inspirados en esta propiedad del modo mágico. En el fondo, toda creencia es una idolatría de lo que se cree.

Para comprender en toda su dimensión lo que se está diciendo hay que hacer notar que el sujeto que utiliza su mente mágica, su pensamiento mágico, no tiene conciencia de que lo hace, es decir, no ejerce la autorreflexión, y está seguro de que la representación mental de algo es lo mismo que lo representado, al menos en lo referente a su creencia. O mejor dicho, la representación es tan real, tiene la misma materialidad, por decirlo de alguna manera, que lo representado. Su mente mágica actúa como tal, aunque sea un adulto culto de nuestra sociedad. Como se está repitiendo, cuando se tiene una estructura mágica y esta está activada, funciona exactamente igual que lo hace un niño o un primitivo. Uno se convierte, en este sentido, en un niño o en un primitivo para ese acto concreto, aunque continúe siendo un adulto racional en cualquier otro aspecto. Si el lector intenta comprender este hecho con su mente racional, le será difícil hacerlo, pero se le puede invitar a analizar su propio pensamiento mágico, o el de los demás, para que descubra cuán frecuente es esta confusión. Un simple ejemplo bastará: se evita pronunciar ciertas palabras, como *cáncer,* porque se tiene miedo de que este hecho atraiga esta enfermedad, lo que desde el punto de vista racional no tiene ningún sentido, pero sucede así porque el sujeto está confundiendo el símbolo —la palabra— con lo simbolizado.

Es decir, a la palabra *cáncer* y a la imagen mental de esta enfermedad se las está tomando como si existiera realmente un cáncer en la conciencia; es como si lo atrajera, como si existiera realmente en ella, por lo que pensar en él es lo mismo que tenerlo ya localizado en nuestro cuerpo, lo que produce la consecuente alarma, que resulta completamente incomprensible desde el punto de vista racional.

Una de las características, pues, de este modo mágico es la indiferenciación entre lo externo, lo objetivo y lo interno, los contenidos de la conciencia, por lo que el mundo físico o el mundo de las otras mentes externas están en nuestro interior en el momento en que aparecen en nuestra conciencia. A partir de este modo de trabajar del cerebro se forman estructuras interpretativas que quedan fijadas para toda la vida, aunque el pensamiento del adulto haya adquirido otros modos de procesar la información, como es el modo racional, que va formando estructuras racionales que se añaden a las mágicas. Nuestras estructuras mágicas, una vez formadas, perduran para toda la vida, y conviven con las racionales, y cuando se activan nos convertimos en niños o primitivos sin que seamos conscientes de ello.

Por otro lado, tanto la percepción normal considerada desde la perspectiva que se está estudiando aquí, como el fenómeno del dualismo en el modo mágico, nos ponen de manifiesto que las estructuras representativas tienen una existencia propia, como se explicó en la primera parte del libro. Estas estructuras tienen su cuerpo y su contenido psíquico, es decir, son agrupaciones de neuronas o circuitos reverberantes, un órgano vivo alojado en nuestro cerebro, por lo que no tiene nada de extraño que se comporten como seres reales que viven en nosotros, y que sean tomados como tales en los fenómenos que se están estudiando. La estructura representativa de una persona, o de un ser imaginario, como los dioses o los

demonios, por ejemplo, es una huella mnémica que está implantada en unas neuronas cerebrales, que como tal estructura física tiene una existencia material en el cerebro, que a su vez se comportará con sus propias particularidades en sí, que serán distintas de las del objeto que representan. En el fenómeno del miembro fantasma se vio cómo la estructura representativa seguía existiendo aunque ya el miembro representado hubiera sido amputado. La representación física del difunto continúa viviendo físicamente en el cerebro del deudo después de la muerte de este. Las representaciones mentales son entes reales que existen en nuestro cerebro. Podemos decir que son habitantes de nuestro cerebro, y que emergen en el escenario de la conciencia con existencia propia, comportándose como lo que son, entes reales que viven en nosotros y forman parte de nuestra mente. Son seres reales de nuestro mundo mental, aunque no existan en el mundo externo, en el mundo objetivo.

De aquí que no tiene nada de extraño la persistencia del adualismo en la mente de los niños, de las personas de las culturas poco desarrolladas y de los adultos normales y cultos de nuestra sociedad. Por extraño que nos parezca, las representaciones de la realidad en nuestra conciencia son también reales, entes que existen de por sí, con su dinámica propia relativamente independiente, o que se puede independizar de la de los objetos de la realidad externa que representan. Son entes reales de nuestro mundo interno. En este sentido, el pensamiento mágico no está tan carente de razón cuando afirma la realidad de estos entes. El error consiste en creer que también existen en el mundo objetivo. Estamos habitados por las estructuras representativas del mundo.

Piaget encuentra en sus estudios tres formas de adualismo: 1) Confusión del signo con el significado, por ejemplo: de la palabra y de la cosa que asigna; la palabra y la cosa es lo

mismo: la palabra *cáncer* es un cáncer real. (Desaparece a los siete u ocho años.) 2) Confusión de lo interno y lo externo, es decir, de lo subjetivo y lo objetivo. (Desaparece hacia los nueve o diez años.) 3) Confusión del pensamiento y de la materia, o del pensamiento y de su objeto. El pensamiento está *en* el objeto que elabora y que se representa y no es de ninguna manera independiente del objeto. Es decir, el pensamiento son las operaciones que hacen los objetos de la conciencia entre sí, con independencia del sujeto. Son los objetos los que piensan. (Desaparece hacia los once o doce años.)

Como se ve, la persistencia del adualismo es muy prolongada en la edad. Su desaparición nunca es completa; más bien lo que sucede es que se aprenden otras maneras de trabajar el cerebro, o la mente, si se desea decirlo así. Se aprenden otros modos de trabajar del cerebro, y se desarrollan otras estructuras, como las racionales-discriminatorias, pero la antigua forma mágica, adualista, persiste para siempre como un recurso más que posee el cerebro, y que se activará cada vez que nos enfrentemos con algo nuevo para lo que no tenemos estructuras interpretativas depuradas y bien construidas, o cuando la angustia nos esté desestructurando el mundo en que vivimos, y no sepamos cómo controlarlo, y recurramos a nuestros ancestrales métodos mágicos de control de la realidad.

Por otro lado, hay que considerar que Piaget ha estudiado a niños europeos, que asisten a escuelas europeas herederas de la gran tradición racional iniciada por los griegos. Pero en otras culturas no europeas el modo mágico persiste aun después de la escolarización, puesto que en ellas lo que suele enseñarse son textos escritos en el modo mágico, como son los textos sagrados de todas las religiones. También en las personas analfabetas de nuestra sociedad el pensamiento mágico es mucho más fuerte que en las escolarizadas. El modo mágico y el modo racional siempre están presentes en el hombre. Lo

que varía es la cantidad de uno u otro modo, el desarrollo que hayan alcanzado en una sociedad o individuo concreto. Estructuras mágicas y racionales coexisten en todos los individuos.

El adualismo cognitivo es uno de los pilares del *modo mágico* de trabajo del cerebro, y nos permite comprender cómo se forman las estructuras interpretativas mágicas, que son la base de las creencias, de las simples creencias que se pueden encontrar en las supersticiones, o las grandes construcciones creenciales de las creaciones religiosas de la humanidad, y que una vez fijadas quedan como instrumentos mentales que nos interpretan la realidad de *modo mágico*.

El animismo

El gran psicólogo Ribot ha escrito: «Como consecuencia de una tendencia instintiva, muy conocida, aunque inexplicada, el hombre supone intenciones, voluntad, causalidad, análoga a las suyas, a lo que en derredor suyo obra o reacciona: sus semejantes, los seres vivos y los que por su movimiento simulan la vida (las nubes, los ríos, etc.). Se observa este fenómeno en los niños, los pueblos salvajes, los animales (como en el perro que muerde la pelota que le golpea), aun en el hombre reflexivo cuando, volviendo a ser por un momento un ser instintivo, se encoleriza contra la mesa con la que tropieza».

Edward B. Taylor fue uno de los grandes estudiosos del animismo como forma de expresión de la mente primitiva. Según este autor, el hombre primitivo interpretaba todo el mundo que le rodeaba por analogía con su propio ser. Todas las cosas participaban de su cualidad más evidente, de estar vivo. Los ríos, las montañas, las piedras, los fenómenos naturales, etcétera, eran seres vivos como él mismo, y participaban de

sus mismas cualidades. Poseían voluntad, eran bondadosos o malignos, nacían y morían. La mente primitiva no había descubierto el concepto de «cosa», de lo inanimado, ni sabía qué era el azar, la casualidad. Todo tenía una causa intencional y cargada de afectividad bondadosa o maligna. Si tropezaba con una piedra en el camino, era la piedra la que se había interpuesto en él con la intención de hacerle daño. De todas las cosas emanaba *el espíritu* o *mana,* algo que animaba a las cosas y que les daba vida, y que cuando las cosas, los animales o las personas dejaban de moverse, de estar vivas, salía de ellos, y podía trasladarse a otro lugar, y quizá encarnarse en otros cuerpos, en otros fenómenos.

Gonzalo Puente Ojea da una importancia central al animismo como la causa primaria a partir de la cual surgen las religiones como tal. El animismo, como parte central del pensamiento mágico, juega este papel principal, sobre todo si se tiene en cuenta que no existe pensamiento mágico sin animismo. Este concepto inunda todo lo mágico, y las religiones son profundamente mágicas.

Lo primero que hay que decir del animismo es que no es tan primitivo ni tan irreal como se puede creer. El modo mágico que estamos estudiando crea estructuras mágicas que interpretan la realidad animistamente, y la pueblan de seres vivos invisibles que nos rodean. Todo el mundo percibe sus cosas personales y queridas como seres vivos. Nuestra casa está viva. Basta que faltemos unos días de ella para que, cuando regresemos, sintamos como si estuviera menos viva. Y con mucha mayor fuerza tenemos esta vivencia cuando hemos dejado de vivir en ella. Al visitarla de nuevo, nos encontraremos como si nos quisiera rechazar, como si fuera un ser que nos está reprochando el haberla abandonado, e incluso podemos sentir su amenaza. Lo mismo pasa con nuestro automóvil, con nuestra ropa, o con tantas cosas inanimadas que, sin que sea-

mos conscientes de ello, porque en nuestra sociedad presuntamente instalada en el pensamiento racional está prohibido tener o expresar tales pensamientos, las vivenciamos como algo vivo y nos comunicamos calladamente con ellas como si se tratara de nuestras amigas, de nuestras compañeras, o como nuestras enemigas o esclavas. Solo los poetas se atreven a decir la verdad de lo que siente la mente humana, y no tienen pudor en expresar el animismo con que se vive nuestro mundo íntimo y personal. El animismo, sutilmente, es un hecho normal de la psicología de todas las personas, porque realmente las cosas que nos rodean pueden estar vivas para nosotros siempre que utilicemos para comunicarnos con ellas las estructuras mágicas.

Por otro lado, el pensamiento animista puede estar basado en certeras observaciones de lo que realmente pasa en la realidad. Cuando el cerebro emplea la analogía para hacer las computaciones, esto no significa que se esté dejando a un lado la inteligencia o la capacidad de observación. Muy al contrario. La analogía empleada en el modo mágico es solo una manera de trabajar el cerebro y de expresar las interpretaciones que se hagan; por ello, los mitos, los sueños y las deducciones analógicas suelen contener grandes observaciones sobre la realidad entremezcladas con pura fantasía y expresadas en un lenguaje simbólico muy distinto del racional. Los mitos suelen ser observaciones muy certeras sobre la realidad, y contienen en su lenguaje simbólico una gran sabiduría, lo que explica, entre otras cosas, su persistencia a lo largo de los tiempos.

Este es el caso del animismo, que parte de una acertada observación de los hechos. Los hombres primitivos observaron, como también lo hacemos nosotros, que el mundo que nos rodea está «animado». De las cosas se desprende algo que no son ellas mismas. La piedra en movimiento es algo que va de un lado a otro, como si estuviera viva, hace ruido y cuando

cae puede romper una rama, o matar a un animal o a un hombre, o simplemente causarle dolor. La piedra en movimiento ha adquirido unas propiedades que le asemejan a un ser vivo, sobre todo porque estas propiedades no las posee la piedra cuando está en reposo, y desaparecen cuando vuelve a este estado, cuando está «muerta». Hasta hace relativamente poco, Leibniz denominaba así a las fuerzas ejercidas por un cuerpo en movimiento; a la fuerza de inercia se le llamaba «fuerza viva». También nuestro automóvil tiene unas propiedades muy distintas cuando está funcionando a cuando está parado, o nuestro disco sonoro está «muerto» cuando no es puesto en el tocadiscos y emerge de él el sonido.

De acuerdo con la teoría básica en la que se apoya este ensayo, la teoría de los sistemas y de la emergencia, la observación primitiva de que todo está animado tiene una base de observación acertada. De los sistemas en movimiento emergen sus propiedades, que son distintas por completo a la materialidad del sistema, y que desaparecen cuando este deja de estar en actividad. Puede que la relación que existe entre la observación animista y la teoría de la emergencia sea la causa del rechazo que esta teoría suele tener en algunos medios científicos, o la dificultad para comprenderla cuando se acerca uno a ella por primera vez, porque de alguna manera «huele a animismo», lo que produce el rechazo de caer en el «abismo del misticismo», al que tanta «alergia» tienen los científicos.

Quizá la observación fundamental que hicieron los pueblos animistas, y que por su gran impacto afectivo sea la que tuvo mayores consecuencias, fuera la de la muerte de los seres humanos. De pronto, un cuerpo de un igual que se movía, que hablaba, que miraba, que acariciaba, que podía ser amigo o enemigo, dejaba de tener todas estas cualidades para pasar a ser un cuerpo inerte, sin vida. Si se trataba de un ser amigo con el que uno se encontraba en compañía, el cuerpo inerte

del muerto le dejaba con una profunda sensación de soledad, se había convertido en algo extraño al que le faltaba lo esencial, lo que le daba vida. Es evidente que se debió pensar, y casi toda la humanidad continúa pensando lo mismo en la actualidad, que estas cualidades no habían podido ser reducidas a la nada y que deberían estar en otro lado. El espíritu era lo que animaba al cuerpo, y se había marchado de él. Por analogía, lo mismo le había ocurrido a la piedra cuando dejaba de moverse. El espíritu, el *mana,* era algo universal, que animaba a todas las cosas.

La observación era correcta, solo que expresada desde el modo mágico. Podemos decir que el animismo es la misma teoría de los sistemas y de la emergencia formulada desde el modo mágico. Aquí se puede ver nítidamente cómo un mismo hecho puede ser comprendido y expresado de una manera muy distinta según qué modo emplee el cerebro para hacer las asociaciones entre las estructuras. La sorprendente teoría de los sistemas y de la emergencia, que tan magníficamente explica los fenómenos que ocurren en la realidad, dejó de ser comprendida a partir de la formación de la mente racional, puesto que el hecho de que emergieran de las cosas propiedades no sospechadas e inéditas desde el análisis de su composición significaba un fracaso de la presunción de la mente racional de que todo puede ser comprendido a partir de las leyes que regulan los hechos.

En la teoría de la emergencia aparece un factor aleatorio que contradice esta pretensión, puesto que no podemos deducir siempre por el estudio de los sistemas cuáles van a ser las propiedades que emerjan de ellos. Existe un principio de indeterminación que no está cubierto por las leyes de la lógica y, en principio, todo es posible, como asegura el pensamiento mágico. El mundo está lleno de sorpresas impredecibles, que van surgiendo cada vez que se forman nuevos sistemas, lo

que ocurre en todo momento, ya sean estos sistemas materiales o sistemas formados por la unión de personas entre sí. El mundo es más mágico de lo que pretende el pensamiento racional, y las culturas primitivas están más cerca de la realidad que nosotros con la pretensión de que todo está sometido a las leyes de la lógica y es predecible. Por cierto que este horror al azar del pensamiento racional, y que se manifiesta en la pretensión de la ciencia física, por ejemplo, es, paradójicamente, nada más que una reminiscencia del pensamiento mágico, que no sabe nada de la casualidad, sino que cree que todo se debe a alguna causa, a alguna determinación oculta de alguien. Esta exigencia de que las cosas tengan siempre una explicación, un motivo basado en las relaciones humanas y que no sean el producto de una serie de coincidencias reunidas al azar, también se infiltra en algunas doctrinas psicológicas, como el psicoanálisis, que pretende encontrar siempre en las relaciones humanas una explicación de lo que sucede, cuando muchas veces no existe tal explicación. El horror mágico al azar está presente en esta pretensión y se infiltra en el modo racional.

Pero existen otras razones más profundas vinculadas al modo mágico de tratar la información, que nos sirven para comprender mejor el fenómeno del animismo. La *indisociación,* y su consecuencia, el *adualismo,* son las causas psicológicas profundas del animismo. El adualismo hace que la persona, sus representaciones y el mundo externo sean interpretados como una unidad. No existe distinción entre estos entes. Lo interno y lo externo son la misma cosa. Se establece una comunidad realmente sentida, una unidad entre lo interno y lo externo, de tal manera que los árboles, los ríos, las nubes, los animales, los otros hombres, etc., son una parte de la propia persona que los ve o que los piensa, de la misma manera que lo son sus miembros, sus manos, sus pensamien-

tos, sus afectos, sus dolores, y el sujeto a su vez se siente una parte de todo lo que le rodea. En el animismo la persona se siente formando parte de todo, como si se tratara de una tupida red invisible que todo lo une. Todo está unido con todo. Sujeto y objeto se funden. En el animismo no se siente la separación de la individualidad, tan propia del modo racional, sino que no existe una auténtica dicotomía entre el individuo y lo que le rodea. Y, a su vez, el mundo no es un conjunto de cosas o de seres separados, sino que todo es parte de todo. No existen límites precisos entre las cosas, que aparecen sin fronteras bien definidas. El pensamiento mágico es difuso, nebuloso, muy lejos de la pretensión geométrica del pensamiento racional. Esta característica la vamos a encontrar cada vez que alguien emplee el modo mágico, aunque su empleo sea en una pretendida teoría científica o racional. Por estar todo interrelacionado, para el pensamiento animista la rama del árbol que cae a causa del viento y hiere a alguien no es vista como un hecho separado de lo que le está pasando a él, sino como algo íntimamente relacionado con su vida, lo que da lugar a la creencia de que la caída de la rama o el viento no son hechos casuales, sino que tienen una intencionalidad, son la manifestación de un ser malévolo o bondadoso. También por estar todo interrelacionado y no tener sus contornos bien definidos, la rama o el viento pueden no ser solo eso, sino una transformación de otra cosa. Todo puede transformarse en todo. Algo puede ser una cosa y otra a la vez, tener una forma y muchas otras, estar en un lugar y en otro al mismo tiempo, desplazarse de forma simultánea en varias direcciones y hacerlo instantáneamente, sin consumo de tiempo.

Y todo ello ocurre a causa del fenómeno del adualismo, por el que los contenidos de la conciencia son tomados como auténticamente reales, y de la misma manera que nosotros podemos desplazarnos con la imaginación a la distancia que

queramos instantáneamente, o podemos pensar lo que queramos, cambiando la identidad de las cosas o haciendo que una misma cosa tenga múltiples identidades, así también cree que ocurre con la realidad la persona que está usando el modo mágico.

El gran antropólogo Lévy-Bruhl afirmaba que lo característico de la mentalidad primitiva era la *participación,* lo que a su vez es también una consecuencia *del* adualismo. El mundo mágico está formado por una red de cosas estrechamente intercomunicadas, en la que todo participa de todo. Para los primitivos, tanto el sujeto como lo que le rodea son manifestaciones de un solo *mana* o espíritu, por lo que todo se comunica entre sí como miembros de una misma realidad. De aquí que los seres humanos, los animales, los vegetales y las cosas inanimadas sean intercambiables. Lo que pasa en uno también influye en el otro, sin tener en cuenta las leyes lógicas que imponen limitaciones. A consecuencia del adualismo, las representaciones del mundo en la conciencia son tomadas como la misma realidad, que aparece como un todo estrechamente intercomunicado, y que se puede manejar sin que exista la necesidad de atenerse al choque con la realidad externa. Esta capacidad de manejo es lo que da la impresión de que todo está estrechamente intercomunicado, porque basta que imaginemos algo para que suceda y trastoque todo lo que estamos imaginando. Se trata, ya se insistió en ello, del mismo fenómeno que ocurre en los sueños y en la mente del niño.

Para la niña que juega con sus muñecas, estas están vivas, tienen sentimientos, hablan y se siente realmente acompañada por ellas. Lo mismo hace cualquier niño con sus juguetes: los trata como seres vivos semejantes a él. El niño vive en un mundo mágico en el que él se encuentra completamente integrado. Se siente formando parte íntima del mundo, y, hasta cierto punto, todo lo que sucede está referido a él y está rela-

cionado con su mundo de afectos y de apetencias. Este mundo se ve perfectamente reflejado en los cuentos infantiles, que por esta causa producen una profunda fascinación en los niños. Suele decirse que se trata de fantasías infantiles, pero se trata realmente de una manera de estar en la realidad, algo mucho más profundo que la fantasía, en la que se tiene siempre presente que se trata de una falsificación de la realidad. En el modo mágico, el mundo animado y participativo es vivido como real, sin que exista conciencia de que se lo está falseando.

Es sorprendente que las estructuras patológicas de los enfermos mentales estén formadas en gran parte por el modo mágico. En los delirios de los esquizofrénicos, y mucho más en lo paranoide, el mundo se llena de intenciones, se hace animista, y siempre se refiere al propio enfermo. Un enfermo puede creerse el centro del Universo, y que todo gira alrededor de él. Otro cree que la sociedad entera está pendiente de él, que el Estado le pone espías que le siguen por la calle, o aparatos, como micrófonos o cámaras de vídeo, que le observan en todo momento. Para muchos delirantes, el mundo se convierte en una tupida red de relaciones en las que él mismo es una parte central, de igual forma que ocurre en el pensamiento mágico. En los estados o reacciones paranoides, o en la esquizofrenia, así como en muchos trastornos graves de la vida psíquica, el aprendido modo racional se derrumba, apareciendo en su plenitud el modo mágico con su aspecto animista y de confusión de la realidad con los contenidos de la conciencia, que son tomados por el delirante con un sentido absoluto de realidad, lo mismo que los niños, los pueblos primitivos o los simples creyentes en cualquier doctrina. Pero no solo nos encontramos el animismo y su ley de la participación en las enfermedades graves, sino que las simples estructuras neuróticas que puede tener cualquier persona normal están

basadas en un animismo realmente grosero (Charles Odier, *La angustia y el pensamiento mágico,* 1961). Por ejemplo, alguien puede pensar que es una persona con mala suerte y angustiarse ante cualquier oportunidad, sea esta un viaje, hacer un examen o buscar trabajo. Piensa que, cuando va de vacaciones, llueve, o que, cuando viaja, se estropea el coche, u ocurren catástrofes naturales. Se siente como perseguida por algo. Sin darse cuenta, está usando unas estructuras mágicas que le interpretan la realidad de una manera animista y participativa, en la que cree que todo está interrelacionado. Su viaje está íntimamente relacionado con el movimiento de las nubes, que saben dónde va a ir y se preparan para descargar el agua en ese lugar, o también está dando por sentado que su coche sabe que se va a ir de viaje y tiene la maldad de estropearse, o que la Tierra está pendiente de lo que hace para provocar catástrofes. De igual manera se puede razonar para aquella persona que cree que tiene suerte, y que la realidad entera está pendiente de ella para que todo le salga bien.

Desde el punto de vista racional no es posible que nadie piense estas cosas, que por lo demás es tan corriente oírlas. No existe nada que, saliendo de la persona que se cree con mala o con buena suerte, sea capaz de atraer a las nubes y provocar la lluvia, o hacer que el coche se estropee, y menos aún que provoque catástrofes, o que haga que salga el sol o que mueva las bolas de la lotería a su favor. Pero si el cerebro de estas personas está usando estructuras mágicas aprendidas del medio cultural, su mente verá la realidad como algo en lo que todo está relacionado, estrechamente vinculado a ella y que participa de su misma naturaleza viva, con intenciones y capacidad de hacer mal o bien. Sin que sea consciente de ello, está viviendo en un mundo mágico, en el que no se tienen en cuenta para nada las leyes de la lógica, y en el que no existe el tiempo ni el espacio, ni el principio de contradicción. Para el que

piensa que es una persona con mala suerte, o buena, el mundo es algo profusamente interrelacionado en el que las cosas son equivalentes e intercambiables entre sí. Se siente el centro del Universo, puesto que todo está pendiente de hacerle daño o causarle beneficio, y supone que todas las cosas son animadas, exactamente como piensan en las culturas primitivas, o los niños. Para la persona instalada en el modo racional, las nubes o el coche son cosas absolutamente independientes de ella, sin vida propia, y mucho menos con sentimientos y voluntad. Pero para la mente mágica el mundo está formado por cosas muy próximas y vivas. En el pensamiento mágico nos sentimos acompañados de toda la realidad que nos rodea, como ocurre en los sueños y en la fantasía.

LA MAGIA

Una de las consecuencias más fascinantes del modo mágico es la *magia.* La magia es una técnica de control y manejo de la realidad que se deriva del modo mágico de trabajar el cerebro. La finalidad vital de todo conocimiento es el control y manejo de la realidad, por lo que cada uno de los modos de trabajo del cerebro tendrá su aspecto práctico, su técnica, su *techné* o arte de control o manejo. El modo animal tiene su técnica para controlar y manejar la realidad. Los instintos facilitan a los animales y al hombre maneras de interpretar la realidad que les permiten saber cómo es esta y cómo moverse en ella para huir de sus peligros, para alimentarse, y para desarrollar sus vidas en todos los aspectos. El modo mágico también tiene su técnica, de la misma manera que la posee el modo racional. Nuestra tecnología actual es el resultado de la técnica del modo racional. La técnica derivada de la ciencia —la magia del hombre blanco, como suelen denominarla los

pueblos de otras culturas— está basada en el uso de las leyes de la lógica y la comprobación experimental de las hipótesis y teorías elaboradas siguiendo estas leyes. Evidentemente, la técnica lógico-científica ha obtenido unos increíbles resultados, pero cuando esta no existe, porque aún no se ha desarrollado el modo racional, o cuando se muestra impotente para resolver nuestros problemas, tiene que existir otra técnica que nos permita controlar la realidad, o al menos tener la impresión de que la manejamos.

Mediante el modo mágico, el ser humano se instala en una realidad muy distinta, radicalmente distinta de la del animal, y también en gran medida muy diferente de la del modo racional. Los animales están instalados en una realidad dada por sus instintos, que son estructuras interpretativas fijadas a través de la evolución y muy eficaces para desarrollar el cometido de sus vidas, pero que hacen que el animal viva en un mundo cerrado, solo supeditado a aquello que sus estructuras interpretativas fijas le permiten. En el modo mágico, la visión del mundo nace de la manera peculiar de trabajar del cerebro mediante la analogía y la indiferenciación. Estas dos peculiaridades nos instalan en una realidad en la que lo semejante, lo que comparte alguna cualidad en común, o lo que coincide en el tiempo o espacio, es la misma cosa, o se ha «contagiado» de sus propiedades, y en la que las representaciones de la realidad que aparecen en nuestra conciencia son también cosas reales.

Estas peculiaridades básicas dan lugar al nacimiento de una técnica de control y manejo muy distinta a las propias del mundo animal, y también muy extrañas a las que aparecen en el modo racional. La realidad mágica está íntimamente ligada al sujeto: todo el mundo gira alrededor de él, está referido a él, puesto que la indiferenciación entre el mundo externo y el interno hace que el mundo objetivo propio del modo lógico no

exista realmente. Y este hecho viene reforzado por la indisociación entre lo afectivo y lo cognitivo: cualquier deseo o afecto intenso puede cambiar las representaciones de nuestra conciencia, con lo que para el modo mágico significará un cambio en la realidad del mundo. Estas características generales de la realidad en las que se instala el modo mágico nos permiten comprender cómo opera la magia.

¿Cómo actúa la técnica mágica, la magia? Lo primero que hay que decir es que se trata de una técnica de una absoluta eficacia subjetiva. Es posible hacerlo todo con ella, y nunca defrauda, porque el pensamiento mágico carece del principio de falsación (Popper), por lo que los fracasos son vividos como falta de técnica por nuestra parte, por no haber hecho lo correcto o porque los seres superiores así lo han querido; no hemos cumplido con los ritos adecuadamente, hemos sido pecadores, es la voluntad de los dioses, así está escrito que sucediera, etc. En la magia, como en los sueños o en la fantasía, todo es posible, porque basta con manejar los contenidos de nuestra conciencia para que la realidad cambie.

La técnica mágica es posible porque en el modo mágico los contenidos de la conciencia son tomados como reales, están reificados, por lo que controlándolos o manejándolos habremos hecho lo mismo con la realidad externa. Se podrían poner múltiples ejemplos de cómo este hecho psicológico ha sido tenido en cuenta y manejado por los magos, brujos y chamanes de todas las culturas. Los polinésicos aplican un principio a partir del cual se fundamenta toda su visión de la vida. Este principio llamado de Huna afirma que «el mundo es lo que se cree», o dicho de otra manera: «nosotros creamos nuestra propia realidad». Para los chamanes, según se refiere en el libro *El viaje del chamán,* de Serge King, la realidad se crea realmente con el pensamiento: «Para nosotros, los chamanes, no solo significa atraer la experiencia con nuestro pen-

samiento, sino verdaderamente crear realidades. Con nuestros supuestos, actitudes y expectativas, hacemos que las cosas sean posibles o imposibles, reales o irreales. En otras palabras, cambiando el marco de la mente podemos hacer cosas ordinarias y no ordinarias en la misma dimensión física que compartimos con todos los demás».

En todos los libros de brujerías o de chamanismo se pueden leer los mismos fundamentos que coinciden con los descubrimientos de Piaget en la mente de los niños, y que podemos comprobar en cualquiera de nosotros cuando activamos una de nuestras estructuras mágicas, como se ha escrito en varias ocasiones a través del texto. Lo que describen los chamanes es completamente cierto si se tiene en cuenta que no es la realidad externa la que cambia, sino lo que nuestro cerebro toma como tal. Otra cosa es lo que ocurre con nuestra mente, que sí se transforma realmente al cambiar nuestras estructuras, como se está sosteniendo en este trabajo. Y también hay que expresar que la realidad física de nuestro cuerpo puede transformarse al variar nuestras estructuras, no solo las cerebrales, sino las del propio cuerpo, por lo que la cura chamánica, o de la brujería y curanderos, puede ser realmente eficaz, así como la producción de enfermedades e incluso la muerte mediante el influjo del brujo.

Las consecuencias de estos hechos son tremendas. Bastará influir en estos contenidos de la conciencia para que la realidad se modifique. De esta manera, el hombre se convierte en un mago, alguien investido con los poderes de hacer que la realidad le obedezca y se pliegue según sus deseos y conveniencia. Realmente, como se está viendo, este oficio de mago no lo inventa el hombre adulto, sino que es una consecuencia directa del modo mágico. En los sueños, la realidad se presenta plástica, amoldándose a lo que se siente o piensa. El mismo mecanismo analógico de formarse las estructuras ya de por sí

produce estas consecuencias. Muchos autores han visto en los sueños una expresión de los deseos, dándole el mismo papel que a la fantasía. Por este mismo motivo, los niños son los primeros magos, porque con su pensamiento están amoldando la realidad a sus deseos o a sus temores. Hay que referirse una vez más a la literatura infantil para comprender en su verdadera importancia los hechos que estamos refiriendo. En ellos, la realidad se transforma bajo los deseos de los magos buenos o de los malos. Las brujas, las hadas, etc., están dotadas de este poder. El niño queda fascinado por estos relatos porque le hablan de su propio mundo, de lo que él vive en su interior mental. La familia y la escuela le someten a una manera de pensar desprovista del encanto que tiene el pensamiento mágico, sobre todo porque se les enseña el postulado básico del modo racional, que la realidad es objetiva, independiente de nosotros, y que con ella van a estar chocando en cada momento, y también que la realidad en la que se intenta que viva el niño no es plástica ni moldeable a su voluntad, y carece de esa atmósfera afectiva que tiene cuando es vista desde el modo mágico, aunque este aspecto no es siempre positivo. Tanto el niño como los pueblos primitivos viven en una realidad mágica llena de afectividad positiva y negativa. Y las figuras o los hechos aparecen rodeados por esta afectividad, están dotados también de omnipotencia, son capaces, como el mismo niño, de hacer cualquier cosa, sin límites. Les pueden convertir en cerdos, o en ángeles, transportarles a la Luna o a los infiernos. Es un mundo de transformaciones, donde todo lo bueno y todo lo malo es posible.

De aquí que el modo mágico lleve necesariamente aparejada la magia, que resulta ser una consecuencia del modo de trabajar el cerebro, y no simplemente una técnica aprendida. Lo que sí es una técnica, una *techné,* un arte en el sentido griego, que hay que aprender, es cómo se administra este po-

der mágico, qué hay que hacer para que resulte «eficaz», al menos a los ojos de aquellos que intentan poner a la realidad de su parte. De este arte, de esta técnica se han encargado en todos los tiempos los brujos, los chamanes, los echadores de cartas, los curanderos y los sacerdotes de todas las culturas y lugares.

De todo ello se deduce que la magia es una consecuencia directa del adualismo y de todas las otras cualidades del modo mágico. Si la realidad es lo que aparece en mi conciencia, si la realidad son mis representaciones, podré cambiarlas modificando estas. Solo hace falta elaborar las técnicas adecuadas que garanticen su eficacia.

La omnipotencia de los contenidos de la conciencia y del mago

Tanto en la psicología de los niños como en la de las culturas poco evolucionadas y en las creencias en general nos encontramos con que muchos de los contenidos de la conciencia están revestidos de una potencia absoluta. Son capaces de todo. Cuando aparece en esta conciencia un personaje maléfico, su capacidad para el mal y la destrucción no tiene límites. Lo mismo ocurre cuando se trata de un personaje benéfico. Nos puede curar de cualquier enfermedad, librarnos de la muerte o transportarnos a cualquier lugar instantáneamente y sin esfuerzo. Los seres mitológicos están revestidos de esta capacidad omnipotente. Los dioses o los demonios poseen estas propiedades, lo mismo que los personajes de los sueños o de los cuentos infantiles. También nos los encontramos en el contenido de los delirios de los enfermos psiquiátricos, y en general en todos aquellos casos en los que el cerebro está funcionando en el modo mágico a causa de cualquier emoción

fuerte o de una patología en la que se vuelve a modos más simples de trabajar. Por ejemplo, las mismas estructuras neuróticas, en el sentido de ser estructuras con gran capacidad de activar la angustia, suelen revestir a los que las activan con una omnipotencia mágica; si la estructura neurótica se activa ante la presencia de un animal, o de los lugares abiertos o cerrados, etc., el carácter fóbico de la experiencia, el atroz miedo que experimentan, es vivenciado como si lo que produjera la angustia estuviera dotado de poderes sobrehumanos.

¿De dónde proviene esta omnipotencia? Parece que hay tres fuentes de las que se puede derivar esta omnipotencia, que en gran parte es verdadera, como veremos más adelante. La primera de ellas ha sido ya comentada. Se trata de la capacidad que le otorga el *adualismo* y la *reificación* de los contenidos de la conciencia. Si estos contenidos son reales, es decir, no son imágenes de la realidad, sino la realidad misma, su capacidad para modificarla y para hacer lo que desee con esta supuesta realidad será tan grande como se quiera: se pueden convertir las personas en animales, los árboles en personas, mover montañas, desplazarse instantáneamente a grandes distancias, etc. Sobre estos aspectos ya se ha insistido en varias ocasiones. La segunda, por la que los contenidos de la conciencia mágica son poderosos, es la *indisociación.* Las estructuras no están suficientemente diferenciadas en sus distintos componentes —cognitivo, afectivo, motor y somático—, por lo que cualquier activación de uno de ellos significa también la activación de los otros: las cogniciones producen grandes emociones, alteraciones motoras y, sobre todo, una gran repercusión somática, lo que da lugar a las curas chamánicas, brujeriles, etc., a las que antes se hizo referencia, y también a las enfermedades y muerte psicógena. Y la tercera causa de la omnipotencia hay que buscarla en la proximidad del modo mágico de trabajar del cerebro al modo animal.

Como consecuencia de la indisociación entre los componentes de las estructuras, la fuerza de lo instintivo es incorporada por las estructuras mágicas. Lo mágico y lo animal se presentan como un todo. Los niños se sienten completamente vinculados a la naturaleza. En las fantasías infantiles, los animales juegan un papel central. Los cuentos para niños son aceptados por estos con gran entendimiento porque reproducen su mundo mágico, en el que las personas se convierten en animales, y todas las potencias benéficas o maléficas están en relación con las características de los animales: el lobo es malo, los cervatillos son buenos, etc. Los niños perciben a los animales como a unos iguales, y los pueblos primitivos se confunden a sí mismos con lo animal. Las culturas totémicas afirman el parentesco humano y animal. El sentido de lo pagano está en relación con su vinculación con la naturaleza, con los ciclos vitales, a sentirse parte indiferenciada con lo animal. Las brujas y sus ritos están en íntima relación con lo animal. La sexualidad e incluso los ritos con sacrificios de animales o humanos hablan de una irrupción de lo animal en estos actos mágicos. Y todo ello por no hablar de lo que hay de rito mágico y animal en las guerras, en las luchas tribales, en los conflictos entre territorios culturales o nacionales. ¡Cuánto hay de animal y de mágico en el terrorismo de todo tipo! O en otros tipos de violencia, como la violación, el crimen, etc. Todo esto quiere decir que lo mágico, lo creencial, religa fuertemente lo animal dentro de sí, tanto lo afectivo como las pautas de comportamiento, los instintos. Ambas cosas son origen de la gran seducción y la gran fuerza del modo mágico, puesto que las pautas de conducta instintivas son nuestras guías supremas y bastante seguras para vivir, sobre todo el instinto sexual y de defensa/agresión.

Pero lo que más seduce de todo es lo afectivo. Como ya se estudió en la parte relativa al modo animal, la vida gira alre-

dedor de dos ejes afectivos básicos: el deseo de vivir, representado por el *ánimo,* y el miedo a la muerte, representado por la *angustia.* Si las estructuras del modo mágico son indiferenciadas, y las funciones anímicas y angustiosas forman parte de ellas, podremos suponer que producirán una fuerte activación de estas estructuras afectivas. En efecto, tanto los estudios de los niños como los de las culturas poco desarrolladas, así como el estudio de las estructuras mágicas de las culturas desarrolladas, ponen de manifiesto que existe una muy profunda vinculación entre ellas y lo afectivo, sobre todo el ánimo y la angustia. La creencia mágica en los dioses, tanto los bondadosos como los malignos, o sus equivalentes en las religiones monoteístas, Dios y el diablo, son estructuras interpretativas que estimulan poderosamente el ánimo o producen gran angustia. El creyente cree perder el sentido de la vida si le falta el soporte de su creencia. «Si no creyera en Dios, la vida dejaría de tener sentido para mí.» Y, por otro lado, el terror profundo que produce la creencia en lo demoníaco, de consecuencias tan nefastas en la historia de los pueblos.

Sabemos que lo que nos quiere decir el creyente es que la estructura representativa de Dios le es necesaria para estimular su ánimo y para calmar la angustia, y, si le faltara, sentiría que el sinsentido de la existencia le invadiría, se apoderaría de él un estado depresivo y de desesperanza. Esto mismo se puede decir desde el punto de vista psicológico para cualquier clase de creencia, incluidas las sectarias y las políticas, e incluso muchas estructuras de tipo exclusivamente personal, como lo que sucede en aquellas personas que desarrollan unas estructuras en las que el dinero, la fama, etc., estimulan poderosamente el ánimo y se convierten en las «dadoras de sentido», de tal manera que parece que sin estas cosas no es posible vivir. Estas estructuras adquieren el *poder mágico* de estimular el ánimo. Pero también existen estructuras que pueden inhi-

bir el ánimo, o producir o quitar la angustia, o cualquier otra información primigenia implantada en nuestro cerebro.

Estos hechos nos permiten comprender la fuerza de nuestros dioses, de cómo los seres humanos quedamos en poder de las figuras creadas por nuestro modo mágico, porque realmente están dotadas de una gran fuerza sobre nuestras mentes y sobre la realidad que nos rodea, puesto que asimismo están dotadas de la capacidad omnipotente de modificarla, ya que la realidad representada y la objetiva se confunden en lo mágico. Por otro lado, también podemos comprender la fuerza de nuestras estructuras mentales, tanto las sanas como las enfermas. Existirán estructuras que nos elevan el estado de ánimo y que nos quitan la angustia de una manera poderosa, como también existirán estructuras neuróticas que inhiban el ánimo y que nos activen la angustia, pero todo ello revestido de la omnipotencia mágica, lo que explica la sensación que tiene la persona que ha desarrollado tales estructuras de estar realmente poseída de algo contra lo que no le es posible luchar.

Las técnicas mágicas: magia directa y magia indirecta

Existe una forma primaria de técnica mágica de control y manejo de la realidad, *la magia directa,* y otra más sofisticada, *la magia indirecta,* que aparece cuando ya se ha desarrollado en gran parte el modo racional, es decir, cuando el ser humano está utilizando una mezcla de modo animal, mágico y racional.

La primera de las formas, *la magia directa,* consiste en el ejercicio directo de la magia mediante la manipulación de las cosas siguiendo las leyes de la semejanza y de la coincidencia en el tiempo y en el espacio. Ya fue descrita por los antropólo-

gos, como Frazer, con los nombres de *magia homeopática* y *magia contaminante.* Este autor describe en su monumental estudio de las costumbres mágicas de los pueblos, *La rama dorada,* que todas las culturas emplean estos dos tipos de magia directa basada en la aceptación de que lo semejante produce lo semejante, o que los efectos semejan a sus causas, y que las cosas que una vez estuvieron en contacto o han coincidido en el tiempo se influyen recíprocamente a distancia, aun después de haber sido cortado todo contacto físico. Por ello, hacer algo sobre una figura que se le parezca tendrá los mismos efectos que si lo hiciera en lo representado; actuar sobre una estatuilla de barro de una persona es lo mismo que hacerlo sobre esta. Se pueden poner miles de ejemplos de estos hechos recogidos por los etnólogos. Un maleficio malayo citado por Frazer en la referida obra nos puede servir para ejemplarizar la magia homeopática y la contaminante: se recogen recortes de uñas, pelos, pestañas, algo de saliva y otras cosas parecidas de la futura víctima, suficientes para representar las diversas partes de su persona; después se hace, con todo eso y cera de una colmena abandonada, una figura semejante a ella, que se tuesta lentamente sobre una lámpara durante siete noches mientras se dice: «No es cera esto que estoy socarrando; es el hígado, el corazón y el bazo de fulano de tal lo que socarro».

Después de transcurrir la séptima noche, se quema del todo la figura; la víctima morirá. La magia homeopática o semejante está presente, puesto que se fabrica una figura parecida, y la magia contaminante también se ejerce porque las partes que se recogen estuvieron en contacto con la víctima.

Ya se ha estudiado el fundamento psicológico de estos fenómenos, que no son otros que la indisociación, y sus consecuencias, de los contenidos de la conciencia. Los hechiceros, curanderos y chamanes usan continuamente estos principios para ejercer su magia. Esta magia elemental suele desaparecer

en el momento que se extiende el uso del modo racional, aunque no está desterrada por completo, sobre todo en la vida cotidiana de cualquier persona, que huye de estar en el lugar o en el tiempo en el que le sucedió algo desagradable, o de usar cosas que le recuerden en algún aspecto un suceso adverso, o lo contrario, busca analogías para atraer la suerte en la vida o en el juego.

Pero existe una técnica mágica más sofisticada que convive con el modo racional, y que es la que se encuentra en las grandes construcciones religiosas de la humanidad, en las grandes religiones surgidas en un estadio mucho más avanzado de la evolución de la mente humana, como el politeísmo de nuestro mundo clásico, el hinduismo, el budismo, el judaísmo y sus derivados monoteístas, el cristianismo y el mahometanismo, así como las formas religiosas de la cultura china.

Esta técnica mágica mucho más sofisticada no se ejerce directamente, no es un ser humano quien con sus poderes puede hacerlo, sino que se ejerce indirectamente mediante el poder de seres superiores que sí poseen estas propiedades. Para ello, se crean seres de poder omnímodo sobre la realidad. Si uno no es capaz de dominar el rayo, de traer la lluvia o de aplacarla, de curar la enfermedad o de ahuyentar la muerte, sí podemos hacer que otro ser pueda hacerlo: nacen los dioses. Estos son engendrados por el mismo modo mágico de trabajar el cerebro que la magia directa y primitiva, por la indisociación, el adualismo y la reificación de los contenidos de la conciencia. Como se ha descrito en el apartado anterior, las estructuras mágicas son vivenciadas como poseedoras de omnipotencia, por lo que fácilmente podemos crear con nuestra fantasía figuras que se nos presentan con estas características, sobre todo si se tiene en cuenta que el modo mágico se da tanto en los niños como en los pueblos primitivos, es decir, en estadios de poca evolución en la autonomía, por lo que la

figura de la madre y del padre es vista como revestida de omnipotencia, como dadora de la vida y de la protección. Los dioses arrastran estas cualidades de los seres maternos y paternos interpretadas por el modo mágico, cosa que podemos comprobar en cualquier religión.

A partir de aquí, la realidad, el mundo, se llena de seres fantásticos que son tomados como reales, y, hay que admitirlo, son reales en cuanto que «viven» en nuestro cerebro, tienen una estructura representativa en él y presentan realmente una fuerza superior al estar religados a las grandes tendencias primigenias que existen en nosotros, la afectividad y los instintos.

Qué duda cabe de que no todos los hombres siguen el modo mágico para descubrir la realidad de los dioses, aunque crean en ellos. Solo los creadores de las religiones han hecho tales deducciones mágicas. Los demás lo hemos aprendido. Mediante la educación religiosa se nos van formando estructuras interpretativas que usamos durante toda nuestra vida, aunque nos introduzcamos posteriormente en el pensamiento racional. Cada vez que las activemos, nuestra interpretación de la realidad será mágica, llena de dioses, de demonios, de ángeles, y quedaremos instalados en una visión mágica de la realidad donde se nos dan «resueltos» los grandes problemas de la existencia.

En esta magia desarrollada, el poder sobre la realidad no se ejerce directamente, sino mediante estos seres poderosos creados por nuestro modo mágico. Si no llueve, nos sentimos amenazados de muerte, o queremos el bien o el mal para alguien, basta con rogarle al dios por medio de ritos bien establecidos que lo haga.

De esta manera adquirimos un poder indirecto sobre la realidad, que nos permite controlarla y manejarla a nuestro favor. Esta *magia indirecta* resulta mucho más sofisticada que la

practicada por los hechiceros, brujos o chamanes, y perfectamente compatible con el modo racional, puesto que siempre existirán sobradas razones para justificar la existencia de seres superiores a nosotros que nos protejan y nos expliquen la realidad incomprensible del mundo. De esta manera podemos ver que esta magia indirecta coexiste con la ciencia y la técnica, y que el mundo entero está sembrado de templos, santuarios, iglesias, etc., de todas las religiones, de toda clase, tanto en Occidente como en otras culturas.

Los centros de control mágico de la realidad

Todos estos lugares son auténticos *centros de control mágico de la realidad.* En ellos se activa nuestra mente mágica, aquella que haya sido introducida en nuestro cerebro, sea esta budista, mahometana, judía o cristiana, y nos preparamos para ejercer la magia indirecta para poner la realidad a nuestro favor, o a la de nuestros seres queridos. Cuando entramos en uno de estos centros podemos comprobar cómo nuestras mentes racionales se apartan y dejan actuar a las mentes mágicas. Aun cuando no participemos de la creencia correspondiente al lugar de culto que estamos visitando, nuestro modo mágico se activa y, por muy poco sensibles que seamos, nos sentimos confrontados con lo misterioso, aunque lo que estemos visitando nos sea tan ajeno como un templo dedicado al culto del falo o de las ratas.

Siempre ha llamado la atención poderosamente la existencia de tanto templo, de tantas iglesias, de tantas catedrales, de tantas mezquitas, de tantos edificios maravillosos y llenos de riqueza, de tanto esfuerzo para construirlos, muchos de ellos cuando la técnica era muy rudimentaria. No existe un solo pueblo de una cierta importancia en el mundo que no tenga

lo que aquí estamos llamando *centro de control mágico.* ¿Por qué este hecho tan universal? Siempre se apela a decir que el ser humano es religioso por naturaleza, que todo el mundo tiene necesidad de consuelo y que en estos centros lo encuentra, o que es la demostración de la existencia de algo superior que le atrae. Todas estas explicaciones y muchas otras equivalentes que se podrían exponer son solo descripciones del hecho que se quiere explicar. Es evidente que el ser humano es religioso, o que encuentra consuelo acudiendo al culto, pero ¿por qué es religioso, y en qué consiste este hecho? No es el propósito de este trabajo dar respuesta a este problema, sino demostrar cómo la mente no es unitaria, sino que posee múltiples estructuras mentales, entre las cuales están nuestras mentes mágicas, que coexisten con nuestras mentes lógicas.

El modo mágico ha creado los templos, mezquitas, iglesias, etc., para poder dar satisfacción a la necesidad que tenemos los humanos de controlar la realidad, que nos amenaza, y de la que, por otro lado, recibimos todo lo hermoso que nos pasa en esta vida. El modo racional y su técnica ha erigido, por su lado, los laboratorios y las fábricas, donde intentamos hacer exactamente lo mismo que en los templos: controlar la realidad, luchar contra la enfermedad, prolongar nuestra vida, etcétera. Desde el punto de vista humano, la técnica científica y la magia directa o indirecta son modos de controlar la realidad. La técnica científica tiene una enorme fuerza real: ha prolongado la vida humana, eliminado enfermedades, el hambre, nos ha dotado de medios de comunicación asombrosos, nos ha llevado a la Luna y nos prepara un futuro abierto a lo desconocido. Pero tiene un defecto: no es omnipotente, no vale para todo. Por el contrario, la magia no tiene poder real, sino un efecto psicológico sobre los practicantes, mas porta la sensación de omnipotencia, de estar en manos de quien todo lo puede, de hacer cosas fuera de lo normal, de no tener que

atenerse a leyes, de hacer posible lo imposible, de soñar en mundos ideales donde poder volver a ser niños protegidos por nuestros padres, de alcanzar alguna vez la paz, aunque la magia nos puede llevar también a los mundos terribles de los sacrificios humanos, de lo demoníaco, de sentirse rodeado de espíritus malignos, o de sentir la presencia envolvente de las tinieblas del mal.

9
El descubrimiento de la realidad objetiva

La salida del laberinto

Ahora se podrá comprender el concepto de laberinto de las creencias y de pensamiento aberrante. Las creencias son un laberinto en el que el hombre se pierde y del que a duras penas logra salir. En las creencias, el pensamiento se aventura en caminos errados, equivocados, que producen profundas aberraciones y distanciamientos de la realidad.

Aunque no todas las creencias son necesariamente mágicas, sí podemos decir que todas son una confusión de los pensamientos con la realidad, lo que desde el punto de vista psicológico las ubica en el pensamiento mágico. Las creencias, sobre todo las religiosas, instalan al hombre en mundos mágicos profundamente atractivos, seductores y sellados por la esperanza y la angustia. En él, el ser humano se siente elevado ante la compañía de sus dioses, que son seres espirituales liberados de la realidad del cuerpo y de las contingencias de la vida real. Dios, Alá, la diosa Shiva, Zeus, los demonios, etc., son seres mágicos, dotados de propiedades

mágicas sobrenaturales que obligatoriamente no pueden existir en la realidad, puesto que entre sí son, digamos, incompatibles.

Este mundo fantástico, seductor y amenazante a la vez, encierra al ser humano en una «realidad» encantada, en un laberinto del que solo se puede salir teniendo el valor de la aventura de lanzarse al mundo real en el que se tiene la vivencia de estar perdido, desamparado de estos seres mágicos y todopoderosos. Es la misma situación —sálvense las diferencias— del niño al que se le expulsara de su mundo de cuentos de hadas. El creyente en la inmortalidad se encontraría con que fuera de su mundo mágico-religioso la muerte es el fin de todo. El sentido de la vida sostenido en su mundo como preparación para la otra vida de gozo en el paraíso también se vendría abajo. Por estas razones y muchas otras, como aislamiento social e incluso alto riesgo de muerte con la que las creencias se aseguran que todo el mundo permanecerá en su cárcel, se puede comprender que la salida del laberinto creencial es muy difícil, y que solo en una cultura en todo el mundo se haya producido este hecho, al menos de una manera explícita y relativamente colectiva, como ocurrió en Grecia, en la Hélade.

Los filósofos griegos, nuestros auténticos y únicos padres intelectuales de lo que es la esencia de la cultura occidental —el cristianismo, me parece, por las razones que se expondrán más adelante, solo algo extraño al núcleo cultural de Europa—, llegaron a desprenderse del pensamiento mágico inaugurando el método racional de pensar y centrándose en la búsqueda de la realidad objetiva, de lo que hay, de lo que uno se «topa», según la expresión de Ortega y Gasset. Solo existe un hilo de Ariadna que nos sirva de guía para salir de él: la razón, el *logos* y el escepticismo sano que nos obligue a no dar por verdad aquello que no se ha comprobado exhaustivamen-

te. Todo lo demás serán hipótesis, suposiciones, puede que necesarias para poder vivir, pero que debemos alejarnos de tomar como reales.

Ha sido un largo comino desde aquellos duros días en los que el ser humano, todavía casi un animal, abría su inteligencia y contemplaba pasmado la hermosa y la cruel realidad que le rodeaba. Las noches oscuras, negras, cercado de animales amenazantes o de otros seres humanos enemigos, quizá aterido de frío, y con unos instintos ya insuficientes para responder a tanta pregunta como le posibilitaba su recién adquirida inteligencia.

La hermosísima noche estrellada, el aroma de las flores, el intenso placer de existir, el deseo imperioso de aparearse, la necesidad y el placer de buscar alimento, de matar para comer y para no ser comido, el miedo terrible ante las amenazas, ante eso extraño que le ocurre a las personas y a los animales cuando dejan de moverse, de respirar, de dar respuesta, y el terror de sentirse solo ante el muerto, de sentir el desamparo de la soledad horrible que se vive ante la muerte del compañero, del hijo, del jefe, de la pareja. El miedo a la propia muerte.

El Sol viene por fin después de la noche, iluminando, trayendo calor, pudiéndose ver los rostros, pudiendo ver dónde están los enemigos, dónde existe la posibilidad de alimentarse. La alegría invade después de la noche angustiosa y opresora. El Sol, el padre Sol, protege, comunica la alegría de vivir, comunica la vida, es el protector máximo. ¡Quién pudiera tener al Sol todas las horas del día! La luz y el calor que nos da acompañando en la noche oscura.

A veces, el Sol baja a la Tierra en forma de fuego. Es un ser terrible. Su visita es pavorosa. Destruye los bosques, mata a los animales y al hombre, que mueren en el calor de las llamas. Otras veces, colérico, manda rayos de luz acom-

pañados de un ruido atronador. Es la cólera del dueño del cielo.

Puede que alguien en un momento dado se atreviera a coger un trozo del Sol en la Tierra, el fuego. Aprendió a conservarlo como el mayor tesoro. Ese hecho fue un paso de gigante para toda la humanidad, aunque no el definitivo. Aún no se había aprendido a obtener por sí mismo el fuego, y cuando se apagaba el que se había robado al Sol en su visita a la Tierra se producía de nuevo el desamparo, la angustia de verse perdido en la noche negra, de no poder calentarse, de haber perdido un instrumento de defensa contra los animales depredadores y de poder calentar el agua o de cocinar algunos alimentos.

Alguien, quizá por casualidad, frotó dos palos secos o notó que dos piedras al chocar producían unas chispas. Sea como fuere, a partir de ese día el hombre dominó el fuego. El hijo del Sol ha visitado a los hombres y estos han aprendido a invocarlo y traerlo a voluntad. El hijo del Sol, el Fuego, ha salvado a la humanidad.

¿Uno se puede imaginar vivir sin fuego? Sin este elemento, los hombres estamos perdidos. El hijo del Sol es nuestro salvador. Una nueva vida, una vida que nos aleja cada vez más del mundo animal, se ha puesto en marcha. Sin esta conquista nada es posible. Nunca se podrá ponderar suficientemente la importancia del descubrimiento de la técnica de hacer fuego. La memoria de este hecho perdura en todos los mitos de la humanidad. Y la mayoría de las religiones están cimentadas a partir de la interpretación mágica de esta técnica.

La cruz, dos palos que se cruzan, para conseguir el fuego, aparece en las más variadas culturas, como en la China de hace miles de años (Fou-Hi), en Francia en el período anterior a la Edad de Bronce (Besançon), en las culturas preco-

lombinas, en la India, en los pueblos arios (esvástica), en Egipto (cruz de Amón), etc. Y sobre todo en el cristianismo, que llega a erigir a la cruz como su signo distintivo [1].

Según los mitos de esta religión solar, el padre dios desciende a la Tierra para iluminar al mundo. Y lo hace mediante la cruz. Es la cruz, los dos palos cruzados, la que hace de instrumento de salvación del ser humano. De ella surge la luz que ilumina al mundo. La cabeza de Jesús niño y adulto se representa con una aureola dorada en forma de rayos solares. El Agnusdéi —el Cordero de Dios— se extrae del antiguo y más importante dios de los vedas, Agni —que en sánscrito significa fuego—, que era el dios del fuego, del hogar y de la familia. De tal manera que Jesús, el Hijo de Dios, es el Cordero —*agnus,* en latín, y posible confusión entre estas palabras parecidas— que quita los pecados del mundo. Es decir, el fuego que redime a la humanidad de la noche oscura, que nos salva. La costumbre de iluminar los árboles el día del solsticio de invierno (22 de diciembre), que es tradición en los pueblos nórdicos de Europa, significa una llamada al dios Sol para que de nuevo acuda a la Tierra y no nos abandone. Pura invocación y técnica mágica para atraer a la luz: la luz atrae a la luz. El cristianismo hace coincidir estas fechas con el nacimiento del Hijo de Dios, el que trae la luz al mundo.

La explicación mágica, mítica, del acontecimiento más importante de la humanidad naciente se arrastra hasta nuestros días con una fuerza arrolladora. Y no solo en el cristianis-

---

[1] Según algunos historiadores (Malvert), los romanos no empleaban la cruz propiamente dicha para sacrificar a los reos, sino que la llamada cruz era un palo largo en el que se clavaba uno pequeño en forma de cruz y del que se enganchaba una soga con la que se ahorcaba al reo. Puede que los cristianos dignificaran esta muerte uniéndola al antiguo mito de la cruz como productora del fuego redentor.

mo, sino que en cualquier religión se pueden seguir las huellas de las explicaciones mágicas de los hechos históricos o inventados. Estamos rodeados de lo mágico, de las explicaciones mágicas que constituyen la base de nuestras creencias.

Estas creencias mágicas persisten a lo largo de miles de años, incluso en nuestra civilización, en la cual resultan absolutamente insostenibles a la luz de la ciencia actual. ¿Por qué? A lo largo de este trabajo se ha estado insistiendo en que las creencias son automatismos explicativos de la realidad cargados de valor afectivo. Los miedos primigenios subyacen en la mente humana. De la misma manera que el cuerpo de cada individuo recorre en su desarrollo desde la fase embrionaria hasta la formación plena, su historia filogenética, de la misma forma la mente de cada uno de nosotros hace el mismo recorrido histórico que ha hecho el ser humano. Los niños se enfrentan a un mundo desconocido atrayente y amenazante a la vez, lo mismo que el hombre primitivo. Las vivencias deben ser las mismas. La cultura que rodea al niño se encarga de inculcarle los mitos tradicionales, que son aquellos que nos instalan en un mundo, en una presunta realidad determinada. Su cerebro se le programa así y de mayor tendrá estos automatismos que no solo le instalarán en un mundo, sino que formarán parte de su personalidad. Será cristiano, mahometano, etcétera, y se habrá investido de una naturaleza diferente según en qué credo haya sido instruido.

Hay que insistir una vez más en que uno es y ve el mundo dependiendo de qué clase de cerebro tiene. Es decir, de cómo esté programado su cerebro. Y algo muy importante: quien realmente ignora cómo es su cerebro, qué personalidades tiene, qué manera de sentir, pensar y comportarse posee, es el propio sujeto. El creyente sabe que es creyente en tal o cual cosa, aunque no siempre, porque hay creencias no elaboradas en la conciencia, pero no sabe que creer algo es un automatis-

mo, es un programa que tiene en su cerebro. En el momento que lo sepa, lo pondrá en cuestión y su creencia dejará de ser tal. En este momento se habrá formado en su cerebro una estructura crítica que privará a la creencia de su elemento mágico y aberrante, el de confundir la realidad con el pensamiento. Pero hay que tener en cuenta que las creencias son automatismos firmemente asentados en el cerebro que pueden perpetuar su acción más allá de este paso de concienciación.

Este es el paso definitivo que dieron los pensadores griegos y el que nos sirve de hilo de Ariadna para salir del laberinto de las creencias. La duda es el fundamento de la filosofía, del enfrentamiento racional y realista con lo existente. Las creencias meten en un mundo cerrado que tiene una puerta de seguridad llamada fe, que es lo que esclaviza al hombre. La duda es el elemento liberador, aquello que permite salir de la manera mágica de pensar para pasar al modo racional, que es el que nos permite vivir en el mundo real.

El modo racional

Parece interesante para centrar el tema reproducir los párrafos siguientes del libro *Mortal de necesidad,* de Ángel Gabilondo (2003, pág. 165): «La filosofía como ejercicio efectivo, concreto, vivido, es la práctica de la *lógica,* de la *ética,* de la *física.* La lógica vivida como el acto de pensar de una manera correcta, de ejercer el pensamiento de un modo adecuado, de ser capaz de reflexionar, sin reducirse a un atajo habitual de representaciones, no la manera teórica pura de la *lógica.* La *ética* vivida con los otros, así como la *física,* una actitud ante y hacia el cosmos que permita hacerse cargo de las cosas tal y como son, sin reducirse a puntos de vista antropomórficos o

unidireccionales. El solipsismo es aquí también unilateralidad, lejos de la perspectiva del cosmos y de la naturaleza. La muerte misma aparece en Marco Aurelio como un fenómeno de la naturaleza. Ello nos permite reconocer el esplendor del universo y sentir el vértigo de ser una parte del todo, a la par que la belleza de las cosas más humildes».

El modo racional es sobre todo un modo realista, preocupado por saber cómo son realmente las cosas, y huye del error, de la tendencia humana a darse explicaciones fantásticas de la realidad. Del *logos* podemos decir que se trata de la búsqueda de lo que hay, de la objetividad, del descubrimiento del mundo en sí y la salida del mundo fantástico y oniroide en el que nos envuelve el pensamiento mágico, cargado de subjetividad, hecho de deseos y para dar satisfacción a lo que quisiéramos que fuera lo real.

La mente racional es la preocupada de buscar la realidad, lo que hay realmente ahí fuera y también dentro de nosotros. Es la que admite el método de pensar buscando las relaciones lógicas entre las cosas y no haciendo deducciones analógicas como en el pensamiento mágico. La mente racional sabe que una cosa es lo que aparece en la pantalla de la conciencia y otra lo que puede haber en la realidad. Es consciente del posible engaño de los sentidos y de los pensamientos. Por ello, la mente racional es escéptica, como los animales, que solo dan por real aquello que han comprobado con todos sus sentidos, o como la ciencia, donde solo lo experimentalmente comprobado es dado como real.

Esta búsqueda valiente de lo que realmente somos viene dada por el impulso a vivir en la realidad, que es un impulso instintivo, y guiado por el horror al error, a la aberración. Preferible la amarga verdad al engaño. Preferible aceptar la muerte como fin de la vida que vivir engañado con la esperanza de falsos paraísos.

Conviene poner en claro la diferencia entre el modo mágico y racional, como se puede ver en el cuadro adjunto.

Modo mágico	Modo racional
Analogía	Lógica
Adualismo	Dualismo
Indisociación	Disociación
Animismo	Mundo objetivo
Magia	Técnica científica

Como se ve, el *modo racional* no es solo un modo lógico, sino mucho más. Evidentemente, lo lógico o racionalidad es la base de esta modalidad de pensamiento. Mediante la analogía, solo se puede llegar a conclusiones alejadas de la realidad y que pueden ser poéticas, hermosas e incluso prácticas, pero también a aberraciones monstruosas, como creer que la inocencia de una niña puede curar el sida, que es una enfermedad impura, lo que en algunos lugares de África lleva a hombres portadores de esta enfermedad impura a tener relaciones sexuales con niñas con la esperanza de que su pureza e inocencia les cure. El mito mágico de la virginidad y la pureza está aquí presente, como en nuestra sociedad con la adoración a las vírgenes, cuyo único mérito consiste en no haber tenido contacto sexual, mantenerse puras, porque lo puro, por analogía, «purifica» las malas acciones o cosas. Pura magia contagiosa, aparte de la máxima expresión de una sociedad masculina que concibe como un tesoro irrenunciable del varón la virginidad de la mujer, o su derecho a «estrenarla».

La racionalidad, y dentro de ella la lógica, nos lleva a encontrar las relaciones reales entre las cosas, a buscar sus relaciones objetivas y muy lejos de las relaciones por analogía que solo existen en nuestra mente. Sin el descubrimiento de la

manera lógica de razonar y de sus leyes no hubiera sido posible dar el paso siguiente en el desarrollo de la mente racional y continuaríamos sumergidos en el pensamiento mágico. Sin el descubrimiento de la lógica no podríamos haber captado el mundo objetivo, lo que hay fuera de nuestra mente, la búsqueda de lo que existe con independencia de nuestra existencia en sí y de nuestro pensamiento, lo que significa psicológicamente haber podido darse cuenta de que lo que pensamos o lo que aparece en nuestra conciencia no es necesariamente la realidad, sino que existe la dualidad mundo externo/objetivo y mundo interno/subjetivo, es decir, ser capaz de pasar del *adualismo* —dar por supuesto que el mundo interno o psíquico es el mismo o que coincide siempre con el mundo objetivo— al *dualismo.*

El *dualismo* es, pues, el darse cuenta de que existen dos mundos: el subjetivo y el objetivo. El descubrimiento del mundo objetivo, con sus leyes independientes del ser humano o de lo que quieran los dioses, es uno de los grandes avances del ser humano. Toda la ciencia está basada en la asunción de este mundo objetivo, que está ahí fuera, y en la búsqueda de sus leyes. El Sol no se mueve con una intencionalidad, sino que lo hace respondiendo a las leyes físicas que lo gobiernan. El dualismo viene acompañado, como veremos más adelante, por la renuncia al animismo, o pensar que todas las cosas, por semejanza con nosotros, están animadas, están vivas.

El dualismo se fundamenta, como ya hemos dicho, en la duda, en el escepticismo sano, en el no dar por supuesto ingenuamente que lo que pensamos es real. Por esto, las religiones y las ideologías creenciales, como el comunismo, insisten en prohibir la duda y en la virtud cardinal de la fe. Por lo que la duda está prohibida en los sistemas creenciales, a veces brutalmente. Otra condena más sutil contra la duda es la proclamación de que la duda trae el nihilismo, la degradación moral

de la sociedad, la vuelta a la animalidad. Fuera del sistema de creencias se está perdido, según nos predican.

Esta es una de las falacias más dañinas de nuestra sociedad occidental, en la que ya no es posible la condena física eliminándonos a los que osamos dudar. Ahora se nos amenaza con el infierno del nihilismo y de la degradación moral. Sin embargo, la duda sana, la duda guiada por el amor a saber la verdad, es lo más hermoso y práctico que le puede suceder al hombre. Le libera de la cárcel del mundo cerrado y permite lanzarse a la aventura de descubrir el mundo y de modificarlo para hermosear la existencia. Sin duda, no hay ciencia ni técnica. Esto pasó en la Europa medieval durante más de mil años. No se podía dudar; había que aceptar, bajo pena de muerte, de ser quemado vivo por la Inquisición de los hermanos dominicos, los *dominis canis,* los perros guardianes de Dios, como se llamaban a sí mismos.

Aprender a vivir en la duda es el más hermoso ejercicio de vivir. Hay que aprender a soportar la angustia de no saber y suplirla por la alegría de salir del error, de no vivir en el engaño que significa la aceptación de «verdades» no demostradas, de sentirse manipulado por intereses de la clase sacerdotal o política. La alegría de sentirse libre en la aventura de saber quién es uno y en qué mundo vive, y también de poder modificar las cosas desfavorables, de hacer de la vida y del mundo algo más hermoso. Los frutos de la actitud escéptica y del descubrimiento y estudio del mundo objetivo son los adelantos técnicos, que como sabemos han cambiado la vida del hombre. Yo mismo, permítanme esta cita personal, hace cuatro años que debería estar muerto de un cáncer de colon. Si no fuera por la duda que permite preguntarse e investigar, habría muerto por una obstrucción intestinal, por un *cólico miserere,* rabiando de dolor. Los dioses mágicos, con todo su poder, me habrían dejado morir. Los pensadores griegos, con su duda,

hicieron posible la ciencia, que es la que me ha salvado, la que prolonga la vida.

La *disociación* significa que en el modo racional la persona sabe separar lo que son sus sentimientos de sus pensamientos, sus deseos de lo que es la realidad. En el modo mágico se supone que lo que se desea es verdad, es la realidad. Se desea vivamente y con gran angustia que la vida no termine en la muerte del cuerpo. O se desea que exista un Padre celestial que cuide de nosotros, como hacía nuestro padre biológico cuando éramos niños. En la ciencia, por ejemplo, nuestro deseo de que algo sea de determinada manera nunca es argumento de veracidad, pero el deseo sí es criterio de veracidad en las creencias de todo tipo.

Aunque parece que esta distinción psíquica es elemental y fácil, no lo es. Cualquiera de nosotros caemos sin ser conscientes de ello en esta aglutinación entre lo cognitivo y lo afectivo. Es más, la afectividad suele dirigir nuestros razonamientos más de una vez. Manipulamos nuestros pensamientos para que satisfagan nuestros deseos. Y hay más: lo que fija nuestros pensamientos, sobre todo nuestras creencias, es el afecto. Cuando leemos un libro sagrado de una religión que no compartimos —como el Corán, por ejemplo— no podemos comprender por qué los que creen en el libro le dan tanto valor a las palabras escritas en él. Nos parecen cosas simples, de una sabiduría ramplona, de dichos sin consistencia, de aseveraciones injustificadas y a veces fantásticas. Lo mismo le puede pasar al que lee la Biblia o el libro tibetano de los muertos. Palabras y palabras que solo adquieren sentido para el creyente porque él las percibe rodeadas de un significado afectivo que falta en el descreído.

La indisociación es, pues, una condición básica de las creencias, así como la disociación también lo es para el pensamiento racional. No se puede ejercer el escepticismo necesario del

pensamiento buscador de la realidad si se mezclan los afectos con los pensamientos. El método científico se basa en buscar lo que hay, nos guste o no.

El *mundo objetivo* es una consecuencia de adoptar la lógica, la dualidad y la disociación. Es, como se ha dicho anteriormente, uno de los descubrimientos básicos del pensamiento griego. La percepción de la existencia de este mundo externo a nosotros y su búsqueda son lo que diferencia a nuestra cultura del resto de las otras.

Como es evidente, el descubrimiento del mundo objetivo hace que este se convierta en «cosa», en algo sin vida. Los que hemos salido del animismo nos encontramos rodeados de cosas, de algo que no tiene vida. Aparentemente, esto puede suponer una gran pérdida. Las personas sumergidas en las culturas mágicas que se asoman a la cultura racional tienen la sensación de que han perdido algo muy importante y que el mundo se ha empobrecido. Pero esto es solo una percepción errónea producida por el cambio de mundo. Porque lo animado es nuestra mente y la mente de las demás cosas vivas que nos rodean. Digamos que en el mundo racional se reduce a su justa y real dimensión el mundo animado, lo que nos permite una fecunda aproximación a la realidad y no perdernos en mundos mágicos irreales. Los mundos creenciales son básicamente mundos animistas.

La *técnica científica* es la consecuencia de todo lo anterior, sobre todo de la renuncia al animismo, el descubrimiento del mundo objetivo y el uso de la razón para hallar la relación entre las cosas. El lector sabe de sobra lo que significa esta técnica, que no solo nos ha dado las máquinas que han transformado la vida humana, sino la moderna técnica de la obtención de los alimentos y la higiene y la medicina. Pero también la técnica política, la democracia, es un producto del pensamiento racional. Incluso podemos decir que los derechos hu-

manos, como derechos no derivados de la creencia en un dios que los otorga, sino como emanados del propio ser humano como tal, es el producto más elevado moralmente del pensamiento racional.

El modo racional y la afectividad

Uno de los reproches que se suele hacer a la manera racional de aproximarse a la realidad es su frialdad afectiva. Nada más injusto. Lo único que se hace es separar lo cognitivo de lo afectivo para no caer en errores. Es más, la vida es afectividad. La inteligencia es solo un instrumento del vivir, que es sentir. Pero para servir bien a la vida que es el sentir es necesario que la inteligencia se libere de las perturbaciones de los afectos.

Como ya se estudió en un libro anterior del autor —*El sistema humano y su mente*—, el cerebro tiene unos analizadores afectivos y otros cognitivos. En los primeros se lleva a cabo la valoración afectiva de la realidad —esto es bello, feo, repulsivo, etc.—, y en los segundos se analiza objetivamente de qué se trata —de una silla, de un libro, está hecho de tal materia, etc.

La aproximación afectiva y racional a la realidad es lo que puede conducirnos a un goce pleno de la existencia. Nos capacita para movernos verdaderamente en la realidad y gozar de ella. Al fin y al cabo, esto es lo que hacen los animales, conducidos por la sabia naturaleza, aunque limitados en su capacidad de captar la realidad a lo que le permiten sus instintos.

Conclusiones

El pensamiento maduro. Hacia una cultura de la realidad

¿Qué son las creencias?

Después de todo lo expuesto estamos en condiciones de comprender con profundidad lo que son las creencias.

Las creencias son automatismos cerebrales, patrones de interpretación de la realidad fijados fuertemente en el cerebro, que nos instalan en mundos irreales, con un significado afectivo muy importante para el sujeto y que nos producen una indudable sensación de realidad.

Los procesadores cerebrales de las creencias forman una especie de subcerebro —estructuras cerebrales— que entran a formar parte de la constitución de nuestra mente, de nuestra manera de ser. Es decir, las creencias son constituyentes, de tal forma que nosotros somos, en gran parte, lo que estas sean. Y son capaces de formar una personalidad dentro del conjunto de personalidades más o menos diferenciadas que somos. Se «es» católico, mahometano o comunista o de cualquier otra creencia. Por ello, la persona que ha formado en su

cerebro una creencia importante para él y fuertemente establecida tiene una especie de «mente satélite» que funciona con una marcada autonomía, de tal manera que una persona puede tener estructuras creenciales mágicas al mismo tiempo que estructuras muy inteligentes y racionales para otros cometidos de la vida.

Las creencias, por ser unas estructuras interpretativas cerebrales tan fuertemente establecidas, son «dominantes». Es decir, ejercen un predominio dentro de la dinámica mental «poseyendo» al sujeto en el mismo sentido que lo hace —aunque patológicamente, lo que no es el caso de las creencias necesariamente— una toxicomanía, una dependencia o cualquier otra patología que arrastra al sujeto.

Vemos la realidad a través de ellas —son nuestros procesadores cerebrales— y nos instalan en un mundo en el que estamos «seguros» de vivir. Ordenan la realidad, aunque casi siempre de una manera fantástica, y se vinculan con vigor a la vida afectiva, que se convierte en las fortísimas ataduras que las fijan. El valor vital afectivo de las creencias es lo que las convierten en dominantes. Si una creencia no tiene valor afectivo, se convierte en un simple hábito mental, como opinaba Hume, equivocadamente a mi parecer, que eran las creencias. Sirven de controladores del ánimo y de la angustia, de tal manera que llegan a desarrollar auténticas dependencias, sobre todo porque al estimular estas funciones psíquicas activan las mismas sustancias y estructuras cerebrales que las drogas adictivas, y nos hacen vivir en paraísos artificiales.

Las creencias son casi siempre productos del modo mágico de pensar y sentir, por lo que nos instalan en mundos fantásticos poblados de seres con poderes mágicos, como los dioses, el Dios único del judaísmo o el cristianismo, o Alá, o los supuestos de las ideologías creenciales, como el dios/Estado o el diablo/capitalismo del comunismo.

Las creencias son maneras engañosas de pensar propias de un pensamiento poco evolucionado y preocupado por la urgencia de establecer automatismos mentales que nos permitan movernos en el mundo desconocido en el que, de pronto, nos encontramos viviendo. Son formas aberrantes de pensamiento en el sentido que incumplen el cometido básico de la percepción y del pensamiento, tanto animal como humano, de la búsqueda de la realidad objetiva absolutamente imprescindible para sobrevivir, por lo que resulta ser un «pensamiento engañoso».

Las creencias son un soñar despierto, «sueños» que tienen lugar durante la vigilia; por ello tienen la misma capacidad que los sueños durante el dormir de presentarse como una realidad incuestionable. Las creencias son «sueños de la realidad».

El fondo creencial y la interpretación de la realidad

Todos poseemos en lo profundo de nuestro cerebro un *fondo creencial,* unas ideas preconcebidas que forman parte de la *lente* a través de la cual interpretamos la realidad. En general, no somos conscientes de la existencia de tal instrumento mental, pero su acción interviene en nuestros pensamientos y en nuestras acciones, haciendo que se destaquen unas cosas y que se ignoren otras. Son auténticas *lentes deformantes y engañosas* que siempre llevamos puestas. Si preguntamos a alguien de la izquierda política y de la derecha que juzguen unos mismos hechos, ante la perplejidad del consultante, aparecen visiones contradictorias entre sí y de tal manera que parece que se estén juzgando realidades diferentes. La ceguera en un sentido u otro es realmente grosera. Gran parte de los intelectuales de izquierda ignorando groseramente la dictadu-

ra y los crímenes del comunismo, y la derecha ciega para sus propias aberraciones.

Nuestro fondo creencial nos instala en mundos diferentes, en «realidades», las más de las veces, incompatibles entre sí, lo que da lugar al desencuentro humano. Y esto es un hecho con el que tenemos que contar. Todos vivimos en «realidades» distintas, en mundos diferentes, aunque pensemos que todos vivimos en el mismo mundo. Nuestro fondo creencial, desde las profundidades del cerebro, hace que seamos diferentes los unos de los otros, y esto no solo debido a las creencias religiosas o políticas, sino a las creencias personales, como veremos en el apartado dedicado a la psicoterapia.

Sectas, paranoia, fanatismos y violencia

Los filósofos griegos llamaban «secta» a toda rama o sección de una doctrina filosófica. Esta palabra deriva del latín *sectus,* 'cortado, separado, apartado'. Y en este sentido etimológico es como vamos a emplear aquí el concepto de secta.

Toda doctrina o explicación cerrada de la realidad es sectaria, puesto que separa o divide al mundo y a los seres humanos en dos secciones: los creyentes y los no creyentes, y en una visión del mundo «verdadera» y otra «falsa». Por ser las creencias explicaciones cerradas de la realidad, siempre serán sectarias, aunque existe una gradación según el nivel de escepticismo más o menos confesado con el que se vivencien las propias creencias. Esta gradación va desde los creyentes tolerantes, que aceptan sus creencias, pero que comprenden que existen otras maneras de pensar y tienen una aproximación humana al otro, y la actitud fanática que ve un enemigo en el no creyente en sus doctrinas.

En este amplio sentido podemos decir que toda religión o ideología creencial es una secta. El cristianismo y el islam son sectas del judaísmo, tanto porque son doctrinas derivadas y seccionadas del judaísmo como porque dividen al mundo entre los que creen como ellos y los demás.

Esta propiedad de las sectas de marcar territorios es lo que hace que estas y las creencias sean productoras de violencia. La información sobre la territorialidad es un programa fuertemente establecido en nuestro cerebro y de origen instintivo o animal. Para los animales territoriales —como ya se ha expresado anteriormente— el mundo se divide en el territorio propio y el resto del espacio. El territorio es el espacio de confianza, y fuera de él está lo peligroso, en lo que no se puede confiar, por lo que despierta temor y agresividad.

Este aspecto de la agresividad vinculada a los programas instintivos de la territorialidad es muy importante para comprender la agresividad que suele manifestar el espacio cerrado de las creencias, como las guerras de religión ideológicas, la Inquisición o el terrorismo religioso.

Se ha expresado más arriba que el territorio es un espacio de confianza y que divide al mundo en este espacio y en otro en el que viven los enemigos y lo desconocido angustioso. Lo paranoide —y la paranoia como una enfermedad mental en la que lo paranoide se manifiesta plenamente— se debe a un fallo de la información vinculada a la territorialidad como espacio de confianza. El sujeto que la padece se muestra incapaz de establecer un espacio de confianza, un territorio, vivenciando a los que le rodean como enemigos, o al menos desconfiando. El paranoide —con una desconfianza menos acentuada y patológica que la que encontramos en la paranoia— desconfía de los que le rodean, sin que exista un motivo objetivo para ello. Solo existe su incapacidad mental para confiar. Esta observación, nacida de la experiencia psiquiátri-

ca, es muy importante, puesto que una de las características del paranoide es atribuir al exterior la amenaza sin percatarse en ningún momento de que es su mente la que está fallando. La paranoia —palabra griega que significa mente paralela y con la que los griegos denominaban a la locura como alguien al que se le ha formado una mente que funciona paralelamente a la normal— es una enfermedad muy peligrosa. Gran parte de las muertes por celotipia —celos patológicos— son debidas a esta patología. También muchos de los asesinatos por disputas sobre lindes, derechos, etc., son llevados a cabo por sujetos paranoicos.

Las creencias como territorio cerrado y en el que se vivencia como enemigo al territorio creencial distinto tienen tendencia a generar desconfianza, actitudes paranoides, como se demuestra a lo largo de la historia y con consecuencias muy trágicas. Dado que el mundo que vivenciamos es un mundo virtual, sobre todo en las creencias, es muy fácil investir al enemigo externo a nuestro espacio creencial de una naturaleza monstruosa, demoníaca, o de desprenderle de toda condición humana, como en el caso de la Iglesia medieval, que atribuyendo una naturaleza demoníaca a los herejes o a las brujas, se sentían legitimados moralmente para torturar, descuartizar y quemar vivas a estas personas; o el caso de los nazis con los judíos a los que se consideraba «infrahumanos» enemigos del pueblo alemán; o Stalin, una personalidad paranoide que llegó a matar y encerrar en campos de concentración a millones de rusos porque sospechaba que eran enemigos de la revolución. O los grupos conservadores políticos y religiosos norteamericanos que atribuían al comunismo un propósito demoníaco —era una organización demoníaca dirigida por el diablo para destruir Norteamérica y al cristianismo—. Actualmente debe de estar pasando algo por el estilo con respecto al peligro terrorista de origen islámico.

Se pueden poner tantos ejemplos como se quiera, antiguos y actuales, porque la capacidad de inventarse la realidad del ser humano y de desarrollar toda la agresividad de nuestro cerebro depredador no tiene límites.

Es justamente este cerebro quien se rige por las leyes de la territorialidad que antes hemos mencionado, y del que surge la enorme agresividad paranoide. Esta agresividad de depredador se activa ante las amenazas reales, mas también cuando se establece una división del territorio, como en las creencias. Por estas se está seguro de que uno posee la verdad, por lo que el no creyente debe ser un equivocado en el mejor de los casos, o una persona que sabe que está equivocada pero que pretende destruirnos.

También lo paranoide del creyente y su agresividad surge de la duda subyacente en toda creencia, duda que es activada por el no creyente. Esta duda es soportada por el creyente tolerante, pero no puede ser tolerada por el creyente fanático, que tiende a destruir con violencia, y cuanto más violentamente mejor —el cerebro depredador—, al que pueda poner en duda sus creencias, que es su mundo, el sentido de su vida, el sentirse en ese mundo mágico en el que le instalan sus creencias. Esto puede que explique por qué muchos terroristas islámicos son personas que han estado muy en contacto con la civilización occidental, estudiando en sus universidades y gozando de su nivel de vida y de sus grandes ventajas. Puede que la duda horrible penetre en sus mentes reaccionando con una cerrazón paranoide que les fanatiza.

El fanático se aproxima mucho a lo que entendemos en psiquiatría por paranoia. En esta enfermedad mental el sujeto vive con una absoluta certeza su realidad delirante. Está absolutamente seguro de que le persiguen, de que le quieren matar, de que su esposa o esposo le es infiel, o de que él es un enviado de Dios o del diablo para una misión especial, o es un

genio que ha descubierto una teoría que revolucionará al mundo. Pura emergencia del pensamiento mágico en forma de delirio.

El fanático vive plenamente instalado en su mundo virtual. Por esta causa no tiene nada de extraño que actúe en consecuencia. Si está seguro de que Alá le está llamando para una misión y que después de su muerte en sacrificio va a ir al paraíso a gozar de las huríes eternamente, qué tiene de particular que obre de acuerdo con el mundo «real» en el que él se siente vivir. Los cátaros, por poner un ejemplo de otra época y religión, creían que el cuerpo era una obra del diablo, y el espíritu, una obra de Dios, por lo que matar a una persona era hacerle un bien, que le liberaría de la prisión diabólica del cuerpo.

Las creencias instalan en mundos virtuales diferentes, que forman territorios y personas distintas, grupos de personas que se comportan como subespecies humanas. Esto propicia el desarrollo de actitudes paranoides, tanto en el sentido de inventarse enemigos como de sentirse en posesión de una idea superior. El enfrentamiento está siempre asegurado, sobre todo si uno de estos grupos creenciales tiene una creencia expansiva, megalómana, que se atribuye la verdad absoluta y el derecho y el deber de destruir o conquistar a los que no son de su grupo creencial, como ocurría hasta hace poco con el cristianismo, con el nazismo, con el comunismo, o con el islam en la actualidad.

Las creencias como armas

Las creencias son el arma más mortífera para el ser humano. Si existe un peligro de destrucción del mundo no se debe solo a la abundancia de armas de destrucción masiva, como la

bomba atómica, sino al uso que pueden hacer los creyentes religiosos o laicos de ellas.

Pero quizá el mayor peligro venga de la capacidad de fanatización del creyente. Resulta muy peligroso un sujeto fanatizado que cree que si se inmola matando, como los «mártires» islámicos o de cualquier otra creencia, será premiado en el otro mundo o en este, como los héroes de todas las guerras o ideologías, como anarquistas, nacionalistas, etc. Contra estas «bombas humanas» es muy difícil defenderse.

Estos fenómenos siempre han existido, y su fundamento psicológico ya se ha expuesto; pero el peligro actual es mayor al existir a su disposición armas de una gran capacidad de destrucción, por lo que se hace urgente desmontar estas maneras de enfrentarse con la realidad, esta manera de fabricarse mundos fantásticos en los que se cree vivir. Encaminado a este fin está escrito este libro.

La irreductibilidad de las creencias

En psiquiatría nos encontramos con los delirios, ese tipo de creencia de origen patológico. Los delirios son irreductibles a la explicación lógica y a todo esfuerzo por mostrar pruebas en contra de la interpretación creencial delirante. Es como hablar con un muro: todos nuestros argumentos, razonamientos o pruebas rebotan sin dejar la más mínima huella en la mente del enfermo. No se les puede convencer en absoluto de que no es Dios, de que nadie le persigue o de que su esposa o marido no le es infiel. El enfermo continúa instalado en su mundo delirante, y cuanto más se indague en él más se da uno cuenta de que vive en otra realidad, en una realidad irreal, quimérica. Para el delirante, su creencia no es ni siquiera una creencia, sino una realidad incuestionable,

y quien le lleve la contraria es alguien que le quiere engañar. Cuando se trata de un delirio paranoico en un enfermo culto e inteligente, nos podemos encontrar con auténticos sofistas capaces de invertir todo nuestro razonamiento en contra de sus ideas a su favor. Kraepelin les llamaba «locos razonadores».

No de otra manera ocurre en las creencias de origen cultural, como las religiosas o ideológicas, aunque con matices, sobre todo si no se trata de fanatismos. Intentar convencer de lo erróneo de su creencia es una tarea imposible, a veces muy peligrosa. Solo con la entrada en su cerebro de otra información podemos esperar que con el tiempo, y generalmente no ocurre así, se abra paso la duda y se forme otra manera de interpretar la realidad.

El creyente está instalado en su mundo y utiliza los algoritmos creenciales para resolver todas las contradicciones o cualquier problema o duda que se le presente. Ya se ha expresado que las creencias no son solo explicaciones de la realidad, sino que forman un entramado de intereses psicológicos, sociales, económicos y de todo tipo que amarra con fuerza al sujeto creyente a sus creencias; pero básicamente la mente del creyente está presa del bucle explicativo, del algoritmo creencial que todo lo aclara.

Este aspecto hay que tenerlo muy en cuenta, puesto que se trata de lo más desesperante de este problema, y lo que más se opone a una posible evolución de los mundos creenciales a favor de la vida. Tragedias horribles producidas por esta capacidad de la mente humana de enrocarse en las creencias y de las que la mayor parte de las veces solo sale por medio de la violencia, mediante las guerras o las revoluciones.

De hito histórico puede considerarse la caída del comunismo real sin que haya mediado la fuerza. Para abatir al nazismo fue necesario una guerra atroz, y lo mismo ha suce-

dido en las guerras de religión a lo largo de la historia. La irreductibilidad de las creencias es lo que las hace realmente peligrosas.

Hay que tener muy en cuenta que las creencias se hacen más firmes cuando se las ataca o cuando aparecen flagrantes contradicciones. Cuando ocurren terribles desgracias, como enfermedades, terremotos, inundaciones, el creyente en Dios todo bondad y todopoderoso interpreta estos hechos como una señal de lo poco que sabemos de Dios y sus designios, o el mahometano cree que esa era la voluntad de Alá, y hay que aceptarla. Para nada piensan que existe una absoluta contradicción entre la bondad infinita y el también infinito poder de Dios o Alá y estos hechos crueles e injustos. Es más, estas catástrofes naturales sirven para acentuar la fe. Lo mismo ocurre con las persecuciones, martirologios y demás violencias. Cuantas más pruebas en contra de los mitos o de las creencias, más activo se muestra el algoritmo sobre el que se apoya y más se profundiza la creencia.

Las nuevas tecnologías y las creencias

Las tecnologías de la comunicación, tanto de la información como Internet, la televisión por satélite, o los medios de desplazamiento, hacen que las culturas cerradas sean imposibles. Este mundo permeable instala al hombre en una realidad nueva, no fijada por una manera concreta y establecida mediante una creencia de presunto origen divino. El hombre moderno no puede continuar en mundos cerrados y diferentes entre sí por mucho que se empeñen los custodios de las creencias. Este movimiento es imparable.

Los cerebros de las personas son invadidos por informaciones procedentes de las más diversas fuentes, por lo que el

mundo mental también es abierto y diverso. La cultura occidental —y me refiero a la cultura racional y científica— es de tal fuerza y contundencia que es imposible ignorarla. Nuestros medios de comunicación, nuestros medios de producción y nuestra medicina y —no lo olvidemos— nuestro humanismo real, con nuestra producción de riqueza, los seguros de enfermedad y vejez, así como la eficaz lucha contra las tiranías mediante la democracia y la proclamación de los derechos humanos, hacen de todo ello un patrimonio universal, un *bien humano* que todos debemos compartir.

Por ello, es de suma importancia que aprendamos a navegar por el mar de la incertidumbre, por el mar de la libertad. Hay que saber navegar sorteando los peligros que emergen de nuestra propia mente, de la tentación de enrocarnos en nuestra tendencia a vivir en mundos cerrados. Las creencias fomentan el miedo a la libertad, al espacio intelectualmente abierto, con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes, como sucede en todo lo real.

Siguiendo la vieja receta de los filósofos helenistas, los filósofos médicos, tenemos que afirmar que las creencias, la fijación para siempre de una interpretación dada de la realidad, es un error muy grave que incide tanto en la salud del individuo como en la salud de la sociedad que las acepta. Parece probado hasta la saciedad que la inteligencia humana está para descubrir lo que sea la realidad y, ya que tenemos capacidad creadora, mejorarla para con ello vivir mejor.

Racionalidad y humanismo

Después de todo lo expuesto creo que se imponen dos conclusiones que nos pueden ayudar a la medicina contra las creencias y sus males: racionalidad y humanismo.

Esta es una vieja receta que se remonta a los llamados «filósofos médicos» griegos y que se continúa en el Renacimiento, la Ilustración y en la actualidad en formas muy diversas. Parece evidente que solo el pensamiento racional puede liberar al ser humano del laberinto de las creencias en el que se pierde desde el principio de su existencia sobre la Tierra.

Sería demasiado largo para este ensayo, y no es su objetivo, exponer los fundamentos de una moral sin creencias. Evidentemente, una moral fundada en la creencia en Dios, como postulan las religiones monoteístas, se derrumba cuando tal creencia no existe, y se termina toda posible discusión. Pensar que sin creencias religiosas, sobre todo la creencia en Dios, siempre se sigue de un nihilismo y de una destrucción de todos los valores, es una creencia fundamentada en otra creencia y en la vivencia de que la destrucción del mundo creencial en el que uno vive es seguida indudablemente —otra creencia absoluta— de esta hecatombe moral.

No parece que esto sea así, y mucho menos lo que afirmaba Kant al comprobar la existencia de los preceptos morales en el ser humano y de ahí deducir que Dios existe porque existe esta moral. De aquí parece deducirse todo lo contrario: la moral humana existe de por sí —es inmanente y no trascendente— y no necesita para nada de la existencia de los dioses que la justifiquen. La moral humana —la conducta, que esto es lo que significa moral etimológicamente— tiene sus raíces en la genética, en las costumbres instintivas de los animales. Es la naturaleza, el proceso evolutivo, el que nos ha proporcionado pautas de conducta que permiten la convivencia, la maternidad, el cuidado mutuo que se observa en los animales... El apareamiento de por vida de algunas aves, los cuidados realmente emocionantes de la maternidad incluso entre los depredadores, la fidelidad del perro y su enorme afectividad, son testimonios de unas pautas de conducta que están

inscritas también en el cerebro humano y que son, paradójicamente, las que hacen humano al hombre, ese animal depredador en el que también la conducta agresiva está impresa en su cerebro como forma normal de su existencia. Las personalidades psicopáticas son desviaciones genéticas de las pautas o programas morales que constituyen la normalidad de la personalidad.

Para los filósofos médicos, sobre todo para los escépticos, las creencias son una enfermedad de la mente, y la necesidad imperiosa de creer puede ser erradicada, porque no es necesaria para conseguir la vida buena, la tranquilidad, la ataraxia. Esta, decía Sexto Empírico, nos viene dada por la naturaleza, y no necesita de las creencias para su regulación. Curiosamente, las neurociencias y la psiquiatría moderna han hecho, de nuevo, este descubrimiento de estos filósofos. Sabemos que la angustia y la ataraxia dependen del buen funcionamiento de las estructuras cerebrales encargadas de su control, estructuras que son heredadas y compartidas por el mundo animal.

Como hemos expresado más arriba, la experiencia histórica nos dice que el pensamiento racional nos libera del laberinto de las creencias, del pensamiento aberrante. Es el que ha hecho posible salir de la superstición, de la tiranía de los dioses y de las formas sociales monstruosas, como en la Edad Media cristiana después de la destrucción de la civilización grecorromana invadida por el pensamiento mágico-religioso de la secta judeocristiana. Porque, como afirma Nietzsche, los bárbaros germanos no destruyeron el Imperio romano, sino que los bárbaros culturales portadores de una cultura mágico-religiosa —a la que se habían convertido los germanos previamente a la invasión— fueron los que terminaron con la vibrante civilización grecorromana, que, con todos los defectos que se quiera, fue lo mejor que había producido el ser humano hasta entonces.

La Edad Media fue un tiempo de barbarie atroz, donde se perdió todo el esfuerzo organizativo social, toda la estructura económica y toda cultura que no fuera la religiosa. El fanatismo y lo paranoide se apoderaron de la vida durante más de mil años interminables de brutalidad a veces revestida de destellos de la mente humana, de intentos de vuelta a las raíces de Europa, porque la grandeza natural de la mente termina imponiéndose aun en las circunstancias más adversas.

Y solo salimos de esta catástrofe histórica cuando fuimos capaces de reemprender el camino de la racionalidad, como en el Renacimiento y tiempos posteriores. Actualmente existe un infierno medieval que también nos amenaza de nuevo como en tiempos del Imperio romano: el islam, otra secta monoteísta que embriaga como una droga y lanza a las personas a una alocada carrera por destruir todo lo que se oponga a su deseo divino, por ser voluntad del dios, de conquistar el mundo entero. Sobre todo, en destruir todo lo que se oponga a sus creencias, y en primer lugar, al pensamiento racional y a la civilización que ha creado el Occidente heredero de Grecia y Roma. La Edad Media amenaza de nuevo. La historia de Roma puede repetirse, aunque parece muy poco probable, pero podemos ser invadidos por esta cultura mágico-religiosa. Y el antídoto no es anteponer otra cultura mágico-religiosa, sino la enorme fuerza de la racionalidad, con su técnica, sus grandes logros humanos, como la democracia y los derechos humanos universales. Los griegos establecieron el concepto de democracia como el sistema político de organización de la convivencia entre personas de distintos intereses, y John Locke definió la democracia en el mismo sentido, como la organización política que permitía la convivencia de personas de diferentes creencias y condiciones.

Pero hay que tener en cuenta que también la experiencia histórica nos dice que la racionalidad es solo un instrumento

para el conocimiento de la realidad y para su manejo técnico, con lo cual puede ser instrumentalizada, no para la elevación de la vida, sino para la barbarie más increíble, como hicieron los nazis y tantas y tantas ideologías perversas y dictaduras que en el mundo han sido. La experiencia de la destrucción sistemática, técnicamente correcta y muy eficaz, de alta logística, con que se proyectó y llevó a cabo la destrucción en los campos nazis; la adhesión a esta doctrina monstruosa de intelectuales alemanes y de muchas otras naciones europeas y de otras partes de la civilización occidental, como Norteamérica, llevó a muchos pensadores —sobre todo franceses, como los estructuralistas, Lacan, Derrida, Lévi-Strauss...— a postular que la racionalidad era la culpable de tales atrocidades y que se debería volver al pensamiento mágico-creencial. Lo que, a mi parecer, es un gravísimo error, que persiste en no pocos de los intelectuales actuales, sobre todo de izquierda. En la derecha política suele persistir simplemente la religiosidad tradicional, el encapsulamiento en las doctrinas mágico-religiosas tradicionales. Es la eterna fascinación del pensamiento mágico al que con marcada frecuencia vuelven muchos intelectuales, traicionando la herencia de los pensadores griegos.

La gran devoción que se profesó durante el siglo XIX a la ciencia como la salvadora de la humanidad se vio lentamente truncada a partir de la constatación durante la Primera Guerra Mundial, y bastante más con la segunda, de que el ser humano no había cambiado mucho pese a la ciencia. Y gran parte de la intelectualidad y de las clases populares volvieron sus miradas a la irracionalidad como salvadora, a la religión tradicional y a las doctrinas seudorracionales, como los movimientos antes referidos, como el estructuralismo, la antipsiquiatría, gran parte del existencialismo y, también y muy importante, el marxismo vivido como creencia.

Este último practicó un *cienticifismo* que le permitió, en nombre de esta supuesta ciencia racional, cometer los mayores crímenes. Haciendo una mezcla mal digerida entre darwinismo, eugenesia y marxismo, se creyó que la clase burguesa era una *especie* declarada en extinción y llamada a ser suplantada por el proletariado. De aquí que el exterminio mediante el asesinato de los burgueses era una obligación moral, un estar al servicio de la Historia. (La Historia con mayúscula es una aberración hegeliana.) Trotski afirmaba en 1919 (Courtois y otros, 1998, pág. 837): «El proletariado es una clase históricamente en ascenso [...] En la época actual, la burguesía es una clase en decadencia. No solo su papel no es esencial en la producción, sino que, mediante sus métodos imperialistas de apropiación, destruye la economía mundial y la cultura humana. No obstante, la burguesía posee una vitalidad histórica colosal. Se aferra al poder y no quiere soltarlo... El terror rojo es el arma empleada contra una clase destinada a perecer y que no se resigna a hacerlo». Los autores de *El libro negro del comunismo* continúan: «Encontramos la divinización de la Historia, a la que todo debe sacrificarse, y la incurable ingenuidad del revolucionario que se imagina que, con su dialéctica, favorecerá la aparición de una sociedad más humana empleando métodos criminales». Los jemeres rojos (pertenecientes a un país más sumergido en la cultura mágica que Rusia) llevaron esta doctrina mágica seudocientífica a sus consecuencias más extremas: eliminaron físicamente a todo lo que olía a burguesía, incluso a toda persona que llevara gafas. Y todo ello en nombre de la racionalidad, lo cual no deja de ser un sarcasmo.

Una vez más vemos que la carencia de un escepticismo sobre nuestras interpretaciones de la realidad convierten a estas en creencias, que a su vez pueden ser utilizadas como justificación moral para los mayores crímenes al instalar al hombre

en un mundo irreal cerrado. Es la perversa trampa de las creencias.

La lógica, la racionalidad y la técnica científica que se deriva de ellas deben estar al servicio de lo único que merece la pena en este mundo: el embellecimiento y la elevación de la vida, la búsqueda de la «vida buena», del gozo de la existencia, del placer profundo de existir por el existir en sí, sin más necesidad de dioses o de trascendencia hacia mundos mágicos fantásticos, que gran parte de las veces no son paraísos, que por otro lado nunca se encuentran y permanecen solo como esperanza de futuro, sino auténticos infiernos.

El embellecimiento de la vida, no solo de la propia, lo que sería una aberración impracticable al crear dolor alrededor de uno, sino del conjunto de los humanos. Esto nos conduce a un humanismo basado en la vivencia del otro como «pura y simplemente humano», como postulaba ya Cicerón y fue defendido en el Renacimiento, en la Ilustración y en no pocos movimientos actuales y que es el fundamento de los derechos humanos universales, que se refieren a la persona por ser persona dejando a un lado su máscara cultural. Las culturas, las creencias, deben ser criticables y perfeccionables. La relación humana ha de basarse en la vivencia del otro como persona, de tú a tú, y no porque sea de tal o cual religión, raza o cultura. Esta es la clave para el entendimiento humano. Las personas deben ser amadas y respetadas, porque son las que están vivas, las que gozan y padecen, las que deben ser objeto de los cuidados en el arte de elevar la vida, de conseguir una vida lo mejor y más placentera posible.

Este planteamiento es factible solo si somos capaces de salir de los mundos irreales en los que nos instala el *fondo creencial* que portamos en nuestro cerebro y que nos hace diferentes y extraños entre sí. Usted, lector, y yo vivimos en mundos mentales diferentes, muy difíciles de igualar —cada uno tiene

su historia—, pero tenemos que buscar lo que no varía, lo que tenemos en común, y es que somos seres humanos y tenemos que buscar nuestra naturaleza humana mirando más allá del mundo creencial en el que estamos instalados cada cual. Las creencias no son importantes; lo importante es que usted y yo somos seres vivos, personas, nada más y nada menos.

Apéndice

Las creencias personales: formadoras y guías de nuestra mente

Psicoterapia de las creencias personales

En este ensayo se ha prestado especial atención a las creencias de proyección cultural, social e histórica, porque este era su objetivo principal. Ahora me parece conveniente, dado que está escrito por un psiquiatra, dedicar un breve espacio a las creencias de tipo personal, a aquellas que anidan en la mente de cada cual, aquellas creencias personales que se han ido acumulando a lo largo de la vida, sobre todo durante la niñez, pero no necesariamente en exclusiva en este período. Forman el *fondo creencial* personal. Como se ha visto, las creencias son estructuras poderosas que dirigen nuestra vida mental desde las profundidades de esta, por lo que la importancia de las creencias personales tiene que ser primordial en la dinámica sana o patológica de la mente.

Es posible que gran parte de estas creencias sean buenas para el desarrollo de nuestras vidas, que nos ayuden a vivir bien y a ser útiles, pero también puede suceder que nuestra

mente esté poblada de creencias irreales y productoras de trabas para vivir. Alguien puede creer las cosas más extrañas sobre sí mismo, sobre las personas que le rodean o sobre su posición familiar o social, etc. Alguien puede creer que lo peor en este mundo es ser abandonado, sin que necesariamente sea consciente de este hecho; pero esta creencia, o cualquier otra, actúa dirigiendo su vida en no pocos aspectos. Otro puede creer que el dinero es lo más importante, siendo una meta más o menos oculta de su vida que hace que los demás le vean como un ambicioso o como un huraño. Otro puede tener pánico a ser objeto de alabanzas, o de tener éxito, porque cree que en ese momento puede ser centro de todas las miradas y eso le asusta, aunque paradójicamente lo busque, y esto le haga desear el fracaso cada vez que esté cerca del éxito.

Existe en todos nosotros un sedimento de creencias, una base en la que se asienta nuestra mente. Mediante esta base creencial es con la que interpretamos la realidad y en la que se basa casi toda nuestra conducta. Por ejemplo, si se pregunta a una persona de izquierdas o de derechas, ambas con su fondo creencial distinto, que enjuicie un episodio determinado de la política, cada uno dará una interpretación diferente según su fondo creencial ideológico.

Todas estas tendencias, y tantas otras como se encuentran en el ser humano, adquieren la categoría de creencias cuando cumplen estas siete condiciones:

1.ª Lo que se cree son «realidades» no sometidas a críticas, ni se admite ninguna, porque son «la realidad», que desde lo más profundo de la mente se imponen al sujeto, que las acata como formando parte de su naturaleza.

2.ª Las creencias forman el núcleo de una personalidad satélite, con sus deseos, propósitos, sentimientos y acciones, que domina al sujeto cuando está activada.

3.ª El núcleo creencial suele ser simple, pero es la diana irrenunciable a la que va dirigida la acción de esta personalidad.

4.ª El sistema creencial de apoyo de las creencias nucleares consiste en creer firmemente que sin cumplir los objetivos que se propone la creencia básica la vida no merece ni puede ser vivida.

5.ª Fuera del sistema creencial nuclear «no hay salvación».

6.ª El creyente vive en una realidad virtual, vive en «su mundo», del cual es muy difícil salir.

7.ª Si se produce la curación de la creencia patológica, lo hace de las mismas maneras que lo hacen las creencias culturales, ideológicas o religiosas: desaparecen por dejar lentamente de tener sentido para el sujeto, o después de una crisis vital creencial llena de turbulencias.

Analicemos brevemente un sistema de creencia patológico, la *anorexia mental.* A mi entender —no compartido por la mayoría de los psicopatólogos—, la anorexia mental es una creencia inducida por la hipervaloración social de la delgadez como un mito estético y vital.

No se ha encontrado para esta enfermedad ninguna causa orgánica primaria a cuya acción podamos atribuirla, y sí cumple todos los apartados anteriores.

El núcleo de la anorexia —el núcleo profundo no confesado o fuera de la plena luz de la conciencia del sujeto— es: *la delgadez es el bien supremo, y la gordura, lo más horrible e insoportable.* Lema: *Antes la muerte que estar grueso.*

A partir de este núcleo duro e irrenunciable se organiza toda la vida del sujeto. Se instala en ese mundo mitológico en el que todo gira alrededor de conseguir la delgadez. Como la vida del santo, del anacoreta, del místico, todo, todo se sacri-

fica al deseo central, a la meta que se ha erigido en diana de la vida del sujeto. En el caso del santo, el anacoreta o el místico no podemos atribuir su conducta a una creencia patológica, sino cultural, en cuyo juicio no vamos a entrar aquí. Estamos analizando las analogías psíquicas entre ambos fenómenos, ya que tienen su origen en creencias.

Una enferma anoréxica médico, muy inteligente, formada y perteneciente a una orden religiosa misionera, me rogaba unos días antes de morir que no le pusiéramos sueros intravenosos «porque engordaban». Murió a causa de su extrema delgadez. Evidentemente, aplicaba el lema «antes muerta que gruesa». La delgadez es la salvación. ¿La salvación de qué?, se pregunta uno. Para comprender bien este hecho psíquico hay que referirse a lo que se estudió sobre el pensamiento mágico-religioso. El concepto «salvación» no está articulado siguiendo la lógica —por eso nos resulta incomprensible—, sino según las leyes mágicas, propias, por lo demás, de casi todas las creencias. La salvación es un absoluto, algo que representa al todo, al bien supremo, fuera del cual solo hay tinieblas, la nada, el sinsentido, el horror más inconcebible. Lo absoluto quiere decir que no está formado de partes, son formas puras, algo así como las Ideas platónicas: el Bien no contiene nada de mal, el Mal nada de bien, o la Belleza no puede tener nada de fealdad.

Esta creencia no tiene sentido para nosotros los no anoréxicos, los no creyentes, como tampoco tiene sentido el inmolarse en nombre de un ideal, de una diosa, de un dios si nosotros no creemos en ellos.

Para llegar hasta el núcleo de la mente anoréxica hay que profundizar hasta aquí, y hacer comprender al enfermo que esa es la guía suprema y mágica que una parte de su mente —su personalidad anoréxica— se ha propuesto cumplir pase lo que pase. Que esta meta —la delgadez— es más importante,

para esta personalidad satélite que habita en su cerebro, que su propia vida, y está basada en el absurdo de que para salvarla no le importa que muera de delgadez. Así de maligna es su mente patológica, por lo demás; así son también las mentes de los fanáticos que sacrifican sus vidas a los motivos más extraños. ¿Qué diferencia hay entre el fanático que se ata bombas al cuerpo y salta por los aires —se mata persiguiendo un fin creencial, que puede que solo exista en su fantasía— y la anoréxica que prefiere la muerte si fracasa en su búsqueda mágica de la delgadez?

Este mismo análisis se puede hacer para las dependencias e incluso para el aspecto psíquico de las toxicomanías y muchísimas creencias perturbadoras que solemos tener los seres humanos.

Pero la segunda y más importante pregunta es si esta teoría que se está exponiendo sirve para curar, para librar del sufrimiento que producen estas creencias patológicas. La psicoterapia sería el método elegido para corregirlas, aunque, hay que decirlo, con gran dificultad.

Sócrates fue el iniciador de la psicoterapia racional de las creencias. Su método estaba basado en hacer que el sujeto tomara conciencia de aquellos supuestos —creencias— en los que fundamentaba la imagen de sí mismo y de lo que él sabía o podía. La *ironía* era el arte de ir descubriendo las falsas creencias que sustentaba el interlocutor, y de cuya falsedad no era consciente. «Sabio es quien sabe que no sabe nada.» Es decir, quien es consciente de sus propias limitaciones. La *mayéutica* era el proceso de reconstrucción de la mente después de haber abandonado el mundo creencial en el que vivía. Las viejas creencias eran sustituidas por una visión de sí mismo y de lo que sabe y puede, más reales, más de acuerdo con lo que hay, y de esta manera poder trabajar mejor en el arte de vivir, de *hacer florecer la vida,* como solían decir los helenos.

Los filósofos helenistas, los autollamados filósofos médicos, atribuyen como principal cometido del filósofo el ser médico de la psique, del mismo modo que hay médicos del cuerpo. Y descubrieron que el mundo creencial en el que vive el sujeto es su mundo, el que determina sus pasiones, sus acciones y sus pensamientos. Es más, descubrieron que sus discípulos, gran parte de las veces, ignoraban las creencias que ejercían de guías sobre sus deseos, pensamientos y acciones. «Entre los mayores timbres de gloria de la filosofía helenística figura el haber descubierto la idea de la creencia y el deseo inconscientes; y dicha filosofía esgrime poderosos argumentos que demuestran la necesidad de tener en cuenta aquellos elementos psicopatológicos para explicar satisfactoriamente la conducta humana» (Martha Nussbaum, 2003, pág. 65).

Pero todas estas ideas terapéuticas se basaban en un optimismo ingenuo, que posiblemente es el mismo con el que el psicoanálisis fundamenta su terapia de traída de los contenidos perturbadores del inconsciente a la conciencia, y con ello obtener la curación.

Las creencias, las verdaderas creencias, son algo muy profundo e importante en la estructura y la dinámica mentales. No basta con que la persona se haga consciente de su existencia, aunque este sea el primer paso a dar. Los hábitos (santo Tomás, Hume) no son las creencias, ni los reflejos condicionados, ni los errores cognitivos, aunque las creencias estén vinculadas a estos mecanismos. De la corrección de estos últimos fenómenos se encargan la psicoterapia conductista y la cognitiva. Pero fracasan con las creencias, porque estas son más profundas que los hábitos o errores cognitivos, aunque toda creencia tiene algo de hábito mental y de error cognitivo. Ya Hume advertía que los *habitus* o «la costumbre es la gran guía de la vida humana».

La terapia de las creencias requiere un trabajo muy difícil. La humanidad tiene una gran experiencia en intentos de cambiar de creencias. Normalmente se trata de un proceso muy violento y traumático. Las sectas saben mucho de ello, lo mismo que las religiones y las ideologías. Los lavados de cerebro, los campos de reeducación, las conversiones forzosas mediante las guerras, las matanzas, las persecuciones, etc., son buenos ejemplos de la dificultad de conseguir el cambio de las creencias, y se indican aquí para mostrar la enorme dificultad de la terapia de las creencias.

La técnica empleada por las sectas es básicamente la misma que la que emplean las religiones o las ideologías, aunque varíen los métodos según las circunstancias y los tiempos históricos.

En principio, siguen la misma pauta que inició Sócrates: crítica de la creencia y reconstrucción; *ironía y mayéutica,* que, por cierto, esto último significa *parto, traer a la vida,* ya que la madre de este filósofo era partera. Este *parir* significa exactamente eso, traer a la vida un ser nuevo, o en todo caso hacer re-nacer la personalidad normal que había sido desplazada por la patológica, volver a re-nacer, volver a ser el que se era antes.

CRÍTICA DE LAS CREENCIAS O ANÁLISIS DE LA PERSONALIDAD PATOLÓGICA

Se parte aquí de la idea expuesta en el texto de que la persona normal puede estar formada por varias personalidades, alguna de las cuales puede ser patológica. Éticamente, en la psicoterapia no se trata de cambiar la mente en su conjunto, sino de aquellos aspectos que resulten enfermizos. En este caso, de aquella personalidad enferma que esté produciendo sufrimiento.

De aquí podemos deducir que cuando nos enfrentamos con una persona que tenga alguna creencia que esté interfiriendo negativamente en su vida nos encontramos con alguien que posee al menos dos personalidades, la normal y la patológica. Por ello, lo primero que tenemos que aprender es a hablar con las distintas personalidades del sujeto. Esta posición parece a primera vista que es exótica y extraña, pero creo que es básica en la tarea terapéutica, porque permitirá tanto al enfermo como al terapeuta hacer una distinción entre lo sano y lo patológico e introducir al enfermo en la idea de que en él habitan dos tendencias, dos metas vitales, dos voluntades, dos sentimientos, que se corresponden a dos personalidades diferentes. En el caso de los sectarios, se percibe perfectamente la existencia de una personalidad sectaria y la personalidad anterior, y se puede establecer un diálogo con una y otra en un ejercicio que al principio resulta extraño y difícil de hacer, pero que sorprendentemente es muy bien comprendido por el enfermo y por sus familiares. Lo mismo ocurre con las enfermedades en las que se han formado unas creencias que sustentan una dependencia e incluso una toxicomanía. No se está afirmando, por ejemplo, que las toxicomanías son consecuencias de creencias simplemente, sino que alrededor de los mecanismos cerebrales alterados que se producen en estas enfermedades se forma todo un mundo creencial que las perpetúan y que es preciso tratar.

La comprensión por el enfermo de que existe en él una voluntad, unos deseos, unos pensamientos extraños a él mismo, aunque paradójicamente son partes de su mente, es fundamental en el proceso curativo. Sin esta comprensión, el enfermo no es capaz de dejar de estar «poseído» por su personalidad patológica, porque se identifica con ella. El alcohólico, por ejemplo, debe comprender que su personalidad alcohólica lo que desea sobre todo es beber, que este es

el núcleo alrededor del cual gira toda su conducta, pensamientos y sentimientos. Esta personalidad «cree» que beber es lo importante, que sin beber no es posible la vida o que no merece la pena. Si el enfermo no es capaz de salirse de este mundo, si su personalidad patológica le domina, no se curará.

La formación de la personalidad alternativa

Aun en el caso de que el enfermo acepte la existencia de su personalidad patológica basada en creencias, no conseguirá la curación si no desarrolla al mismo tiempo una personalidad sana que desplace a la enferma.

Este hecho se puede producir porque se debilite la personalidad patológica al desvanecerse las creencias que le sustentaban, o porque la personalidad sana o alternativa se ha hecho más fuerte. Este fenómeno se observa nítidamente en los procesos de conversión, tanto religiosos como sectarios o ideológicos. Al mismo tiempo que se ataca a las creencias anteriores, se introduce en el cerebro del sujeto la nueva información que va formando otro sistema de creencias y una nueva personalidad.

Este doble juego es largo, lleno de altibajos y de luchas internas del sujeto y con las personas que le rodean. Paciencia, mucha paciencia hay que tener para llevar a cabo este proceso, que siempre resulta largo y complejo. Requiere de mucha habilidad por parte del terapeuta y de los familiares o allegados del enfermo.

Pero existen, por lo demás, pautas marcadas para este proceso, aunque hay una extensa literatura sobre las técnicas de «desprogramación» o simplemente de conversión o cambio de creencias.

Como ha quedado indicado, las creencias son muy difícilmente cambiables, y tanto si se trata de creencias personales como creencias colectivas constituyen uno de los problemas más graves de la mente humana.

BIBLIOGRAFÍA

ALEKSANDER, I., *Impossible minds,* Imperial College Press, Londres, 1996.

ANTHONY, L.; BENEDEK, T., *Depresión y existencia humana,* Salvat, Barcelona, 1981.

ARMSTRONG, K., *Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el islam. La intolerancia religiosa frente al progreso,* Tusquets, Barcelona, 2004.

ARACIL, J., *Máquinas, sistemas y modelos,* Tecnos, Madrid, 1978.

BALLÚS, C., *Psicobiología,* Herder, Barcelona, 1983.

BARNETT, S. A., *La conducta de los animales y del hombre,* Alianza, Madrid, 1983.

BERTALANFFY, L. VON, *Teoría general de los sistemas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

BLAKESLEE, T., *Beyond the conscious mind,* Plenum Press, Nueva York, 1996.

BLOOM, A., *Gigantes y enanos,* Gedisa, Buenos Aires, 1991.

BODEN, M., *Inteligencia artificial y hombre natural,* Tecnos, Madrid, 1983.

BROADBENT, D. E., *Perception and communication,* Pergamon Press, Londres, 1954.

BUNGE, M., *A world of systems,* Dordrecht & Boston, Boston, 1979.

— *El problema mente-cerebro,* Tecnos, Madrid, 1985.

— *Pseudociencia e ideología,* Alianza, Madrid, 1985.

BUNGE, M., *Racionalidad y realismo,* Alianza, Madrid, 1985.
— *Materialismo y Ciencia,* Ariel, Barcelona, 1981.
CAMPBELL, J., *Las máscaras de Dios. Mitología creativa,* Alianza, Madrid, 1992.
— *Los mitos y su impacto en el mundo actual,* Kairós, Barcelona, 1994.
CARO BAROJA, J., *Las brujas y su mundo. Un estudio antropológico de la sociedad en época oscura,* Alianza, Madrid, 1993.
CASTANEDA, C., *El don del águila,* Swan, San Lorenzo de El Escorial, 1989.
CHANGEUX, J. P., *El hombre neuronal,* Espasa Calpe, Madrid, 1985.
CHOMSKY, N., *Language and mind,* Harcout Brace, Nueva York, 1946.
CHURCH, J., *Language and the discovery of reality,* Random House, Nueva York, 1969.
CHURCHLAND, P., *The computation Brain,* Bradford Books, MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1992.
COURTOIS, S.; WERT, N., y otros, *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión,* Planeta, Madrid, 1998.
CRICK, F., *La búsqueda científica del alma,* Debate, Madrid, 1994.
CROSSLEY, J. N., y otros, *¿Qué es la lógica matemática?,* Tecnos, Barcelona, 1972.
DARWIN, C., *El origen del hombre,* Espasa Calpe, Madrid, 1982.
— *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre,* Alianza, Madrid, 1984.
— *El origen de las especies,* Espasa Calpe, Madrid, 1987.
DAVIS, K. D., y KISS, Z. H. T., «Phantom sensations generated by thalamic microstimulation», *Nature,* vol. 391, 22-I-1998.
DAWKINS, R., *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta,* Salvat, Madrid, 1997.
DELUMEAU, J., *El miedo en Occidente,* Taurus, Madrid, 1989.
DEREMET, A., *Etología y psiquiatría,* Herder, Barcelona, 1979.
DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional,* Alianza, Madrid, 1983.
DUBANT, B., *Castaneda. El retorno al espíritu,* Índigo, Barcelona, 1990.
ECCLES, J. C., *La psique humana,* Tecnos, Madrid, 1986.
EIBL-EIBESFELDT, I., *El hombre preprogramado,* Alianza, Madrid, 1983.

EIBL-EIBESFELDT, I., *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana,* Alianza Psicología, Madrid, 1993.

EY, H., *La conciencia,* Gredos, Madrid, 1963.

FERNÁNDEZ GUARDIOLA, A., *La conciencia,* Trilla, México, 1988.

FERNÁNDEZ MOLINA, *El lenguaje de la amígdala,* Castalia, Madrid, 1981.

FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía,* Alianza, Madrid, 1988.

FEYERANBEND, P. K., *Tratado contra el método,* Tecnos, Madrid, 1986.

FODOR, J., *Modularity of mind,* MIT Press, Cambridge (Massachusetts), 1983.

— *El lenguaje del pensamiento,* Alianza, Madrid, 1984.

FRAZER, J., *La rama dorada,* Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.

FREUD, S., *Obras completas,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.

FROMM, E., *El miedo a la libertad,* Paidós, Buenos Aires, 1961.

GABILONDO, Á., *Mortal de necesidad. La filosofía, la salud y la muerte,* Abada, Madrid, 2003.

GARCÍA GUAL, C., *Epicuro,* Alianza, Madrid, 1981.

GARCÍA [DE HARO] RODRÍGUEZ, F., *El sistema humano y su mente,* Díaz de Santos, Madrid, 1992.

— *Las adoradoras de la delgadez. Anorexia nerviosa,* Díaz de Santos, Madrid, 1993.

— *Las mil caras de la mente. Animales, mágicas y racionales,* Díaz de Santos, Madrid, 1999.

GARNER, H., *Estructura de la mente. Teoría de las múltiples inteligencias,* Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

GAZZANIGA, M., *The social brain,* Prometheus, Nueva York, 1985.

GLUCKSMANN, A., *Occidente contra Occidente,* Taurus, Madrid, 2004.

HASSAN, S., *Las técnicas de control mental de las sectas y cómo combatirlas,* Urano, Barcelona, 1990.

HAWKING, S., *Historia del tiempo,* Crítica, Barcelona, 1989.

HEIDEGGER, M., *El ser y el tiempo,* Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

HERBIG, J., *Der Fluss der Erkennis. Vom mystischen zum razionalen Denken,* Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1991.
HORNER, M., y otros, *El viaje del chamán,* Kairós, Barcelona, 1993.
HOWE, M., *Fragmentos de genios,* Alianza, Madrid, 1994.
HUXLEY, A., *Las puertas de la percepción,* Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
JAMES, W., *The principles of psychology,* Dover, Nueva York, 1970.
— *Las variedades de la experiencia religiosa,* Península, Barcelona, 1986.
JASPERS, K., *Psicopatología general,* Beta, Buenos Aires, 1966.
JOHNSON-LEARD, P., *El ordenador y la mente,* Paidós, Barcelona, 1990.
JONSON, S., *Sistemas emergentes. O qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software,* Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2003.
JORES, A., *La angustia,* Revista de Occidente, Madrid, 1960.
JUBAK, J., *La máquina pensante. El cerebro humano y la inteligencia artificial,* Ediciones B, Barcelona, 1993.
JUERGENSMEYER, M., *El terrorismo religioso. El auge global de la violencia religiosa,* Siglo XXI de España, Madrid, 2000.
JUNG, C. G., *Die Bezihungen zwischen dem Ich und dem Unwebusten,* Racher, Zúrich, 1945.
— *El hombre y sus símbolos,* Luis de Caralt, Barcelona, 1976.
KARMILOFF-SMITH, A., *Más allá de la modularidad,* Alianza, Madrid, 1994.
KIERKEGAARD, S., *El concepto de la angustia,* Espasa Calpe, Madrid, 1979.
KOESTLER, A., *En busca de lo absoluto,* Kairós, Barcelona, 1983.
KONSELMANN, G., *Die islamische Herausfoderung,* Deutscher Taschenbuch Verlag & Co., Múnich, 1980.
KUHN, T., *La estructura de la revolución científica,* Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
KÜNG, H., *¿Existe Dios?,* Cristiandad, Madrid, 1979.
LAÍN ENTRALGO, P., *El cuerpo humano,* Espasa Calpe, Madrid, 1989.

LAÍN ENTRALGO, P., *Cuerpo y alma,* Espasa Calpe, Madrid, 1991.
LASZLO, E., y BERTALANFFY, L. VON, *Hacia una filosofía de sistemas,* Cuadernos Teorema, Valencia, 1981.
LEHMANN, A., *Aberglaube und Zauberei,* Enke, Stuttgart, 1898.
LENNEBERG, E., *Fundamentos del lenguaje,* Alianza, Madrid, 1975.
LILLA, M., *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política,* Debate, Barcelona, 2004.
LOCKE, J., *Carta sobre la tolerancia,* Tecnos, Madrid, 1985.
LORENZ, K., *La otra cara del espejo,* Plaza & Janés, Barcelona, 1980.
— *Consideraciones sobre la conducta animal y humana,* Plaza & Janés, Barcelona, 1980.
— *Fundamentos de etología,* Paidós, Barcelona, 1986.
LURIA, A. R., *El cerebro en acción,* Martínez Roca, Barcelona 1984.
— *Las funciones corticales superiores del hombre,* Martínez Roca, Barcelona, 1984.
MALVERT, *Ciencia y religión,* Madrid, 1896.
MERLEAU-PONTY, M., *Phenomenologie de la perception,* Gallimard, París, 1945.
MINSKY, M., *La sociedad de la mente,* Galápago, Buenos Aires, 1986.
MONOD, J., *El azar y la necesidad,* Barral, Barcelona, 1970.
MONSERRAT-ESTEVE, S., *Psicología y patología cibernética,* Herder, Barcelona, 1985.
MORIN, E., *El método,* Cátedra, Madrid, 1988.
— *El paradigma perdido,* Kairós, Barcelona, 1992.
NEUMANN, J. VON, *El ordenador y el cerebro,* Bosch, Barcelona, 1980.
NIETZSCHE, F., *El Anticristo,* Alianza, Madrid, 1981.
— *El ocaso de los dioses,* Tusquets, Barcelona, 1983.
NUSSBAUM, M., *La terapia del deseo. Teoría y práctica de la ética helenística,* Paidós, Barcelona, 2003.
ODIER, C., *La angustia y el pensamiento mágico,* Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
OLMEDA, M., *El duelo y el pensamiento mágico,* Master Line, Madrid, 1988.
ORTEGA Y GASSET, J., *Ideas y creencias,* Espasa Calpe, Madrid, 1940.

ORNSTEIN, R., *La psicología de la conciencia,* Edaf, Madrid, 1993.
— *La evolución de la conciencia. Los límites del pensamiento racional,* Emecé, Barcelona, 1994.
PÁNIKER, S., *Filosofía y mística. Una lectura de los griegos,* Anagrama, Barcelona, 1992.
PASCAL, B., *Pensamientos,* Orbis, Barcelona, 1982.
PENROSE, R., *La nueva mente del emperador,* Mondadori, Madrid, 1991.
PIAGET, J., *Seis estudios de psicología,* Barral, Barcelona, 1972.
— *La epistemología genética,* Debate, Madrid, 1986.
— *La formación del símbolo en el niño,* Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
— *La representación del mundo en el niño,* Morata, Madrid, 1988.
POPPER, K., *La sociedad abierta y sus enemigos,* Paidós, Barcelona, 1982.
— *Sociedad abierta, universo abierto,* Tecnos, Madrid, 1984.
— *Realismo y objetivos de la ciencia,* Tecnos, Madrid, 1986.
POPPER, K., y ECCLES, J. C., *El Yo y su cerebro,* Labor, Barcelona, 1980.
PRIBRAM, K. H., y MARTÍN RAMÍREZ, J., *Cerebro, mente y holograma,* Alhambra, Madrid, 1980.
PRIGOGINE, I., *¿Tan solo una ilusión?,* Tusquets, Barcelona, 1983.
PUENTE OJEA, G., *Ateísmo y religiosidad. Reflexiones sobre un debate,* Siglo XXI de España, Madrid, 1997.
— *El mito del alma. Ciencia y religión,* Siglo XXI de España, Madrid, 2000.
— *Opus minor. Una antología,* Siglo XXI de España, Madrid, 2002.
PUSHIN, P., *Psicología y cibernética,* Planeta, Barcelona, 1974.
PYLYSHYN, W., *Computación y conocimiento,* Debate, Madrid, 1988.
REINARES, F., *El nuevo terrorismo islamista. Del 11-S al 11-M,* Temas de Hoy, Madrid, 2004.
REVEL, J.-F., *El monje y el filósofo. ¿Es el budismo una respuesta a las inquietudes del hombre de hoy?,* Urano, Barcelona, 1998.
RIVIÈRE, A., *Objetos con mente,* Alianza, Madrid, 1991.
ROGER, G., *La hipnosis, sofrología y medicina,* Scientia, Barcelona, 1973.

RODRÍGUEZ, P., *El poder de las sectas,* Ediciones B, Grupo Zeta, Barcelona, 1990.

RODRÍGUEZ DELGADO, J., *Control físico de la mente,* Espasa Calpe, Madrid, 1972.

RUIZ VEGA, J. S., *La memoria humana,* Alianza, Madrid, 1994.

SACKS, O., *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero,* Muchnik, Barcelona, 1985.

SCHRÖDINGER, E., *Mente y materia,* Tusquets, Barcelona, 1983.

SPANOS, N., *Multiple identities and false memories,* American Psychological Association, Washington, 1996.

SPRINGER, S., y DEUTSCH, G., *Cerebro izquierdo, cerebro derecho,* Gedisa, Barcelona, 1991.

TEILHARD DE CHARDIN, P., *El fenómeno humano,* Labor, Madrid, 1977.

TILLICH, P., *El coraje de existir,* Laia, Barcelona, 1973.

TINBERGER, N., *The study of instinct,* Oxford University Press, Oxford, 1951.

TOURAINE, A., *Crítica de la modernidad,* Temas de Hoy, Madrid, 1993.

TRÍAS, E., *Metodología del pensamiento mágico,* Edhasa, Barcelona, 1970.

URSUA, N., *Cerebro y conocimiento: un enfoque evolucionista,* Anthropos, Barcelona, 1993.

VERNANT, J.-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua,* Ariel Filosofía, Barcelona, 1985.

WIENER, N., *Cibernética o el control y comunicación entre animales y máquinas,* Tusquets, Barcelona, 1985.

ZUSNE, L., *Anomalistic psychology. A study of magical thinking,* Lawrence Erlbaum Associates, Nueva Jersey, 1989.

Índice onomástico


ESPASA
HOY

Fernando Ga



El **secuestro** de la **mente**

¿Es **real** todo lo que **creemos**?

El presente libro, *El secuestro de la ment*e, es una aplicación de los conocimientos científicos actuales sobre el hombre y de la larga experiencia psiquiátrica del autor al importante problema de las creencias. La pregunta básica que se plantea es: ¿Cómo es posible creer? ¿Cómo es posible que el hombre confunda sus fantasías sobre la realidad con ésta? Cervantes describe de forma maravillosa este problema en el «Quijote». Aquí se intenta dilucidar sus mecanismos cerebrales, psicológicos y sociales para poder hacer frente a la amenaza que representan.

Una obra imprescindible para entender los complejos mundos de las religiones e ideologías, los fanatismos, el terrorismo o la anorexia mental entre muchos otros.

ESPASA HOY

262281

9 788467 022810